



*Feria Real  
Santaella*

SANTAELLA

**PREGONES  
DE FERIA**

Recopilación de  
Rafael Ruiz González  
Cronista Oficial

Del 7 al 10  
de Septiembre

# PREGONES DE FERIA SANTAELLA

(1973-1996)

Recopilados por  
D. RAFAEL RUIZ GONZÁLEZ  
Cronista Oficial de la Villa

Santaella, octubre de 2016

## CONTENIDO

PREÁMBULO.....	4
NOTA HISTÓRICA.....	7
1973 - D. RAFAEL RUIZ GONZÁLEZ .....	11
1974 - Rvdo. P. D. MANUEL MAESTRE GARCÍA, S.J. ....	25
1975 - D <sup>a</sup> CÁNDIDA ARROYO DEL MORAL.....	38
1978 - D. LUIS ALBERTO LÓPEZ PALOMO.....	49
1986 - D. SEBASTIÁN CUEVAS NAVARRO .....	68
1996 – D <sup>a</sup> JOSEFINA JIMÉNEZ VALERO.....	78
1993 – D <sup>a</sup> JUANA CASTRO .....	101
CARTELES.....	112

-

## PREÁMBULO

Por RAFAEL RUIZ GONZÁLEZ

Mediante esta sencilla publicación solamente pretendo rendir un pequeño homenaje y recuerdo a cuantos colaboraron en aquellos Pregones de Feria que se celebraban el día 7 de septiembre por los años 70 y 80, víspera de la Feria de la Virgen del Valle, que terminaron perdiéndose, desgraciadamente.

Esa noche se celebraba una gran velada como pórtico de entrada a las Fiestas. Las Ferias de entonces tenían una fecha invariable, durante los días 8, 9, 10 y 11 de septiembre. Los tres primeros días comenzaban con la celebración de sendas Funciones religiosas y solemnes, en el gran santuario del Valle, amén de los festejos propios de todas las Ferias.

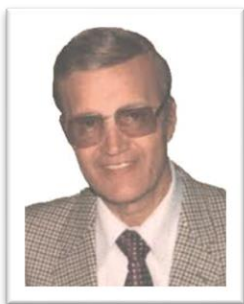
Pero la noche del día 7 se convirtió en una velada particularmente importante, con el Pregón y con la coronación de la Reina de las Fiestas y sus Damas de Honor, en el marco del patio del castillo medieval, con la asistencia masiva de autoridades y pueblo. Después se celebraron en las calles aledañas al Arenal, sedes de la Caseta de Feria, y después en la Casa de la Cultura del antiguo Pósito, ya convertido en Museo Arqueológico.



En ese día 7 se instituyó como «plato fuerte» el llamado Pregón de Feria, pronunciado por personas relevantes de la cultura local y por otros importantes pregoneros foráneos, invitados especialmente por los Alcaldes y por las Comisiones de Festejos. El Alcalde que más y mejor promovió estos Pregones fue don Manuel del Moral Fernández. También don Agustín Palma Rodríguez, ambos anteriores a la democracia constitucional de 1978.

Pero también en esta nueva etapa hubo alcaldes socialistas que los mantuvieron, como fueron don Arcadio Sánchez Carrasco y doña Rosa León Serrano. A partir de aquí, y al trasladarse esta efeméride a la Piscina Municipal, se perdieron hasta desaparecer.

Una segunda razón para publicar estos Pregones se debe a que, sin duda, sus contenidos son muy interesantes para los curiosos de la historia de Santaella. Porque los pregoneros solían basar buena parte de sus discursos buceando en los documentos, archivos y escritos referidos a la vieja y muy interesante historia de esta villa. Pero, al quedar los discursos sólo en poder de sus autores, corríamos el peligro de que se perdieran para siempre, como ha ocurrido con la mayoría de ellos.



A esta sola y única razón se debe que sólo publiquemos algunos de ellos, a pesar de mi esfuerzo por recuperarlos. Me ha sido imposible. El Pregón del poeta fallecido, don Sebastián Cuevas Navarro, sí ha sido posible publicarlo, porque me lo dio personalmente el día que no pudo pronunciarlo en el salón del Tejar. Tuvo que bajarse del escenario. El público no callaba y me entregó una copia, desalentado ante la lamentable actitud del público. Desde entonces lo he tenido guardado y me ha sido posible rescatarlo entre tantos papeles antiguos.

Pero no he podido recuperar ni el Pregón del primer Cronista Oficial, don Pablo Moyano Llamas, ni el del orador cordobés, don Pedro Palop, ni el del poeta y Académico don Juan Morales Rojas (los tres ya fallecidos.) Tampoco el del famoso alcalde de Córdoba, don Julio Anguita, ni el de don Eloy Castilla Palma, ni el de don Manuel Cáceres Martín. Sí he recuperado el pregón de la maestra doña Josefina Jiménez. Y estoy a la espera, pero sin esperanza, de la contestación y envío del de don Juan Manuel Palma Franquelo.

Estos dos fueron de los últimos pregones celebrados en la Casa de la Cultura en fechas más recientes, y que yo desconocía por completo.

Pero he aquí que hace unos treinta días me entero de que la gran poetisa doña Juana Castro Molina, serrana de Villanueva y afincada en Córdoba desde hace tiempo, también había sido pregonera de Feria.

Yo recordaba muy bien el gran impacto que me causó su pregón, por su enorme calidad literaria. Pero creía que había sido un pregón de Semana Santa. La llamé y hemos tenido la gran suerte de que lo ha encontrado, después de tantos años. Mi alegría fue indescriptible, y he podido incorporarlo para la presente publicación. Lo pronunció muy joven en la Casa de la Cultura, el 5 de septiembre de 1993.

No sé si me olvido de alguno. Si así ocurre, lo lamento. Lo hago involuntariamente, y porque la memoria nos pasa a todos estas malas facturas.

Publico estos Pregones intentando un cierto orden cronológico, sin otra preferencia de ningún tipo. Será el lector quien otorgue a cada uno su valoración personal. Todos tienen el gran mérito de haber dado los pregoneros lo mejor de sí mismos, en beneficio de la cultura de Santaella. Y a todos ellos les debemos nuestro agradecimiento más sincero, cariñoso y profundo.

SANTAELLA, 29 de septiembre de 2016

RAFAEL RUIZ, Cronista Oficial.

## NOTA HISTÓRICA

Durante la Alcaldía de MANUEL DEL MORAL FERNÁNDEZ, comenzó un periodo cultural con la edición de las Revistas de Feria y la celebración de los Pregones de Feria.

Los antecedentes de la Revista de Feria fueron unos boletines en blanco y negro de 1952, con motivo de la coronación canónica de la Patrona, la Virgen del Valle. Se siguió editando desde 1959, siendo Alcalde don Eloy Palma Costa, y Presidente de la Comisión de Festejos, don Manuel del Moral Fernández, su Teniente de Alcalde.

En estos boletines figuraba la portada, con la preciosa y esbelta torre de la Iglesia de la Asunción, y las poesías y artículos del Presidente de Festejos, del párroco oriundo de El Carpio, don Joaquín Muñoz León y los entonces seminaristas Pablo Moyano Llamas y Rafael Ruiz González.



Tuvieron que pasar dos décadas para que volvieran a aparecer las Revistas, pero ya con el formato actual, y con artículos de los intelectuales más destacados de Santaella.

Así, la primera se editó en 1972, con la presentación del Alcalde y la Editorial del presidente de Festejos, José López Gálvez. Otros articulistas fueron Antonio Rivilla Granados, Eloy Castilla Palma, las poesías tan castizas de Pepita Castilla del Moral, Pablo Moyano Llamas, el nuevo párroco, Francisco Rueda Román, y Rafael Ruiz González.

En 1970, el sacerdote paisano don Pablo Moyano Llamas hizo su Pregón en la Caseta Municipal, ubicada en la calle Baldomero Palma, sin ningún protocolo, ni artístico, ni municipal. Se puede decir que fue un prólogo de los años sucesivos.

En 1971, el Pregón estuvo a cargo de don Pedro Palop, en la Plaza Mayor, con la actuación del Ballet Cordobés de Maruja Caracuel.

En 1972, el Pregonero fue don Juan Morales Rojas, buen poeta cordobés y miembro de la Real Academia de Córdoba. El escenario ya fue el patio de armas del castillo

En 1973, el Pregonero fue el paisano don Rafael Ruiz González, Maestro Nacional y recién Licenciado en Filología Románica por la Universidad de Granada.

En 1974, fue el paisano padre jesuita don Manuel Maestre García.

En 1975, fue la también paisana y Maestra Nacional doña Cándida Arroyo del Moral.

En 1976, fue don Eloy Castilla Palma, también santaellano y Profesor de Historia de Enseñanza Media en Córdoba.

En la Revista de ese año, como algo excepcional y con motivo de la declaración de la Iglesia como Monumento Artístico, el contenido versaba sobre un estudio histórico-artístico de la misma, realizado por el Ilmo. Sr. D. Manuel Nieto Cumplido, Canónigo Archivero de la Catedral.



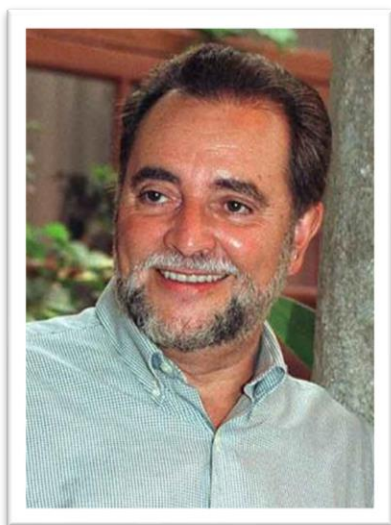
En 1977, el pregonero fue de nuevo don Pablo Moyano Llamas.

En 1978, siendo Alcalde don Agustín Palma Rodríguez, el Pregón estuvo a cargo del pontanés don Luis Alberto López Palomo, Maestro



Nacional, Licenciado en Historia, y luego eminente arqueólogo. Fue en la calle del Arenal.

Más tarde el pregón lo pronunciaron el maestro don José Manuel Cáceres Martín, la maestra doña Josefina Jiménez Valero –manchega casada con el maestro don Rafael Palma Martínez (q.e.p.d.)–, don Juan Manuel Palma Franquelo, paisano, Licenciado en Historia, Profesor del Colegio Salesiano de Córdoba y directivo del Museo Arqueológico Municipal. Hace tiempo que se lo pedí, pero hasta ahora no he obtenido respuesta alguna.



Y comienza una nueva etapa en la política municipal, con la llegada de la democracia. Son años contados en los que hubo Pregón de Feria.

En 1980, con la salida de la Virgen del Valle, el Pregón estuvo a cargo de don Julio Anguita, famoso Alcalde de Córdoba. Como anécdota, el pregón era sobre las 10,30 de la noche, coincidiendo con el regreso de la Virgen al Santuario. Don Julio Anguita esperaba paciente en el balcón del Ayuntamiento el paso de la Patrona por la Plaza Mayor, con gran multitud de gente. El

Pregón se tuvo que retrasar mucho. Don Julio comentó: «No sabía que el pueblo de Santaella fuese tan religioso, y tan poco político». El Pregón se celebró a las 12 de la noche, cuando la Virgen se encerró en el Valle.

Pasaron unos años sin Pregón. Hasta que, en 1986, siendo Alcaldesa socialista doña Rosa María León Serrano, se celebró en el Salón del Tejar, a cargo del periodista y buen poeta cordobés don Sebastián Cuevas Navarro. El ruido, el jolgorio y la falta de respeto eran tan grandes, que no lo pudo celebrar, y se tuvo que suspender.

Más tarde pasaron a celebrarse en la Casa de la Cultura del viejo Pósito, en la antigua calle Paraísos (hoy Antonio Palma).

Estando ya para llevar a la imprenta esta publicación, me recuerdan que doña Juana Castro Muñoz, gran poetisa, serrana de Villanueva, afincada en Córdoba desde hace bastantes años, famosa y galardonada con muchos premios y publicaciones, también había sido pregonera de Feria, el 5 de septiembre de 1993.

Yo recordaba muy bien su pregón, por el fuerte impacto que me causó la enorme calidad literaria del mismo. Pero, al estar estructurado en «estaciones», como un Vía Crucis, creía que había sido un pregón de Semana Santa.

Enseguida me puse en contacto con ella, y tuvimos la gran suerte de que lo encontró, después de tantos años, y me lo mandó, con tanta prontitud como amabilidad.

Es el último Pregón que publicamos, como broche de oro de este libro. Gracias infinitas a todos/as los que lo han hecho posible.

SANTAELLA, 29 de septiembre de 2016.

RAFAEL RUIZ, Cronista Oficial

## 1973 - D. RAFAEL RUIZ GONZÁLEZ

Señor Alcalde presidente del Ayuntamiento. Miembros todos de la digna y tenaz Comisión de Festejos. Queridísima cuñada Manoli, Reina de las Fiestas, y Damas de Honor, representantes de la incomparable belleza andaluza. Queridísimos paisanos.

Gracias y un fuerte abrazo a ti, Pablo, por tus palabras que



agradezco de corazón. Lo que más me agrada de tu presentación es tu estancia aquí, porque tú has sido testigo y hermano en una importantísima y crucial etapa de mi vida, que contigo compartí en afanes y alegrías. Y tú me das alas y corazón en el difícil cometido de esta noche ante nuestro pueblo. «¡Desiderio desideravi!». Permitidme que comience mi pregón parafraseando estas palabras evangélicas en la

Última Cena que yo llamaría «la gran Cena del Amor». Porque si dramáticas y amorosas brotaron entonces de una boca divina, sinceras, cálidas y emocionadas se escapan hoy de mi boca en honor de mi pueblo. Sí, amigos. Con «enorme ilusión soñé» y veo llegado el momento de estar ante vosotros para hablar a mi pueblo. Y esto, por varias razones. Porque me brinda la ocasión mejor para deciros algo que hasta ahora no había podido hacer: expresaros a todos mi enorme agradecimiento. Porque no olvidaré jamás que cuanto soy os lo debo, en gran parte, a vosotros. En mi ya lejana niñez, vosotros me apoyasteis económicamente; y aquella etapa de mi formación fue el cimiento de toda mi futura proyección humana. Por eso no pude negarme cuando la Comisión de Festejos puso toda su confianza en mí para este Pregón. Soy consciente de mi responsabilidad. Santaella puede llevar muy a gala que tiene muchos vecinos capaces de pregonarla como nadie. Que se os llene el corazón de orgullo, padres y madres de Santaella, porque hicisteis posible esta realidad con

vuestro sacrificio, convencidos de que la mejor herencia que podemos dejar a los nuestros es el pan de la cultura, donde hay que cifrar la suprema riqueza y grandeza de un pueblo.

Pregonero soy y pregonar es cantar. Y cuando yo me puse a pensar qué cosas iba a decir de mi pueblo, con sabor a canto, me encontré metido en un difícil laberinto: sus calles, sus rincones, su torre, su campiña, su ermita, su Virgen, su historia... todo merecía y me sugería un canto. Pero tuve que seleccionar por necesidad.

En esta singular encrucijada escogí tres temas, que seguiremos paso a paso.

Primero: haré un elogio histórico de Santaella, fijándome en lo que más se ve y sobresale. Segundo: como estamos en un pregón de Feria andaluza, pensé que lo más típico sería hablar del vino, del flamenco y de sus mujeres. Para terminar hablando de una mujer singularísima, centro, estrella y razón de ser de nuestra Feria: la Virgen del Valle.

¡SANTAELLA!... He dicho antes que todo en ella me sugería un canto. Hablaría de sus barrancos y cerremotes, testigos mudos de nuestra niñez; de cortijitos, engaña huevos, escurrideras. De sus desaparecidas chumberas. De nuestras también desaparecidas arenillas. De los tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín, del Guerrero del Antifaz. De las Zorreras, paseo idílico en las tardes soleadas de muchas parejas, algunas ya con nietos. De ese Camino del Valle, de esa carretera de Puente Genil, de las veredas, donde parejas de enamorados sintieron el cosquilleo inolvidable del primer beso... Hablaría de sus fuentes: la de La Mina, la de La Lágrima, la del Pilón, la del Santo, la de La Pita, la del Cañuelo, donde tantas caras hicieron temblar el agua reflejando en ella la ilusión ardiente de sus miradas... Todo esto es canto y todo esto es pueblo: las eras con sus trillos y cantes de trilla. Los campos con carretas, con arados y cantes de gañanes...

Pero empezaré hablando de tres cerros, que quisiera que el pueblo mimara y admirara con predilección: La Muela, la Camorra de las Cabezuelas y el Cerro de la Mitra. ¡Qué poquitos pueblos pueden contar con esas tres minas de historia! De historia de la buena, que se remonta a miles de años antes de Cristo. ¡Qué lástima que la Arqueología no haya desentrañado todavía todo lo que atesoran! Más de cuatro esculturas ibéricas, dignas del mejor museo, salieron al azar: el toro de Zahorní, un león y, sobre todos, una leona valiosísima, la reina del Museo Municipal. Y un borrego que tanto tiempo sirvió de asiento en la puerta del cortijo de Las Cabezuelas. Y, hablando de

museos, ¿dónde está ese Museo que un día creara y pusiera en marcha el Ayuntamiento?...

Pero no hace falta que la Arqueología ponga sus manos en ellos para darse cuenta de que en su cima y alrededores están escritas páginas bellísimas de historia, que sitúan a Santaella en un lugar de privilegio, no ya en la provincia, sino en toda Andalucía. Yo he visto a especialistas vibrar emocionados en La Muela ante los restos que afloran en su superficie, y que hablan bien claro de un pueblo antiquísimo asentado allí, de nombre desconocido, y que muy bien pudiera ser uno de tantos citados por geógrafos clásicos, como Estrabón, y cuya localización es todavía un enigma. El ilustre García Bellido los nombra, pero la Arqueología tiene la tarea de localizarlos. Sepamos o no sus nombres, lo cierto es que estos tres cerros fueron sendos asentamientos de pueblos muy primitivos, que Santaella tiene el honor de poseer en su riquísimo término. Y que uno de ellos -La Muela- pudo muy bien ser la primitiva Santaella, que remontaría así su historia más allá de la Historia, y ser una importante colonia cuando ya lo eran nombres tan señeros como Astigi (Écija), Carmo (Carmona), Caipion (Chipiona), Ipagro (Aguilar), Egabrum (Cabra), etc.

De los tres cerros, el más rico en materiales de superficie es el de Las Cabezuelas. El que menos, La Mitra. Pero, señores, ¡qué joya de leona la que nos tenía escondida...!

No quisiera cansaros demasiado. Pero deseo sacar alguna moraleja aprovechando el tema. La primera, interesar al pueblo por esos tesoros de historia. La segunda, interesar a las autoridades por unas excavaciones en regla. Y, la última y principal, a levantar nuestra cabeza con legítimo orgullo, porque la historia de Santaella es una historia preñada de la mejor solera, que nos exige un esfuerzo por ser dignos ella.

Quisiera ahora fijarme en otra joya arquitectónica, que sobresale majestuosa, erigiéndose en centro geográfico del pueblo y es mirada obligada para todo el que desemboca en la Plaza Mayor: la torre del castillo, de este castillo que nos escucha. ¡Qué soberbia fortaleza debió de existir aquí, y qué enorme importancia tuvo Santaella en tiempo de los árabes, y aún después de conquistada por San Fernando, allá por el año 1240!

Existen textos de la época que llaman a Santaella «granero del Califato». ¿Qué piropo más hermoso se puede leer de nuestro pueblo? Y, en verdad, ¿qué tierras de los alrededores pueden ser llamadas así con más propiedad que las de Santaella? Cuando Córdoba fue la capital del mundo occidental, Santaella era llamada «granero del Califato».

Visitaba yo hace un año el Archivo de la Catedral, acompañado de un buen amigo aquí presente. Él iba buscando datos para un trabajo de historia medieval, que le brindaba nuestra amistad con D. Manuel Nieto, hoy ya Canónigo Archivero y hombre de un grandioso futuro intelectual en Córdoba. Allí existe un libro único para la Historia Medieval Española, que ya había transcrito Nieto pacientemente. Y no he podido resistirme en leerlos aquí, literalmente, unas breves líneas, para que veáis la enorme importancia que Santaella tuvo allá por el siglo XIII, durante los reinados de Alfonso X y su hijo Sancho IV, en cuya época fue escrito. Tiene el encanto de que vamos a oír los nombres de nuestros primeros alcaldes árabes y cristianos, cuando ya estaba esta parte de Andalucía en poder cristiano.

Folio LI. 30 de abril de 1258. Don Ordón Pérez, alcayat de Santaella, don Yagüe, jurado del rey en Úbeda, Aben Porcoz, alcayat de Écija, y Abadile Alhageri, moro de Écija, recibieron mandato de Alfonso X para amojonar con caballeros cristianos y moros de Castilla y Granada el término entre Lucena y Zambra. (Resumen de don Manuel Nieto)

*«In dei nomine. Conoscida cosa sea a todos los omnes que esta carta vieren. Como yo don ordón perez, alcayat de sancta ella... recibimos carta de nuestro señor el rey don Alfonso. Que fueron y moros et cristianos de las fronteras de en derredor don Pedro de Lucena, alcayat de Aguilar... et ali el gordo, alcayat de Rut, et abencarin, alcayat de sancta ella».* Os podría leer más textos, porque continuamente aparece en el libro el nombre de Santaella.

De todas estas cosas que sobresalen en Santaella, nos queda cantar la principal: esa torre airosa, espiritual, coquetísima, mirada obligada para todo el que se acerca a Santaella desde cualquier punto que lo haga y que, más que una obra de arquitectos, parece una custodia de Arfe, labrada en filigrana de piedra.

Fue terminada en 1527 y en dos estilos diferentes: una planta octogonal, con base cuadrada, una capilla gótico-isabelina debajo, y otros dos cuerpos de campanas renacentistas. La inscripción del lado del Patio de las Campanas dice bien claro, en letras góticas, que se hizo «reinando en estos reinos los muy católicos Príncipes la reina doña Juana y el Emperador don Carlos, por mandato del Iltre. y muy magnífico Señor Don Fray Juan de Toledo, Obispo de Córdoba». Su magnífico arquitecto fue Hernán Ruiz I, el mismo que hizo la de la catedral de Córdoba. Siglos más tarde, con el terremoto de Lisboa, la parte superior se derrumbó, y muy pocos años tardaron en restaurarla, pero en estilo neoclásico.

Tiene proporciones de venus, atractivo de cariátide, silueta de reina... Y como una doncella, parece hecha más para ser admirada que para ser tocada. Por eso ahora ya no se toca... ¡La han dejado sin campanas! Pero ahí está ella para mirarla con embeleso. Y para hacer estremecerse y llorar de emoción a todo santaellano que se pasó tiempo ausente y la mira nostálgico desde la lejanía, brindándole ella el primer abrazo y la primera ilusión del regreso...

Con esto hemos recordado un poquito de historia y hemos cantado a Santaella.

Ahora entraremos en temas más específicos de un Pregón de Feria. Unos versos de Manuel Machado nos brindan en bandeja la introducción: «Vino, sentimiento, guitarra y poesía/ hacen los cantares de la patria mía. /¡Cantares!/ Quien dice cantares, dice Andalucía...».

¡El vino! Del vino se puede decir todo lo bueno y todo lo malo. Todo depende de su uso o su abuso. Su abuso ha destrozado vidas, hogares, amistades... Pero, bien usado, el vino ha sido testigo de empresas importantes, de amistades sinceras, de ratos inolvidables. Y, desde luego, Andalucía y sus Ferias no se conciben sin vino.

El vino es tan viejo como la historia de la humanidad. Su origen parece remontarse a las primeras civilizaciones del Próximo Oriente. Después de cultivada la vid por los antiguos judíos y griegos, los romanos extendieron su cultivo por todo su colosal imperio, y, por supuesto, por Hispania. Y, dentro de Hispania, por la Bética. Domiciano quiso impedir su cultivo en algunas zonas. Pero en la Bética no lo consiguió. Luego, en tiempos de Probo (siglo III), su cultivo se extiende al norte de España, existiendo, como sabéis, la llamada «tierra del vino», que comprende el SE de Zamora y SO de Valladolid, en el curso medio del Duero. Los visigodos protegieron también su cultivo. Y, con los árabes, su cultivo se extiende más todavía. En la meseta castellana, cuando el feudalismo, la vid fue el complemento de una economía básicamente cerealista, y el comercio del vino se extiende hacia Inglaterra, Flandes y N. de Europa. La corona de Aragón lo extiende también por sus dominios. Los vinos mediterráneos son los mejores. Pero en el siglo XIV fueron vencidos por los vinos de Borgoña (más finos), impuestos, sobre todo, a través de las cortes de los Papas de Aviñón. España extiende luego su cultivo a América, y las colonias americanas llegan a competir seriamente con los caldos andaluces. Sólo Felipe III (1602), y las medidas restrictivas de 1680, hicieron triunfar el vino andaluz sobre el americano. Pero el auténtico comercio del vino se produce en el siglo XVIII. Su cultivo pasó de la periferia al interior: León, Rioja, La Mancha... Hacia 1882 España tiene el

monopolio mundial del vino, pero decae por la enfermedad de la filoxera en Europa. La plaga también llega a España en 1892, y los vinos españoles sufren un terrible colapso. Hoy España comparte la hegemonía mundial del vino, detrás de Italia y de Francia.

Aparte de su historia, otras muchas facetas del vino podríamos tocar aquí: su elaboración o vinificación, componentes, adulteración, etc. Digamos sólo, para terminar, algo sobre la clasificación comercial, que es bastante compleja. En principio, los vinos se dividen en «vinos de pasto» y «vinos de lujo». Los de pasto se dividen en «comunes» y «vinos de mesa», que pueden ser blancos, tintos, claretes y rosados. Entre los de lujo, se distinguen los «licorosos» (secos o dulces), los aromatizados y especiales (mistelas, quinas, vermut...), y los espumosos, ya sean naturales, ya artificiales.

Entre los principales vinos de marca nacional, debemos citar al Jerez, el Málaga (licoroso y dulce), excelente para postres, la malvasía de Cataluña y Andalucía; los de Aleya, Alicante, Montilla y Moriles (licorosos secos), Rioja, Valdepeñas, etc. Y, entre los extranjeros, el oporto, el borgoña, el burdeos...

En fin, amigos, que el vino es alegría, hermandad, camaradería. Y quiera Dios que lleguen muchas Ferias para poder brindar con una copa en la mano por tantas cosas alegres que nos regala la vida.

Pasemos ahora a un tema que a mí me produce delirio: el tema del flamenco. Y aquí sí que me ha sido difícil concentrarme y escoger. El tema me apasiona y quisiera dedicar años de mi vida para profundizar en su estudio: su origen enigmático, sus letras, su duende, su casi infinita variedad de matices, su etnología, el pueblo gitano, la guitarra, las palmas, el jaleo, el baile; su misterio, su entraña, su espiritualidad y su frivolidad, que hasta estas contradicciones encontramos en este inigualable folklore andaluz, para ser más apasionante.

¡El cante jondo! ¡El cante a secas! Antonio Machado lo exalta así:

*«Yo meditaba absorto devanando  
Los hilos del hastío y la tristeza,  
Cuando llegó a mi oído,  
Por la ventana de mi estancia, abierta  
A una caliente noche de verano,  
El plañir de una copla soñolienta,  
quebrada por los trémolos sombríos  
de las músicas magas de mi tierra...»*

No sé si habré acertado escogiendo para vosotros una faceta muy concreta de este riquísimo y apasionado arte andaluz: la faceta



literaria, sus letras. Y voy a empezar haciendo una afirmación que puede resultar muy arriesgada. Pero no me importa. Yo lo siento y, porque lo siento, lo digo: las letras flamencas populares pueden constituir la más sublime poesía escrita en lengua castellana, junto al viejo Romancero anónimo. En ellas el alma entera aflora al exterior, con toda su inagotable gama de sentimientos. Y, además, porque lo hace con la palabra justa y con la máxima sencillez. Con esa «dificilísima sencillez» de que hablaba Azorín. Con la franciscana sencillez de las cosas humildes. Con la frescura y candidez de la florecilla silvestre, que nadie sembró, pero que es calladamente más atractiva que la que el hombre cultiva:

*«Cuando la gente ignore  
que ha estado en el papel  
y el que la canta llore  
como si fuera de él./.../  
Entonces tú serás  
la copla verdadera  
que lejos volarás,  
y en labios de cualquiera  
de mí te olvidarás...».*

Manuel Machado caló como nadie en esta suprema cualidad de la copla flamenca: el ser anónima, volandera y popular:

*«Hasta que el pueblo las canta  
las coplas coplas no son;  
y, cuando las canta el pueblo,  
ya nadie sabe el autor.  
Tal es la gloria, Guillén,  
de los que escriben cantares:  
oír decir a la gente  
que no las ha escrito nadie.  
Procura tú que tus coplas  
vayan al pueblo a parar,  
aunque dejen de ser tuyas  
para ser de los demás.  
Que, al fundir el corazón  
con el alma popular,  
lo que se pierde de gloria  
se gana de eternidad...».*

Produce escalofrío y es imposible decirlo mejor. ¿Que tienen autor? ¡Qué duda cabe! Todo lo popular tuvo su autor, el mejor autor: el pueblo. Pero el autor no importa porque su lirismo tiene quilates para no morir nunca. El pueblo se encargará de que no muera.

«Y es que el flamenco -dice González Climent- no busca objetividades, sino ahondamientos directos del alma en el sentido acuciante y dramático de la vida».

Hay letras muy famosas de autores conocidos. Pero las mejores son aquellas que el pueblo creó, y transmitió de unas generaciones a otras. Como los romances. El genial García Lorca las distinguió diciendo que, entre unas y otras «existe la misma diferencia que hay entre una rosa de papel y otra natural». Y dice a continuación: «Cómo se nota -en las cultas- el ritmo seguro y feo del que sabe gramáticas... Los verdaderos poemas del Cante Jondo no son de nadie... Nacen porque sí, son un árbol más en el paisaje, una fuente más en la alameda».

Yo no dudo de que este pueblo andaluz, analfabeto en cultura, tiene una ciencia infusa para la poesía, que se la da la tierra. Porque Andalucía, lo mismo que fue cuna de todas las civilizaciones en España, fue, es y será la tierra poética por excelencia de España. Tiene esta gracia indiscutible.

He aquí dos testimonios de una autoridad aplastante. El de Gerardo Diego, que dice: «El analfabetismo popular español, y singularmente el andaluz, puede suponer una cultura más honda y verdadera que la erudición de otros países muy letrados».

Y apuntilla Díaz Plaja: «Trae Andalucía al panorama de la poesía española contemporánea un caudal excepcional. Tierra lírica por esencia, presencia y potencia, donde un delicado sentido de la belleza surge innato en las muchedumbres. Tierra, en suma, profundamente civilizada por muchos siglos de arte refinadísimo, por la contemplación cotidiana de una belleza múltiple y cambiante, ofrece una copiosa historia de poesía».

¿Qué misterio es éste? ¿Por qué es así nuestra tierra?... Y nos responde el eco de estas palabras: porque «en Andalucía se nace sabiendo/ de ritmo, de gracia, de baile y de amor».

Y con Machado: «Es el saber popular/ Que encierra todo el saber/Que es saber sufrir, amar/ morirse y aborrecer...».

Este milagro lo hace posible el chorro de humanidad palpitante que campea en el cante flamenco. Pemán escribió: «Por eso el cante ha de ir/ despacio, hasta conseguir/ volvernos del todo loco/metiéndose poco a poco/como un clavo en el sentir».

Vamos a ir ahora recorriendo ese campo de las letras flamencas, para ver que en ellas está retratada el alma entera del hombre. Y aquí estriba su grandeza: en que es un arte profundamente humano y sabe hacer vibrar todas las cuerdas del alma.

Manuel Machado estima que las coplas «saben encerrar muchos tomos de filosofía en los tercios de una soleá, como toda una gama vivida y sufrida de penas y alegrías, en el quinto extracto del poema dramático que es una seguiriya».

El flamenco tiene letras tan ramplonas, que parece que no dicen nada... de tanto como dicen: «Esta rubia panaera /que con el calor del horno/se está poniendo morena». Hasta parece que no acaban. Y no es eso. Es que se quedan en el aire para que cada uno entienda lo que quiera.

Por el flamenco desfila el amor con todas sus variantes: amor filial, amor paterno, amor a la mujer. Amor casto, amor adúltero, amor celoso, amor orgulloso, como aquel fandango de Huelva: «Si mi suegra no me quiere/ porque no tengo carrera,/ en mi casa tengo un galgo./Vaya por él cuando quiera,/ que yo pa correr no valgo».

El amor filial tiene su campo más propio en el cante más dramático y desgarrador: en la seguiriya, «perfecto poema de las lágrimas», como lo llamó García Lorca. En ella llora la melodía como lloran los versos: «Si mi corazón tuviera/ vi(d)rieritas de cristal/te asomaras y lo vieras /gotas de sangre llorar».

Hay letras de amor paternal, que ponen el vello de punta:

*«Me estoy muriendo,  
Señor, ten piedad de mí.  
Dios mío, me estoy muriendo.  
Déjame un poco más vivir,  
que mis niños, mis niños de mis tormentos  
sólo me tienen a mí...».*

Y no digamos nada de las letras de amor entre hombre y mujer. Está representado en todos los palos del flamenco. Amor pasional, picante, religioso, noble, celoso... Pasional es esta seguiriya: «La persona tuya/ es lo que yo quiero./ Tenerte en mis brazos, mirarme en tus ojos/ y comerte a besos».

Picante —iy qué pique tan sabroso tienen las letras flamencas!— es esta copla por alegrías: «Tienes los ojos grandes/ el talle esbelto;/la

carita, de almendra/y el pie, pequeño./Finos, los labios/ y muy bonito todo/ lo que me callo».

O ésta, por soleares: «Levántate una mijita. / Déjame meter el brazo/ bajo de tu cinturita».

¡Las letras de la soleá... De tres versos... pero lo que encierran!

«Se te olvidaron, serrana,/ Las cositas que decías/ y los suspiros que dabas...».

*«Al cielo no miro yo  
porque me miro en tus ojos  
que son del mismo color».*

*«Allá cuando Dios quería,  
una carita de gloria  
se juntaba con la mía».*

*«Unos ojos negros vi.  
Desde entonces en el mundo  
todo es negro para mí».*

*«La veredita es la misma,  
pero el “queré” es cuesta abajo  
y el olvidar, cuesta arriba».*

*“Tus cabellos me prendieron,  
Tus ojos me condenaron  
Y tus labios me absolvieron”.*

Está también presente el «machismo»; como estas letras de fandango:

*«Por Dios, que la respetara  
llorando me lo pedía;  
por Dios que la respetara.  
Y, viendo que me quería,  
yo de su cuerpo abusaba.  
Ella callaba y sufría...».*

*«La indignó  
aquel beso que le di.  
Aquel beso la indignó.  
Y a los tres o cuatro días  
otro beso me pidió.  
Algo el primero tendría...».*

Así estaríamos toda la noche. Pero hay que abreviar. Aunque no quiero terminar esta parte sin haceros ver que, junto al tema amoroso,

que se lleva la palma, hay en el flamenco temas para todos los gustos. Hasta para los cazadores, que pueden cantar letras de tanta ternura como ésta: «Cazadores de la sierra,/ a esa liebre no tirarle/ que está buscando en la tierra/ un sitio donde ser madre/ que es una cosa muy seria».

Tienen además estas letras, entre sus muchos encantos, un dominio perfecto de todas las figuras estilísticas. Sobre todo, de la comparación:

*«A la orillita del agua  
me pongo a considerar:  
mis penas son como el agua  
que no acaba de pasar».*

*«Yo voy de penita en pena  
como el agua por el monte  
saltando de peña en peña».*

Y, ya que estamos en temas poéticos, vamos a terminarlos con poesía. Con una poesía que hace una glosa completa, por provincias, de los cantes flamencos:

*Si vas a Andalucía,  
que Dios te ampare  
de la muerte pequeña  
de sus cantares.  
Que Andalucía  
puede muy bien matarte  
por bulerías.  
Cuando se empina Cádiz  
para cantar,  
los ingleses se asoman  
a Gibraltar.  
Y nos envía  
una muerte pequeña  
por alegrías.  
Dios te guarde, viajero,  
por tu jornada  
de una muerte pequeña  
de mi Granada.  
No se la siente  
y en media granáina  
viene tu muerte.  
Por Córdoba pasaron  
esta mañana  
con la muerte pequeña  
de la serrana.*

*Que un bandolero  
se muere, como todos,  
por un te quiero.  
Esta muerte pequeña  
del fandanguillo  
sabe a patio y Giralda,  
cruz y palillo.  
Huye, chiquilla,  
que la muerte pequeña  
va por Sevilla.  
Huelva de los mineros  
y la Parrala.  
La pena con el vino  
¡cómo amargaba!  
Y en contrabando  
iba la muerte chica  
sobre un fandango.  
Muerte grande parece  
la malagueña.  
De morir con tanta  
muerte pequeña,  
Málaga tiene  
muertes en cada esquina  
de los percheles.  
Préstame tus pestañas*

*para ocultarme;  
los gitanos me siguen  
para matarme.  
¡Huye, chiquilla,  
que ya me hirió de muerte  
la siguiyia!  
¡Ay, la muerte pequeña  
de los cantares!*

*Puñaladas y flores  
por soleares.  
¡Por soleares!  
Esta sí que es la muerte  
de los cantares.  
Que, si canta soleá,  
la muerte pequeña es una  
muerte grande y de verdad...*

Ahora le toca el turno -y ya termino- a la mujer. Os confieso que ha sido la parte que más quebraderos de cabeza me ha dado. Cantar a la mujer puede parecer fácil, y no lo es. Porque se corre el riesgo de repetir tópicos que estamos cansados de oír.

Cierto que una Feria sin mujeres sería como una vida sin sol, sin aire, sin cielo. Cierto también que la mujer ha sido y será la mejor fuente de inspiración para los poetas. ¿Recordáis aquel poema de Bécquer «/.../ mientras exista una mujer hermosa/ habrá poesía»?

Todo esto es cierto. Pero este es un camino de flores que yo quisiera esquivar. Yo quisiera dejar menos miel en los labios de las mujeres – que ya tienen demasiada-, y más inquietud en su corazón. Sobre todo, en el corazón de las más jovencitas.

Estudiando Comunes en Granada, leí una frase del Catedrático de Historia Moderna, don Ángel Cepeda Adán, que no se me olvida. Hablando de Roma, decía que «Roma fue un ejemplo de grandeza por la dificultad...». Pequeña, rodeada de enemigos, funda una ciudad excavada en la roca, y forja un inmenso y colosal imperio, militar y cultural, asombro para la Historia. Y sólo cuando se dio a la vida fácil y al vicio, fue anulada como pueblo por una masa de bárbaros.

Estos, en su ocaso visigodo, son destrozados por otra masa hambrienta de tierras y fanatizada por un Profeta. Pero aquella rutilante civilización árabe fue también vencida por el empuje de un pueblo cristiano, humillado y privado de lo suyo durante siglos. España se convierte en dueña del mundo con los Reyes Católicos y con los Austrias, para caer luego en la total decadencia que poetizara Quevedo en su genial soneto «Miré los muros de la patria mía...».

Ésta es la Historia del mundo, y esta es la Historia de España: las hegemonías son fruto de la necesidad y del esfuerzo. Las decadencias lo son de la abundancia, de la vida fácil y del vicio.

No pocos genios y famosos de todas las ramas del saber y de la ciencia han sido fruto de situaciones de pobreza y opresión: Beethoven, sordo e integrador del dolor en la música, como valor catártico. Goya, que crea su pintura más genial atormentado y recluido por la sordera.

Van Gogh, locura. Miguel Ángel, incompreensión. Colón, rechazo, naufragios, hambres y dificultades... La lista sería interminable...

¿Qué quiero decir con esto, en relación con la mujer? Pues que la civilización, España, Santaella... sufren crisis de políticas, religiosas, de valores, de espiritualidad, de familias... La materia está endiosada. El sacrificio se rehúye. Y que la mujer, más capacitada para el sacrificio que el hombre, debe de ser el espejo y el ejemplo para la sociedad.

Oíd, mujeres, las palabras del gran escritor Ortega y Gasset, quien dice que la esencia de la feminidad está «en el hecho de que se sienta realizado plenamente su destino cuando entrega su persona a otra persona. Frente a este maravilloso fenómeno, la masculinidad opone su instinto radical, que lo impulsa a apoderarse de otra persona... Para ella, vivir es entregarse. Para él, vivir es apoderarse».

Y en otro ensayo escribe: «La mujer no revela su aspecto verdadero y propio, sino al que se individualiza ante ella, y deja de ser el hombre en general/.../En esto, como en todo, la sicología de la mujer es opuesta a la del varón. La mujer sólo se entrega al hombre que, por un motivo u otro, se destaca individualmente ante ella. Lo que hay de repugnante y monstruoso en la prostituta es su contradicción de la naturaleza femenina, en virtud de la cual ofrenda al hombre anónimo, al público, aquella personalidad latente que sólo debe ser revelada al preferido. Hasta tal punto es esta una negación del carácter femenino, que el hombre delicado siente una instintiva aversión hacia ésta, como si, a despecho de sus formas de hombre, hubiera en ella un espíritu masculino. En cambio, al clásico en feminidad, Don Juan, es atraído preferentemente por la mujer más recatada, y que en la morfología femenina representa el polo opuesto a la prostituta. Don Juan, en efecto, se enamora de la monja».

¿Qué consecuencia quiero sacar de todo esto? Pues que la mujer, como mujer, está equivocando su destino. Que su destino es entregarse. Entregarse en un momento muy solemne y a un hombre muy concreto, que se destacó, se apoderó de su alma, y ella le entregó a cambio su vida.

Y terminemos ya. Pero no debemos hacerlo sin volver los ojos a nuestra ermita, a nuestra Virgen del Valle, Patrona de nuestras Ferias. Y vamos a hacerlo con una llamada personal: la Virgen del Valle está cada día más olvidada en su Feria. Las causas sería complicado analizarlas. Pero el hecho es real y tangible. ¿No sería posible y necesario que la Virgen saliera de su ermita de vez en cuando para visitar a su pueblo? Ahí queda esta pregunta, por si quieren recogerla los que la pueden contestar.

Y para Ella, esta plegaria devota, sencilla, popular. La plegaria de un pueblo, del que soy pregonero. La plegaria por un pueblo al que quiero y deseo todo lo bueno. Por sus autoridades para que gobiernen para la justicia y la prosperidad. Por sus trabajadores, los que dejan su sudor y sus vidas en nuestros campos. Por los mayores, que todo se lo merecen porque todo lo dieron. Por los jóvenes, para que agoten todo el caudal de su brío en su mejor formación cultural y humana, sin rehuir el esfuerzo y la dificultad. Por nuestras mujeres, para que, como Ella, sean fuertes y auténticas. Por todos sus hijos ausentes, que estos días sufren de recuerdos, soledades y nostalgias de su terruño. Y, en fin, por la felicidad de todos, que os deseo siempre con un sincero y apretado abrazo de amigo.

MUCHAS GRACIAS.

Puente Genil, 30 de agosto de 1973



## 1974 - Rvdo. P. D. MANUEL MAESTRE GARCÍA, S.J.

### **PRESENTACIÓN**

Magnífica reina, maravillosas damas, ilustres autoridades de Santaella, distinguidos visitantes, señoras, señores:

Permitidme que empiece, paisanos del alma, contándoos la historia y el porqué de una audacia. La historia de mi audacia al aceptar este pregón y los motivos que me indujeron a ello. Muchos de vosotros me conocéis. Sabéis que soy sacerdote, que no soy de profesión ni literato, ni poeta. Sabéis que soy un hombre dedicado desde hace muchos años a la educación de los jóvenes en un colegio de Quito. Mi vida así se reparte entre la teología, los trabajos pastorales y la formación de los adolescentes. ¿Qué tiene que ver todo esto con la emoción lírica y poética de un pregón? Y entonces ¿cómo me he atrevido yo a aceptar ser este año pregonero de Santaella en fiestas?



La duda y la pregunta están plenamente justificadas. Yo mismo tardé cinco días en resolverme cuando recibí la carta de nuestro alcalde que me lo proponía. Fue una lucha interior intensa entre la conciencia de mis propias limitaciones y la ilusión de cantar a todos los vientos mi emoción de santaellano de adopción y de elección. Dudaba, me resistía, consultaba, me animaba, temía y con todo me decidí por la audacia. Porque ¿no es audacia exaltar sin ser poeta la belleza de los paisajes y rincones de Santaella? ¿No es audacia cantar sin ser cantor la grandeza de estas tierras, de estas gentes mis paisanos? ¿No es audacia evocar sin ser historiador un pasado trimilenario pleno

de esplendor y de gloria? ¿No es audacia anunciar sin ser profeta un futuro de crecimiento espléndido, maduro?

¿Queréis saber por qué me decidí por la audacia? Porque pienso que la poesía de un pregón más que palabra es emoción, más que forma es sentimiento, más que ropaje exterior es meollo interno de vida y corazón. Y creo que para cantar a Santaella me sobran emoción, sentimiento y corazón.

Por esto, yo espero que al terminar este pregón habré provocado en vosotros, no la admiración por mi literatura de altos vuelos, que no poseo, no la admiración por una disertación erudita y profunda, sino la seguridad de que hoy ha cantado a Santaella un hombre que desde la lejanía de América, esa América joven desgarrada y esperanzada, no ha podido olvidar esta tierra fecunda y magnífica. Un hombre que siente a Santaella como se siente siempre a una madre. Un hombre para quien Santaella, lo digo sinceramente, es el primer amor, el gran amor, el inolvidable amor de mi juventud.

### ***PALABRAS A LA REINA Y SUS DAMAS.***

Una vez justificada mi audacia, espero haberlo conseguido de vuestra benevolencia, quiero dirigir mis primeras palabras a La Reina y su corte de honor. Ponen algunos no sé qué incompatibilidades entre la mujer y el sacerdote y hay que reconocer que cierta teología con influjos evidentemente no cristianos ha fomentado esta especie de oposición casi esencial entre la mujer y el sacerdote. Se consideraba a la mujer como un ser casi por esencia bello. Influidos por esa corriente alguien de ustedes puede pensar que no es un cura el más indicado para cantar la belleza de la mujer. Y yo me pregunto ¿Por qué? No tengo yo como cualquiera de vosotros dos ojos en mi cara para ver. Un sentido estético tal vez cultivado para admirar todo lo que de admirable me salga al paso. Y ¿no es una muchacha bonita una de las cosas más admirables que Dios ha puesto en el mundo, como una flor, como un paisaje, como un crepúsculo? ¿Es que es malo cantar lo bello? ¿Es malo admirarlo? Pero para que nadie se escandalice, para que nadie pueda acusarme de nada, voy a cantarle a la mujer santaellana tan dignamente representada en este ramillete de juventud y belleza entonando un canto compuesto por el mismo Dios. Alguien se atreverá a ponerle peros. Es Dios quien habla, no yo. Son sus palabras, no las mías. Escuchad, y mientras escucháis poned vuestras miradas llenas de dignidad y ternura en la Reina, en las Damas.

*Qué hermosa eres, amada mía,  
qué hermosa eres.  
Son palomas tus ojos a través de tu velo.  
Son tus cabellos rebañitos de cabras  
que ondulantes van por los montes de Galad.  
Son tus dientes cual rebaño de ovejas vestidas  
que suben del lavadero. Como una cinta escarlata  
son tus labios y tu hablar es dulce.*

*Cuán hermosas son tus mejillas  
como mitades de granada.  
Eres del todo hermosa, amada mía,  
no hay tacha en ti.  
Qué encantadores son tus amores, hermana mía.  
Qué deliciosos son tus amores, más que el vino,  
y el aroma de tus perfumes es mejor  
que el de todos los bálsamos.  
Miel virgen destilan tus labios,  
miel bajo tu lengua.  
Y el perfume de tus vestidos  
es como aroma de incienso.  
Eres jardín cercado, hermana mía.  
Eres jardín cercado, fuente sellada.  
Tu plantel es un plantel de granados,  
de frutales los más exquisitos,  
de cipreses y de nardos,  
de nardos y de azafranes,  
de canela y cinamomo.  
De todos los bálsamos más aromáticos,  
de mirra y de áloe.  
Eres fuente de jardín,  
pozo de aguas vivas que fluyen del Líbano.  
Eres, amada mía, hermosa como Tírsa  
y encantadora como Jerusalén.  
Aparta ya de mí tus ojos que me fascinan.  
Como lirio entre los cardos,  
es mi amada entre las doncellas.*

Y ahora una palabra mía personal para vosotras, maravillosa Reina y maravillosas Damas. Santaella está orgullosa de vosotras y comenta y se oye «¡Qué buena elección!».

Está orgullosa no sólo de vuestra belleza física. Lo está, sobre todo, de vuestra simpatía, de vuestras ansias de vivir, de vuestra contagiosa alegría, de vuestro buen corazón. Mientras florezcan en Santaella chiquillas como vosotras: bondadosas, sencillas, alegres y lindas, lindísimas, Santaella será un pueblo fabuloso, como lo es hoy gracias a vosotras.

Que vuestra realeza no se reduzca a los días de la feria. Creo que vuestra misión debe ser más amplia. ¿No se os ha elegido para ser sembradoras de alegría y bondad? Pues a lo largo de todo el año seguid

sembrando alegría y bondad dondequiera que haya un dolor, una pena. Hay necesidades que la beneficencia pública no puede socorrer. Hay dolores que no pueden ser curados con una receta o un billete. Hay penas que se guardan en el corazón y que lo van corroyendo íntimamente sin que nadie lo adivine. Estad atentas vosotras para descubridlas. Estad atentas para socorredlas y, si en algunas ocasiones tal vez no podéis hacer demasiado, sabed que siempre vuestra presencia, vuestro interés ciertamente harán más llevadero el dolor, porque, si la alegría compartida se multiplica, el dolor compartido se divide. Así vuestro reinado será no un reinado fugaz de cuatro días, o un año, sino un reinado interminable, porque os habréis apoderado del corazón de todos los Santaellanos. Reinad para siempre en nuestros corazones por vuestra sencillez, por vuestra alegría, por vuestra bondad.

### **A MI SANTAELLA**

El magnífico Antonio Machado tiene unos versos que quiero hacer míos porque retratan mi situación:

*En estos campos de la tierra mía  
y extranjero en los campos de mi tierra,  
en estos campos de mi Andalucía,  
Oh tierra en que nací, cantar quisiera.  
Tengo recuerdos de mi infancia  
Tengo imágenes de luz y de palmeras  
Y en una gloria de oro  
de duendes campanarios con cigüeñas.*

Sí, quisiera saber cantar y quisiera tener toda la fuerza de evocación y toda la emoción poética de los grandes andaluces universales, Machado, Juan Ramón, García Lorca..., para hacer el himno exultante y justo de esta tierra mía, de mi Santaella. Mi Santaella. Que nadie me acuse de apropiación indebida. Para mí Santaella, aunque no nací aquí, es mi Santaella.

«No donde naces, sino donde paces», dice el refrán; y aquí pasé yo los dieciséis años más felices de mi vida. Del aire, del agua, de los paisajes de Santaella estuvo hecha mi infancia, mi adolescencia, mi primera juventud.

Aquí aprendí yo a reír y a llorar, a leer y a pensar, a rezar y a estudiar. Aquí aprendí yo a hacer todo lo que hace a un hombre. Que, cuando me fui a los dieciocho años el hombre está hecho.

Me fui de Santaella. Santaella nunca se ha ido de mí. Y, cuando busco en las raíces de mi ser, cuando me remonto hacia el pasado para explicar mi presente, hay siempre en el origen un acontecimiento que me sitúa invariablemente en Santaella.

Hace unos tres años contaba yo a una persona un sueño que había tenido alguna de aquellas noches en la lejana América. ¿Queréis saber dónde se situaba el sueño? A unos diez mil kilómetros de distancia. En un lugar de Santaella perfectamente identificado: en la fuente del Cañuelo. ¡Señores! Que son diez mil kilómetros y cuarenta años de distancia, y sin embargo, en el espontáneo del sueño aflora lo personal, eso que los psicólogos llaman el subconsciente, o el inconsciente, lo más incardinado en la propia entraña. Eso para mí es Santaella.

Santaella nunca se ha ido de mí. ¿Cómo se va a ir? «Tengo recuerdos de mi infancia. Tengo imágenes de luz y de palmeras». Esos recuerdos que pugnan por salir a flote. Permitidme la evocación de algunos de ellos. Disculpadme vosotros, jóvenes, si os canso con esta evocación. Los de mi generación revivirán conmigo una infancia muy feliz. A pesar de que los tiempos fueron tan distintos. A pesar de que los tiempos vistos desde la abundancia ilusoria de estos años pueden parecer pobres, escasos, casi, casi incomprensibles. A pesar de esto, que es verdad, dudo mucho que vuestra infancia, niños y jóvenes de hoy, haya sido tan feliz como lo fue la mía.

Y es que la felicidad no está hecha de muchas cosas. No es cuestión de cantidad, es cuestión de resonancia interior. Horacio, Fray Luis de León, el que escribió el cuento de la camisa del hombre feliz... sabían mucho de esto. A nosotros nos bastaba ir a dormir a una era las noches calurosas de verano, o bañarnos en el Chilanco Cristo en los ardientes mediodías. Nos bastaba organizar una breve excursión a coger espárragos, aceitunas, caracoles. Nos bastaba corretear simplemente por todos los paisajes del pueblo, por las arenillas, por las zorreras, por el cerremote. Nos bastaba gritar en los bautizos «A pelón, a pelón raído». Y nos contentábamos con unas monedas que nos lanzaba el rumboso padrino.

¡Qué pocas cosas necesita un niño para ser feliz! A nosotros nos bastaba una lata, un poco de carburo, un trozo de mecha y mucho espacio abierto para vivir con intensidad una aventura inolvidable. Señores, no hablo en hipérboles, no exagero. Porque yo recuerdo la emoción de los preparativos: tú el carburo, tú la lata, tú los fósforos, tú la mecha. Yo recuerdo el suspense ante la mecha que se va consumiendo lentamente. Yo recuerdo el estallido de alegría cuando sucedía la explosión. Y recuerdo el anhelo nuestro de volar con la lata

que subía, subía, subía. Sé que voy a parecer presuntuoso y ridículo, pero no me resisto a comparar esta aventura nuestra con la más espectacular aventura de estos tiempos. La de los viajes interplanetarios. Porque yo imagino a Werner Von Braun en su infancia lanzando latas al espacio impulsadas por el carburo. Después, al perfeccionar su técnica, lanzó sus cohetes un poco más arriba que nosotros nuestra lata. ¿Lo hizo con más emoción? Sinceramente me permito dudarlo.

Había aventuras con sobresalto. ¿Quién se resistía a la tentación de robar unas azofaifas del corral de la señora María del Valle Gálvez? ¡Riquísimas azofaifas! Porque estaban buenas y porque eran el fruto de una aventura arriesgada. ¿Quién se resistía al placer de saltar y brincar y esconderse y revolcarse en la enramada de Rafael el del Horno? Y la emoción con la conciencia de culpa de los primeros mataquintos. ¿Y las carreras después de romper un cristal del casino? Yo soy deudor, todavía debo uno de ellos. O de una farola del ayuntamiento y corríamos porque los terribles municipales, Juan Rivilla, Andrés Romero o el Tío Chupito, nos perseguían. Para nosotros eran terribles, hoy sabemos que Juan Rivilla, Andrés Romero, Antonio Álvarez eran y son unas personas maravillosas. Y esas aventuras con un poco de mala idea, he de confesarlo, amigos de la infancia, de las trampas de alpechín.

Las fiestas de Santaella. La Feria con su función del Valle era como una romería. La banda de música con la diana al amanecer y sus conciertos en el paseo al atardecer. Las corridas bufas, aquel graderío de madera que se cayó antes de empezar la corrida. Las carreras de cintas a caballo. ¡Las fiestas de Santaella...!

La Semana Santa con sus romanos y el ángel haciendo posible el encuentro de la Virgen con su hijo. La escena tenía lugar junto al casino de Daniel. Los romanos cruzaban sus lanzas para que no pasara la Virgen. Un ángel con su espada separaba las lanzas y quedaba la calle abierta para el paso y el encuentro. ¡Que belleza, qué ternura, qué poesía en tanta ingenuidad! Las fiestas de Santaella... La procesión de los niños con la cruz de Mayo...

Pero de todas las fiestas quiero evocar particularmente la del Corpus. Es un recuerdo que me viene por todos los sentidos porque era la luminosidad de la primavera, o del verano recién estrenado y el colorido de las mejores colgaduras en todas las casas engalanadas. Y era la banda de música acompañando al Santísimo y las campanillas de la custodia y de los monaguillos. Y era el aroma de la juncia

extendida por todas las calles, oliendo a campo limpio, y el olor de las flores sacadas a todas las puertas. Y después de la procesión el delirio para nosotros los chiquillos. Aquel saltar y jugar y revolcarnos incansablemente sobre la juncia, hecha parva en las calles. Era una fiesta maravillosa completa. En la que participaba no sólo nuestro sentimiento religioso, sino todo nuestro ser fecundo. ¿Querréis creer que todos los años, cuando llega el Corpus, vuelvo a sentir la misma nostalgia y vuelvo a oler la juncia, y a oír las campanillas, y a ver las fachadas de mi pueblo con las mejores cortinas y colchas? Hoy sé mejor que antes que la Eucaristía es una conmemoración festiva y sé teológicamente todas las razones por las que lo es. Pero sentirlo, sentirlo... nunca como en Santaella en su día del Corpus.

### **RECUERDO A DON PACO**

Podría seguir hablando horas y horas. Podría seguir sacando interminablemente emociones y recuerdos. No me sería difícil. Tal vez los jóvenes se aburran y los viejos se enternezcan demasiado. Voy, por eso, a terminar esa evocación de mi infancia. Pero antes de hacerlo quiero dirigir vuestra atención hacia una persona que está en el recuerdo y en el aprecio de todos. Sobre todo, en el de los que tuvimos la suerte de ser discípulos suyos. Me refiero a mi inolvidable maestro, Don Francisco Palma Costa.

Hoy tengo que ensalzar con la mayor sinceridad su entrega absoluta a su vocación. Había nacido para maestro y lo fue siempre con intensidad e ilusión. Vivía para nosotros absolutamente. No recuerdo que jamás faltara a la escuela o se atrasara. Al contrario, siempre dedicaba más tiempo del obligatorio para atender a algún muchacho que no podía seguir asistiendo a las horas ordinarias porque su padre lo ponía a trabajar. O para preparar más intensamente a alguno que quería seguir estudios y tenía que dar algún examen especial. Y ponía tanto interés y tan estupenda pedagogía en enseñarnos que, cuando salíamos de la escuela para continuar estudios en otros niveles, nos sentíamos seguros por las magníficas bases de conocimiento que nos había puesto Don Paco. No sólo le interesaba nuestra instrucción. Era toda nuestra formación humana la que le preocupaba. No nos formaba para la escuela. Nos formaba para la vida. Que le pregunten a Juanito Palma la magnífica lección de respeto a las plantas, a los árboles, que le dio a él y a todos cuando a Juanito y a Pepe Sánchez se les ocurrió una tarde ir a cortar de un olivo una rama para hacerse un tirachinas. ¡Y era para nosotros tan humano...! Con qué gusto recuerdo yo aquellas ocasiones festivas en que, para

celebrar algún acontecimiento especial, cantábamos coplas de campanilleros (Gerardo Estévez era el solista). O nos relataba él, Don Paco, por enésima vez, pero con tanta atención de todos, la historia bíblica de José y sus hermanos, o salíamos al campo a recoger espárragos. ¡Nos quería tanto Don Paco! Sólo así se explica el inmenso orgullo que sentía cuando cualquiera de nosotros triunfaba y crecía. Era como un padre que se ufana por los triunfos de sus hijos. Siempre lo recordaré, lo recordaré con enorme gratitud y cariño. De mí puedo decir que después de mis padres es el hombre al que más debo en la vida. Feliz oportunidad la que me ha dado este pregón para rendir, en brevísima semblanza, un sentido homenaje a uno de los hombres que sencillamente, silenciosamente más ha influido en la historia actual de Santaella.

### **HOMENAJE A SANTAELLA**

Mi buen amigo don Francisco Rueda, vuestro Párroco, me ha proporcionado todo el material que posee relativo a la historia de Santaella y he quedado al leerlo profundamente impresionado. Cuando yo era pequeño se sospechaba, era una mera sospecha, que Santaella debía tener un pasado glorioso. Nadie sospechaba que lo fuera tanto. Y hoy tenemos que dar las gracias cordialmente a todos los que han dedicado su tiempo y su interés a esclarecer la historia de nuestro pueblo. Muy pocos pueblos podrán enorgullecerse de un pasado tan rico y tan variado. Un pasado que no es mera sospecha y probabilidad, sino seguridad sobrecogedora ante los fabulosos hallazgos proporcionados por las excavaciones arqueológicas. No los he admirado en su realidad pero sus fotos hablan por sí mismas. Ese dios de la fecundidad, esa leona ibérica, esos crismones<sup>1</sup> visigóticos Son testigos mudos pero terriblemente impresionantes de la solera, de la casta de un pueblo rico en sangre, rico en cultura, rico en tradición, rico en historia. Que si España se gloria de ser crisol de civilizaciones, Santaella es un resumen de España.

¿No es España la conjunción amalgamada y enriquecedora de todo lo que de bueno han dejado a su paso iberos, romanos, visigodos, árabes? Pues aquí, en Santaella, en este pequeño pedazo de la piel de toro, podemos encontrar huellas, impresionantes huellas, de todas esas civilizaciones, ¿Qué importa el origen del nombre de Santaella?



Lo determinante es que allá por el siglo séptimo antes de Cristo esa realidad poblacional, que hoy llamamos Santaella, existía ya como asentamiento de defensa en el cerro de la Muela. ¡Y es que había tanto que defender en esta tierra ubérrima! Para muchos santaellanos inquietos por conocer las raíces de su pueblo, son ya conocidos los detalles de la historia de Santaella que la investigación arqueológica ha sacado a la luz. Los magníficos artículos de don Francisco Rueda en las revistas de la feria han expuesto muchos de ellos. Para no cansaros no voy a describiros las bellísimas piezas escultóricas, las cabezas funerarias, los maravillosos ejemplares de leones y toros. Todos ellos son testigos de la presencia de una civilización ibérica en nuestra tierra. No voy a hablaros de las construcciones romanas, villas enteras, ordinatas, murallas, obras hidráulicas. Ni voy a hacer mención de las obras de cerámica con los anagramas cristianos del periodo visigótico. Todo ello abunda en Santaella y es conocido de ustedes. Pero no puedo dejar de hablar, por lo reciente y lo sensacional de su descubrimiento, de la existencia en Santaella de una mezquita califal. Sí, en Santaella hubo una mezquita. El canónigo-archivero de la Catedral de Córdoba, don Manuel Nieto Cumplido, lo ha demostrado suficientemente. Era pequeña, desde luego, pero poseía todos los elementos característicos de las mezquitas: el alminar, el patio, la sala de oración. ¿Cuándo fue construida? Aún no ha sido determinado. Sabemos sus dimensiones. Veinticuatro metros de larga, dieciséis de ancha, seis de alta. Su situación, en lo que hoy es capilla de bautisterio, patio y parte de la casa parroquial. Sabemos que poseía cuatro naves bajas hechas al modo de la Iglesia-Catedral de Córdoba, así dice una crónica del siglo XVI, con tandas de arcos y marmolejos de piedra. Y sabemos que en tiempos de Fernando III el Santo, siglo XIII, fue aplicada al culto cristiano, como se hizo también con Catedral de Córdoba, con la Mezquita de Córdoba.

Todo un mundo glorioso que no puede dejar de ser citado ni siquiera en un recuento somero de la historia de Santaella es la presencia en nuestro pueblo del "Príncipe de los ingenios españoles", don Miguel de Cervantes y Saavedra. Del trigo de nuestros campos, recogido por él, se alimentaban los soldados y marineros de la triste Armada Invencible. Del trigo de nuestros campos se alimentaron, sin duda también, los que tomaron parte en la más gloriosa jornada que vieron los siglos, Lepanto. Del trigo de nuestros campos, del agua de nuestros pozos, del pan de nuestros hornos se alimentó aquel Alonso Colorado, El Guapo, el liberador de los galeotes, para unos loco, para

otros incorregible idealista, como don Quijote, a quien Cervantes tomó de modelo. Todos sabemos que la partida de bautismo está en nuestro archivo parroquial. Todo esto es parte del ayer de Santaella. Un ayer de tres mil años, rico en todo: en agricultura, en edificios para la guerra y para la oración, en obras de arte, en hombres. Pero cuando uno compara la formidable riqueza arqueológica de Santaella con su escasa presencia escrita en las crónicas, no hay más remedio que confesar que los santaellanos de los treinta siglos que nos han precedido eran respecto de sus hazañas «largos para facellas, cortos para contallas». Y, ante este contraste entre su grandeza atestiguada por las indestructibles piedras y el silencio de las crónicas, uno siente la tentación de parodiar a Baltasar Gracián y reconocer así una doble grandeza en los santaellanos pasados. «Lo grande, si oculto, dos veces grande».

El cambio está a la vista de todos. Pero el que mejor lo percibe es el que vuelve a Santaella al cabo de los años. Desde el primer día que llegué, y se lo dije a muchas personas, lo que más me impresionó no fue el número de automóviles o de antenas de televisión. Ni siquiera el estupendo alumbrado público. Lo que más me impresionó fue la limpieza de sus calles y de las fachadas de sus casas. Si en el hombre la cara es el espejo del alma, las calles y las fachadas son el espejo del alma de un pueblo. Maravillosa alma de mi pueblo, maravilloso pueblo mío que tienes calles y casas tan limpias, tan luminosas, tan acogedoras. Hoy me siento más que nunca orgulloso de Santaella.

### **RECUERDO A LOS DESAPARECIDOS**

Tengo un dolor que quiero compartir con vosotros. Al volver a Santaella se encuentra uno tantos vacíos. Cuántos amigos entrañables de la infancia faltan aquí. Cuántos santaellanos han tenido que emigrar, no por afán de ver mundo, no por espíritu aventurero, sino por la dura necesidad de tener que vivir. Vosotros, los que no habéis salido no conocéis, ni sospecháis siquiera, el hondo dolor de sentirse en tierra extraña. Porque arrancarse de la propia tierra es como arrancarse la propia uña de la carne. Vendrán después todos ellos diciendo que les va bien, pero llevan un dolor íntimo, un malestar perenne, inconfesable. El malestar de ser siempre un desarraigado. Permitidme que, basándome en esto, os hable del futuro. Sé que existen planes magníficos para el desarrollo de Santaella. Tengo entendido que con la realización de estos planes la población de Santaella se va a triplicar o cuadruplicar. No soy sociólogo, por eso mi propuesta a los

responsables de los planes y a todo el pueblo es una propuesta tímida, en interrogación. ¿No será posible recuperar a esos miles de santaellanos que derrochan sudores y esfuerzos y nostalgia, sobre todo nostalgia, en otras regiones para que vuelquen toda su laboriosidad en estas fecundas tierras de Santaella con el mismo esfuerzo, pero con menos nostalgia?

¿Me permitís una palabra vosotros, jóvenes y niños? Vivís en la ausencia del recuerdo. Es lo típico de la juventud. Nosotros, los mayores, cada día vivimos más del pasado, del recuerdo. Pues bien, el futuro de Santaella depende de vosotros. A vosotros os tocará recoger el relevo de las generaciones que hoy dirigen los destinos del pueblo. ¿Os estáis preparando? Aguantadme todavía unos consejos. Amad a Santaella, que se lo merece. Conoced su pasado, su presente, sus posibilidades inmensas de crecimiento. No la abandonéis fácilmente. Vivid la amistad ancha y joven que no se fija en los apellidos. El día en que Santaella haya superado las barreras de las castas o de los apellidos, el día en que de Santaella hayan desaparecido los complejos de superioridad y los resentimientos; el día en que mueva a todos el mismo amor por Santaella, el mismo afán de engrandecerla, ese día habrá comenzado de verdad y definitivamente la auténtica grandeza de nuestro pueblo. Ese es el reto que os lanza el futuro. ¿Sabréis responder a él? Si no estáis dispuestos a ello, ni siquiera tenéis el derecho hoy a criticar a vuestros mayores.

### **MIRIAM, LA DEL VALLE**

Y para el final, el mejor bocado, el más exquisito. Cantar las glorias de la Señora, de la que da sentido a esta reunión, a este pregón, a estas fiestas. Ella no está aquí. Pero está aquí palpable, tangible. Su recuerdo hecho emoción y ternura en el corazón de cada uno.

Es de cordialidad y amistad hecho ilusión y esperanza. Que, si no fuera por ella, ni vosotros ni yo estaríamos aquí. Es ella la que nos reúne, la que nos congrega. Es ella el poderoso imán que de todos los puntos cardinales nos ha traído a cuantos en otras latitudes y bajo otros soles quemamos nuestras vidas. Es su recuerdo lo que pone a Santaella en fiestas. Lo que nos da a todos un inmenso deseo de vivir. Lo que nos contagia a todos la alegría de la que ha sido llamada y es causa de nuestra alegría.

Tiene don Pablo Moyano, a quien perdono todo lo que dijo al principio, un bellissimo artículo en la revista de la feria del año 1972 dedicado al Valle. Su idea central es ¿Qué es el Valle? El Valle es, dice él, la Virgen más bella. Es la madre de todos más nuestra. Es María

hecha santaellana de pura cepa. Exactamente eso. Eso es la Virgen del Valle. No se podía decir mejor. No hay más que una Virgen, la jovencita de Nazaret. La que un día se encontró enfrentada con el terrible dilema de decir sí o no a Dios que le ofrecía un clavel. La que una noche de silencios profundos y de volar de ángeles se encontró en su regazo un clavel hecho carne rosada y tierna de niño recién nacido. La que una tarde de silencio de Dios y de sonar de truenos recibió en su regazo el clavel reventado y sangriento. La que una mañanita de domingo, domingo de pascua era, abrazó interminablemente a su clavel quedando llena luz, de gloria.

No hay más que una Virgen. Miriam, la de Nazaret. Pero a Miriam se la llevaron al cielo para que no quedara atada a ningún punto de la tierra. Desde entonces ya no es Miriam, la de Nazaret. Que desde entonces y para siempre es Miriam, la del mundo entero. Miriam no cambia. Para eso está en el cielo. Sólo cambia su apellido. Y en Zaragoza será Miriam, la del Pilar. Y en Portugal será Miriam, la de Fátima. Y en Quito será Miriam, la del Quinche. Y en Santaella es Miriam, la del Valle. Familiar nuestra, hermana nuestra, paisana nuestra. De nuestro linaje y de nuestro apellido. De nuestro pueblo. Santaellana de pura cepa. Y es que no se puede negar. Hay un fantástico parecido entre la Santaella que evocábamos antes, la fecunda por sus reservas inagotables de cereales, la de las limpias casas y calles, la que en sus hazañas fue siempre «largas para facellas, cortas para contallas». Hay, digo, un fantástico parecido, un fantástico aire de familia entre esta Santaella fecunda, limpia, acogedora, sencilla... y esta Miriam que vino al mundo entero, pero que entre nosotros quiso ser, sencillamente, Miriam, la del Valle. Esta Miriam que llevó en su seno y dio a luz al que es la vida del mundo, infinita fecundidad. Esta Miriam, limpia, limpia hasta ser inmaculada. Esta Miriam, tan sencilla, tan silenciosa, que de ella no ha quedado registrada ni la fecha de nacimiento, ni la fecha de su muerte. Hizo tan poco ruido a su paso por el mundo... Esa Miriam, que se mantiene tan sencilla, tan callada, en su valle de olivos y viñedos.

Virgen fecunda, fecunda Santaella.  
Virgen inmaculada, limpia Santaella,  
Virgen amable, acogedora Santaella.  
Virgen del Valle, sencilla Santaella.  
Virgen del Valle, pequeñita, tierna,  
esperándonos siempre, acogedora  
en el frescor de tu coqueta ermita.

Virgen del Valle,  
tesoro entre tesoros,  
que, si tu casa es bella,  
lo más bello de tu casa eres Tú.  
Virgen del Valle,  
santaellana entre santaellanos.  
Vecina nuestra,  
paisana nuestra,  
familiar nuestra.  
Virgen del Valle, Madre nuestra.  
Santaella, por tu Virgen, vive.  
Santaella, por tu Virgen, alégrate.  
Santaella, por tu Virgen, haz fiesta,  
que Miriam, la del mundo,  
está contigo en tu Valle.

## 1975 - D<sup>a</sup> CÁNDIDA ARROYO DEL MORAL

Dignas autoridades... Reina de las Fiestas y Damas de Honor...  
iiiSantaella!!!

No sé si agradecer vuestra elección o llorar de puro miedo....Pero espero de vosotros comprensión y la paciencia necesarias para aguantar mis entrecortadas frases, que no sé ahora mismo si la emoción me dejará pronunciar.

Por primera vez en la historia de estas fiestas una mujer se encarga de pregonar el pasado, el presente y el futuro de nuestra Villa. Pregonar el pasado es hacer historia. Pregonar el presente es hablar de nosotros mismos. Pregonar el futuro es más difícil porque sólo Dios lo conoce. Pero, sin embargo, en líneas generales, podemos decir que en el futuro de un pueblo intervienen por igual dos factores: el pasado y el presente.



No por deformación vocacional de mi oficio de "enseñar al que no sabe" me acojo a esta triple exposición temporal de pasado, de presente y de futuro. Pero, cuando se trata de nuestra Santaella, no puedo prescindir de la tentación de hacer de estos tres tiempos uno solo, porque cada uno de ellos vale siempre en función de los otros dos.

Puede que sea coincidencia el hecho de que el «Año Internacional de la Mujer» no traiga a esta tribuna pregonero, sino pregonera. Y aunque la verdad, dicha por boca de hombre o de mujer, verdad será siempre, parece que, y esto puede ser una de las modalidades que la mala prensa de la mujer tiene, parece, digo, que, cuando la mujer se empeña en defender una causa, y más si la causa es justa, forzosamente triunfa en el empeño.

No hay para mí causa más justa, ni motivo de mayor satisfacción, que hablar de Santaella. Y, si esta satisfacción es grande cuando se

habla de Santaella fuera de su término, adquiere un especial carácter cuando se habla de Santaella en Santaella misma; en cuyo caso tiene nuestra intervención un carácter de reflexión, de vuelta a nosotros mismos, de examen de conciencia, de plática de familia..., porque sólo los que tenemos el mismo origen y la misma naturaleza como hijos de familia podemos considerarnos constituidos en una auténtica hermandad para recordar a los nuestros qué fueron y pensar si nos comportamos con nuestra Villa como realmente ella merece.

No es, por tanto, un pregón de propaganda hacia fuera, sino que es también un pregón de reflexión hacia dentro. El decir esto no implica que no tengamos presentes a los nuestros que están fuera, pues precisamente los ausentes, por el hecho de serlo, sienten más profundamente nuestras cosas, se encuentran más profundamente ligados al recuerdo de lo suyo y, en cierto modo, extienden por todo el ámbito de España y fuera de ella porque lo llevan muy dentro de su alma, la amplitud de la proverbial campiña de Santaella difícil de superar, como muy bien cantamos en nuestros conocidos versos...

Porque yo estimo que la ausencia es puramente física, es una lejanía material; pero, en realidad, esta ausencia se corrige con un valor matemático que puede formularse en el sentido de que a más distancia física, mayor proximidad de afecto.

Ausente yo de mi tierra gran parte del año, aunque paliando el dolor de la ausencia por mis frecuentes visitas, comprendo cómo será el que sientan los que, por razones de muy diversa índole, han tenido que separarse muchas leguas de nuestra Villa, y no sea fácil, ni frecuente, su regreso.

Hoy muchos están entre nosotros. Han vuelto a sentirse próximos a los lugares donde transcurrió su vida antes de partir y, por tanto, han aprendido a valorar cada rincón, cada calle, cada lugar... que alcanzan tanto valor en el afecto del corazón humano, cuantos más recuerdos entrañables pueden evocar.

¡Recuerdos!... ¡Qué Ferias las de nuestra niñez y adolescencia!... ¿Quién las puede olvidar?... Carreras de cintas a caballo... Cada mocita bordaba o pintaba su cinta, icon cuánta ilusión, Dios mío! No se me olvida la primera que yo pinté... (y de ahí partió mi inclinación por la pintura al óleo). ¿Anécdota?... Más tarde, a bicicleta. ¿Cómo se corrían y se cogían las cintas! ¡Qué arte deberían tener en los dedos para apuntar a la argolla con el punzón!

Las carrozas a la Función como en romería, parejas a caballo ataviadas a la andaluza... ¡Qué guerra daban los caballos en el llano y los caballistas que no dejaban oír el sermón... ¡Los concursos de parejas a caballo, el paseo, las cucañas, los toros en la Plaza, el tinglado para ellos!

Y el miedo a que se escaparan... Todo esto lo recordamos el año pasado... ¡Y las compañías de teatro «González Lemos», que uno y otro año representaban en el Pósito lo mejor de su repertorio, adonde teníamos que ir con la silla a cuestas, o amarrarla junto a otras, lo cual era un problema, si llovía, porque para ponerlas de paraguas...

Mes de octubre, Rosarios de la Aurora... la Purísima, arreglo de la Parroquia, la M. Bendita sea tu pureza, ¡Navidad!, Novenita en el Santo Cristo, cantoras tras las cortinas, panderetas y castañuelas, etc., que hacían levantar un murmullo de sorpresa y alegría a toda la chiquillería del pueblo que abarrotaba la Iglesia.

¡Cuánta paciencia la de don Ángel! Nochebuena... Entonces no había TV, cada casa era un belén viviente, y cada calle y todo el pueblo. Conocí alguna que otra «pastorá» siendo aún pequeñita (y ya ha llovido, creo), alguna venida de La Guijarrosa. ¡Y cómo nos hacían gozar! ¡Y la primera cabalgata de Reyes Magos del año 1947...!

El primero de enero, cuando los compadres... ¿Os acordáis de tan bonita costumbre? Nos paseábamos por la calle Corredera. La tita «Ní» —¿la conocéis?— me mandó un recado: nos quería ver y fuimos a su casa. Al día siguiente, izás!, tortillas. Panadería, pedir por las casas para juguetes, etc. ¡Cabalgata que desfiló la noche del 5 de enero en Santaella! ¡Bien organizada, de verdad! Carrozas, desfile de todos los borriquillos del pueblo con sus serones y juguetes cargados de guirnaldas y regalos. ¡Cómo gozó el pueblo entero! ¡Cómo fuimos felices preparándola!, ¿verdad? Carnavales, Sendilla, Piñatas...

**Semana Santa.** ¡Qué Cuaresmas! Los Vía Crucis, con enjalbiegos y limpiezas y hacer las magdalenas, y hacer los sacrificios de no cantar, no ir al cine, etc. para luego en Semana Santa poder ofrecer al paso de las cofradías una Santaella limpia como los chorros del oro, alegre, acogedora y entregada a los demás. Y el sermón de la Plaza, cruzar las lanzas al paso de la Virgen y ¡qué emoción cuando las descruzaban y Jesús Nazareno bendecía...! ¿Verdad que nos entraba por aquí... un...?

**Mes de mayo, mes de María.** La juventud de Santaella en pie para poder limpiar y adornar la parroquia para cantar y... para, al salir, «volar a los huertos por manzanas verdes».



Corpus: tres procesiones. Corazón de Jesús, motetes, «panem de coelo», altares, veladas de San Juan, de Santiago, de la Virgen de Agosto... Se llenaba el pueblo de «enrabotaos», ¡qué saborcillo! ¿Y el cantar en la besana a la vuelta del trabajo...?

¿Quién no se acuerda de los teatros en casa de doña Dolores? El de «Las cuatro estaciones». ¿Y del fajín que tejimos para la Virgen de la Soledad? ¿Y las varas de azucenas? ¿Y las piñatas? ¿Y su corral y su sótano? ¿Y los Círculos de estudio?

¿Quién no se acuerda de las sevillanas que bailábamos, y las jotas, y las zambras en la escuela, mientras doña Valle salía de la escuela? ¿Y de los corredores y el mapa y la tinaja del agua? ¿Y de los cantos regionales y los saltos en los bancos a la vuelta de los paseos?

Aunque hayamos comenzado por esta introducción, fácilmente se comprende que el primero y fundamental de los temas de que debemos de ocuparnos al hablar aquí es de aquella que constituye el motivo fundamental de nuestra vinculación a Santaella, del amor entre nosotros y de todo entrañable recuerdo: la Virgen del Valle.

Tiene la devoción a la Virgen una característica que, en vez de desvirtuar la naturaleza de la devoción mariana, la concreta y la justifica, y es precisamente el hecho de que ha encamado, en cierto modo, esta devoción en algo material: Sierra, Mar, Estrella, Fuensanta, Camino, Cinta, Valle, cuyo nombre, unido al de la Virgen hace sentir el amor a la Madre de Dios en un lugar determinado y fijo.

Ella misma, por palabras del Libro de la Sabiduría, nos dice que «bienaventurado el que espera a las puertas de su casa, y aguarda constantemente en los umbrales de su morada, porque quien la encuentre hallará la vida y encontrará en el Señor la Salvación». Pues bien, las puertas de su casa están en este Valle y, alentados con esta esperanza, aguardamos constantes en los quicios de su puerta, precisamente porque queremos hallar en Ella la salvación.

Hacer una historia de lo que la Virgen del Valle representa para Santaella, creo que sería muy de este lugar, pero nos invertiría tanto tiempo cuanto es el de nuestra historia. Porque su nombre y su devoción van tan vinculados a nuestro pasado que, hablar de Santaella y hablar de la Virgen del Valle, en muchos sentidos es hablar del mismo tema.

Pero tampoco queremos con esto omitir la parte de nuestra intervención que de derecho nos corresponde. Todos los que se han

ocupado de la historia de Santaella han hablado de su Santuario, han recordado su aparición al pie de una higuera, como otras muchas imágenes encontradas en España, a las cuales se vinculó la devoción de los pueblos.

Pero Santaella, a más de unir el nombre de la Virgen al nombre del Valle en que se encuentran nuestras tierras, lo une también a la vida generosa y caritativa del fundador del Santuario, don Miguel de Fernández-Alcaide y Lorite, cuya caridad cristiana y su comportamiento generoso con los pobres quedó en la memoria, porque supo socorrer con largueza, y mitigar necesidades y carestías precisamente por devoción a la Virgen, a cuyos pies quiso enterrarse, dejándonos un ejemplo permanente de generosidad y de caridad cristianas.

Y, en realidad, la devoción a la Virgen debe traducirse en hechos, en obras, en amarnos más unos a otros, en ayudarnos más, en darnos la mano, en sentirnos más hermanos, porque somos hijos de una misma Madre. Y en constituir presentes y ausentes un solo pueblo con un mismo corazón, un mismo fervor y una misma caridad. Y la caridad es AMOR.

Y, al nombrar aquí la palabra caridad, viene forzosamente la evocación de nuestro Patrón San Francisco de Paula, cuyo lema era CHARITAS, y cuya devoción fue difundida en los siglos XVII-XVIII por sus frailes, los monjes «Mínimos». Su vida transcurrió en el siglo XV y, a partir de entonces, se fundaron muchos conventos de su Orden. Pero en el siglo XVII, por haberse invocado su protección contra las epidemias de peste, alcanzó su devoción una gran importancia.

Cosa curiosa es que El Gran Capitán que fue sorprendido por sus enemigos mientras dormía en Santaella, fue también sorprendido por San Francisco de Paula en su última enfermedad, para avisarle de la proximidad de su muerte, según lo tenía convenido con este Santo.

Y, como inciso, si queréis a título de información, os leo copia exacta del acta de su erección como Patrón de Santaella: "En esta villa de Santaella en primer día del mes de mayo de mil y seiscientos y cincuenta años. Este día se juntaron a Cabildo el Consejo, junta y (ilegible) ayuntamiento de esta villa conviene a saber: D. Pedro Ramírez de Viedma, teniendo de corregidor de esta villa José del Castillo, alférez mayor, Martín Ruiz Postigo, Miguel de Gálvez Postigo, Andrés de Baena Postigo y Fernando de Gálvez de Baena, regidores de Santaella. Por sí, y en representación de los demás que son y fueren, ahora y en adelante, dijeron por las noticias que han tenido de los milagros que el santísimo Patriarca San Francisco de Paula ha obrado en muchas ciudades y lugares adonde le han elegido por Patrono y

abogado de ellos, en particular para la defensa del ataque de peste y contagio de que de peste están infeccionados muchos lugares y este por la misericordia de Dios y los que por intersección de este gran santo están hoy muy buenos y sanos todos los vecinos del mismo y para conservar esta salud el cabildo de esta villa por sí y en nombre de todos los vecinos de ella que son y fueren adelante, Nombran, Juran y Votan por Patrono y abogado y defensor de esta villa al Santísimo Patriarca San Francisco de Paula al cual nombran de Patrono a ser este cabildo en la mejor vía y forma que hubiere lugar y tuviere aprobación de su ilustrísima el Señor Obispo de Córdoba y sin perjuicio de los numerosos Patronos que ya tienen adquiridos: el padre Santiago, por España, y los Sres. San Acisclo y Santa Victoria por este obispado, y reconocidos del favor y mercedes que Dios nuestro Señor hace a esta villa por ruegos e intersección de este santo.

El cabildo de ella desde ahora y en adelante, le dedica, jura y promete de hacerle una fiesta solemne con vísperas y misa y sermón y procesión general por las calles de la villa, a la cual fiesta se obliga este cabildo a asistir a ella por cabildo los oficiales de él, y así mismo a que de él y bienes propios de este concejo se saquen todos los gastos y costas que tuviere el hacer la dicha fiesta en cada uno año igual.

Y por ser el día del santo en cuaresma como de ordinario es y no poderse celebrar la dicha fiesta con el regocijo y solemnidad debida se transfiera la celebración de ella para después de la Pascua de Resurrección, el domingo y día de fiesta que señalare el vicario, que hoy o adelante fuere de la iglesia mayor de esta villa.

Y así mismo dijeron que «para que se conserve la dicha devoción y para adelante conviene que se haga cofradía y hermandad y que se traigan las reglas de donde hubiere fundada cofradía del Sto. Patriarca S. Francisco de Paula porque se observe y guarde lo convenido en ella y así lo acordaron y firmaron los que supieron. D. Pedro Ramírez y de Biedma, (ilegible), José del Castillo, Miguel de Gálvez y Postigo y Pedro Ruiz Tafurdino».

Desde el año 1967, en que por cierto la imagen de nuestro Patrón San Francisco no acompañó tampoco a la Virgen del Valle (y, según nuestros mayores, siempre lo hizo), la Virgen no ha venido de su santuario al pueblo.

Hace unas horas su imagen está entre nosotros y aspiramos a que cada 5 años (los terminados en 0 y en 5) se efectúe esta visita,

estableciendo con ello una práctica que esperamos que el tiempo convierta en tradición.

Pero esta visita debe hacerla la Virgen sobre dos tronos. Uno, el más importante, el constituido por nuestro propio corazón. Y otro, materializado en esa obra de arte conseguida con la aportación de presentes y ausentes, hijos de Santaella. Pues cuando un pueblo quiere materializar de alguna forma su amor y su veneración a la Virgen María, bajo la advocación que quiera que ese pueblo se le tribute culto, tiene que recurrir a una expresión material y concreta, cuyo valor siempre queda muy por bajo del merecimiento y del deseo. Por muy valioso que sea un trono procesional, siempre representará un valor muy pequeño, sobre todo distribuido este valor entre todos cuantos pudieran considerarse beneficiarios del mismo, si entre todos se distribuyera. Y, si lo miramos desde otro punto de vista, muchas familias, gracias al trabajo que les ha proporcionado, tal vez sus hijos no se acostaran sin comer...

Por tanto, no será injusto, ni fuera de lugar en estos tiempos, ofrecer a María un trono, sobre todo, teniendo en cuenta que no disponía de ninguno con el cual se trasladara su imagen desde el santuario al pueblo. También la casa de la Virgen que todos consideramos verdadera joya, digna herencia que nuestros antepasados nos legaron, se caía...Camarín, coro, pintura de la iglesia, todo ha sido restaurado. Y todo, gracias también al amor y aportación de los hijos de Santaella, entre los que hay que destacar, pues bien se lo merecen, el tesón de algún presente y la generosa esplendidez de otro ausente, cuyos nombres no creo necesario pronunciar porque todos de sobra lo sabéis.

Un doble aspecto tienen nuestras fiestas: la solemnidad religiosa, este año realizada aún más con la de nuestra querida imagen. Y las Fiestas locales, motivo siempre de regocijo, de alegría, de encuentro, de convivencia.

Vienen las fiestas en su momento preciso. Ni antes, ni después. Son acontecimientos inalterables, que no admiten ni adelanto, ni atraso. Por eso, a veces, se les ha criticado, estimando que no podía establecerse una fecha fija para demostrar alegría y jolgorio. Pero a esto podíamos objetar. Primero, que hay un motivo, y es precisamente el ya expuesto de la celebración de la festividad de nuestra Patrona. Y segundo, que, si bien para una persona determinada no puede señalarse un día destinado al regocijo, una colectividad, como conjunto

de muchas individualidades, sí que lo puede y lo debe tener. Demasiadas tristezas y problemas tiene la vida para no tener derecho a consagrar unos días concretos de forma institucionalizada a la sana expansión y a tirar una canita al aire.

Pero tampoco ha de reducirse nuestra alegría al límite concreto y exacto de 4 fechas en el almanaque. Nuestra alegría, nuestro optimismo debe durar siempre, y precisamente con él tenemos que encarar nuestro futuro.

Hablábamos al principio de este pregón de tres tiempos. Uno era el pasado. Hoy, por ese deseo un tanto demoledor de destruir todo, se quiere mirar el pasado como algo que no interesa, como si tuviéramos que soportar el castigo bíblico de convertirnos en estatuas si miramos hacia atrás. Sin embargo, somos lo que somos y seremos lo que hemos de ser, si aprendemos a sacar consecuencias de lo que hemos sido. No hemos de inmovilizarnos añorando tiempos pretéritos ante unas ruinas, pero tampoco hemos de desacreditarnos destruyéndolas y haciendo tabla rasa de lo que estas ruinas representan.

Hablar de historia de Santaella es hablar de un tema que a todos nos debe preocupar, a todos por igual. Los pueblos tienen una manera de manifestar su cultura y su delicadeza espiritual, y es conservando y cuidando lo que verdaderamente valioso y estimable nos hayan transmitido las generaciones pasadas. Pero esto es una labor de educación, que nos corresponde esencialmente a los educadores, abarcando este concepto, no sólo al Maestro en su escuela, sino a todo aquel que con su ejemplo pueda contribuir a mejorar el nivel intelectual y social de la población. Ya sé que esto se hace en Santaella, y por ello me siento alentada a pensar que se seguirá haciendo. Tenemos materia más que suficiente, porque, sin que esto sea amor exagerado de patria chica, Santaella es una de las ciudades más rica, más variada, más atractiva. Pero vivir sólo del recuerdo del pasado no es vivir, es convertirse en una especie de lápida conmemorativa...

El presente nos acucia y nos estimula y, como es el tiempo que directamente tocamos, nos interesa enormemente y sin comparación con los otros. Nosotros sentimos orgullo de nuestro pasado, pero dentro de 50, de 100 o de 200 años, ¿sentirán de nosotros orgullo los hijos de Santaella? Yo no voy a detenerme a pensar de una manera minuciosa sobre los problemas actuales de Santaella, pero sé que los tiene, ¡y debe tenerlos! Porque no habrá problema más grave para una colectividad humana que no tener ninguno. Una población sin

problemas es una población muerta, porque los problemas los crea el afán de cada día, el quehacer de cada momento. Lo que hace falta, a mi juicio, es encarar esos problemas, y buscar una solución entre todos, sintiéndonos todos responsables del porvenir de nuestra colectividad, y no cruzándonos de brazos, reservándonos el cómodo derecho a la crítica para censurar la labor de los que hacen algo.

El presente del pueblo es obra de todos sus hijos y, por lo tanto, de Santaella; es también obra colectiva de todos. Sobre este presente se ha de edificar nuestro futuro, que ha de ser tanto más positivo, cuanto más fe tengamos en la obra de nuestras propias manos. Sin esta fe en nuestra propia obra no podemos tener confianza ninguna en nuestro porvenir. Pero este porvenir ha de irse preparando ya en la educación y en la formación de aquellos que el día de mañana han de tener en sus manos la vida de nuestra Villa, el futuro de nuestro quehacer. Pero, vuelvo a repetir, que el recuerdo de nuestro pasado nos es necesario como punto de partida. Ya dijo un gran sabio, Menéndez y Pelayo, que «donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, rica o pobre, grande o pequeña, no esperamos que brote nunca ni un pensamiento original, ni una idea dominadora». Entre estas herencias, por cierto muy ricas y muy inmediatas, quiero citar a esas dos educadoras que antes he mencionado, Maestras que formaron en cristiano a muchas mujeres de esta Villa, y cuyos nombres innegables quedaron vivos en el recuerdo perenne de las que fuimos sus discípulas. No os extrañe que en un pregón evoque sus nombres. Creo que se hace bien en recordarlos. Ya en el pregón del año anterior, un discípulo evocó, y muy acertadamente, el nombre de su Maestro. Yo quiero evocar aquí, por razones de gratitud, de afecto y hasta de entusiasmo, a doña Valle y a doña Dolores, de memoria agradable a las que fuimos sus discípulas, no sólo en la enseñanza de la escuela, sino que reconocemos en ellas el magisterio en muchas virtudes humanas y cristianas, que hicieron a estas dos mujeres realizadoras de muchas obras de misericordia, no reducidas solo a la suya profesional de enseñar al que no sabe, que tan magistralmente realizaron. Con sus virtudes y sus defectos. Pedro no podemos negar que nos dejaron muy buen ejemplo. Y también quiero evocar el nombre de Victoria Fernández, la camarera mejor que ha tenido la Virgen del Valle. Y a sus Hermanos Mayores don Antonio Palma, don Manuel López Ruiz, don Juan Palma...que supieron transmitirnos la fe y la devoción que ellos habían recibido anteriormente, y el cuidado y el mimo para la conservación de las cosas de la Virgen.

Y quiero mencionar el ejemplo vivo y el milagro del nacer y resurgir de nuestras aldeas -las Huertas, La Montiel, El Fontanar, La Guijarrosa -, la red de carreteras, el embellecimiento de nuestra Villa, paraíso de Dios, Instituto, mejoras a todos los niveles, gracias a la labor callada de los hijos que tienen la suerte de poder entregarse en silencio día a día...

Yo quisiera, a la vista de todas estas cosas tan nuestras y tan entrañables, llevar al ánimo de todos el convencimiento de que hemos de amar más profundamente lo nuestro, tanto más cuanto que la herencia que hemos recibido del pasado tenemos que transmitirla al futuro. Tenemos que transmitir el espíritu cristiano traído a esta villa por su conquistador San Fernando en 1240, el espíritu de San Juan de Ávila, cuya voz aún vibrará por los aires en nuestra bóveda y «Capilla» de la Iglesia Parroquial, donde tantas veces predicaría la palabra de Dios... Espíritu cristiano que siempre que ha permanecido siempre conformando nuestra manera de ser y de pensar. Pero también espíritu de generosidad, vinculado a los nombres de don Alonso de Aguilar, del Gran Capitán, de don Diego de Aguayo y Godoy y del Marqués de Santaella, don Juan de Dios de Aguayo y Manrique que, aunque no nacido aquí, ostentó el marquesado de nuestra Villa, y por su santidad y virtudes llegó a ser una de las figuras más importantes en la vida espiritual de Córdoba en su tiempo. Hombre de familia nobilísima, de grandes riquezas y de una situación social envidiable, abandonó todo para retirarse a las ermitas de Córdoba, en las que fue Hermano Mayor, para hacer una vida de austerísima penitencia. No cabe duda de que en su gesto fue tan valiente como nuestro paisano Alonso Colorado, «El Guapo», porque la valentía de los hombres tiene muy diversos campos en que manifestarse.

Pues bien, estas figuras y otras muchas que podemos evocar de nuestro pasado, nos deben alentar a que, si alguna vez nos sentimos tentados a remar en las galeras del decaimiento y del desánimo, nos pasemos por Santaella, para que, como en la célebre copla, nos sintamos libres y dispuestos a remar como galeotes, a trabajar todos juntos codo con codo, sintiéndonos respaldados por la protección de la Virgen del Valle a conseguir para Santaella todo el bien y toda la prosperidad de que seamos capaces, que será tanto mayor cuanto aliento y esfuerzo pongamos en este empeño.

Y para terminar, quiero decirles que, aunque esté lejos, no estoy ausente. Y por mí, saco a los demás. ¡Por favor, no penséis nunca que, porque nos fuimos, no nos interesan vuestras cosas, no sentimos vuestros problemas! Todo lo de Santaella nos interesa, hasta sus más

pequeñas cosas. Sin ir más lejos, anteayer, cuando venía de la radio, al llegar a ese cambio de rasante que nos muestra Santaella, me paré; había como niebla... el perfil de Santaella, borroso, se dibujaba en el horizonte, y le dije: «Santaella, ¿eres tú? Y lloré. ¿Es que soy sentimental? Puede. Pero ¡era Santaella! Y en seguida, a la memoria "A campiña, capilla y campana ¡nadie te gana!"».

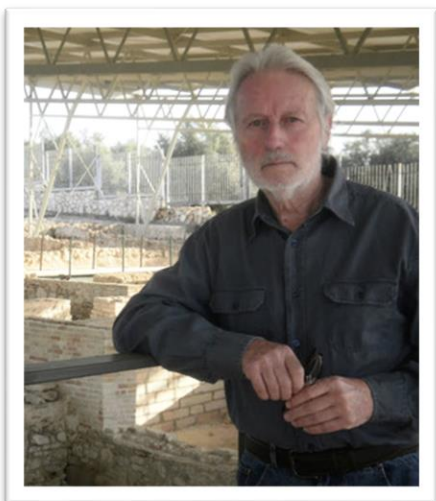
La Capilla me la salto, porque otros ya os han hablado y escrito sobre ella. La Campiña está a la vista y, para valorarla, manos extrañas la poseen. Voy a detenerme unos minutos en la Campana.

Tú y yo, santaellano que me escuchas, hemos conocido tres. Dicen que sacadas de la famosa que todos hemos oído contar. Asunción, Concepción y María del Valle Mi pandilla, de niñas, las mediamos cogidas de la mano a su alrededor. ¡Cómo tocaban la Salve en las tardes de Cuaresma! La oración, ánimas... Al amanecer, las avemarías, vísperas de mediodía en cuaresma, las doce o Ángelus, Vísperas a las cuatro de la tarde... ¿y sus repiques a Gloria? ¿Y su doblar por los muertos?... ¡No, y mil veces no! La Campana de Santaella vive. La Campana de Santaella somos tú y yo. Es la que cada santaellano ha de repicar, y no doblar. No va con segundas, va con buena voluntad. Y óyelo bien, santaellano: si tú y yo no somos capaces de lanzar un eco bien timbrado, debemos enmudecer. Con nuestro ejemplo de vida. En el campo, o en la villa, con el tractor o en el bar, escribiendo o aventando, dirigiendo, mandando u obedeciendo, ayudando a los demás, colaborando con otros cuando hay necesidad, hablando, gritando o callando como esté mandado hacer, y bailando, si es preciso, y cantando y alegrando a los demás... Así habrá repique de fiesta, y así Santaella en pie hará sonar su Campana como es y debe ser. ¡Madre del Valle, danos tu mano, y que no nos falte tu fe...!



## 1978 - D. LUIS ALBERTO LÓPEZ PALOMO

Amigo: Estoy aquí para hablarte, desnudando un poco mi espíritu ante ti, aleccionado por la remota experiencia de otras noches como ésta, sintiendo la vibrante sensación de tus comentarios a media voz sobre lo que el pregonero diga, evocando la caliente vivencia de otros años en que he estado ahí, fundido contigo, participando en el colectivo murmullo que por todos los rincones se levanta. Murmullo de la gente que escucha y contesta al unísono, que quiere transmitir sus sensaciones y opiniones, que quiere, en definitiva, participar de algo que es suyo.



He recogido el reto de hablar en la noche víspera de tus fiestas para pregonar a los vientos esferales de esta tierra el sentimiento y la emoción que me embarga hacia ella y hacia sus gentes. Para pregonar a medias, porque nadie puede entender por introspección las esencias vitales del alma ajena. Porque el sentimiento, aunque intente una proyección inmediata, empieza y se consume en sí mismo, porque, por mucho impudor emocional que se tenga, nunca se deja traslucir más allá de lo que permite la humana conveniencia.

Y he recogido este reto consciente de la dificultad que supone para un hombre, acostumbrado al estudio de lo tangible y palpable, revestirse de atributos de lo etéreo y manar sensaciones líricas. Pero, si la lírica es expresión de lo íntimo, si la lírica es manifestación de lo sentido en lo más profundo del ser, bastará la simple evocación del nombre de SANTAELLA, y de lo que esta palabra sugiere dentro de mí, para que aflore de inmediato ese rastro de poeta que todos llevamos dentro y se encadenen mis palabras en un fluir precipitado; y de esta forma no habrá nada más lírico que lo que mi pobre verbo pueda expresar ante ti.

Amigo: Si alguna vez has sentido en tus sienes el martilleo telúrico de la luna rebotando en el paisaje. Si en la noche caliente de nuestra tierra has hecho un alto en tu camino y has respirado el aire de la campiña, aromatizado por el rastrojo que blanquea con el brillo sideral. Si la naturaleza se te ofrece como hembra hermosa y eres capaz de

sentir el afán de una posesión cósmica hasta identificarte con el cielo y con el suelo, con el cosmos en todas sus dimensiones. Si has sentido agrandarse tu pequeñez ante la infinitud que te rodea, al tiempo que te agigantas emocionalmente por tu capacidad de amar. Si, en definitiva, sientes entrar por tus sentidos, rasgándote el alma la grandeza de lo auténtico, entonces, amigo, amiga, estaremos en trance de entendimiento.

Y con esa visión optimista de que nos entenderemos quiero hablarte esta noche. Quiero que permanezcas aquí a mi vera, ahora que el verano termina después de habernos zarandeado con su calor externo nuestro fuego interior. Quiero que estés aquí, amiga, amigo, para establecer contigo un coloquio sentido y sincero, para buscar una simbiosis mental en que te transmita tenuemente mi visión del mundo y de la vida. Quiero compartir contigo, si es que la tienes, esa característica indeleble del alma española de "vivir desviviéndose", que dijera Américo Castro.

Así, con estos supuestos de entendimiento, me muestro ante ti, hembra y hombre de Santaella. Y prefiero hablarte individualizando hacia cada uno mis palabras, a la vez que renuncio a la concesión fácil de dirigirme indiscriminadamente a una muchedumbre anónima, amorfa y elemental.

He aceptado gustoso la responsabilidad de reflexionar aquí y ahora, junto a ti, teniendo presente la entidad de los que en esto me han precedido, consciente de la dificultad de resistir una comparación con los pregoneros de antaño.

Pregoneros presentes o ausentes a quienes dirijo mi cariñoso recuerdo y a quienes ofrezco mi aplauso, porque en su actuación pretérita han ido configurando una costumbre digna de conservarse y perfeccionarse y que ya tiene caracteres de solera. Por eso me siento feliz de poder contarme entre la lista de ellos, aun a riesgo de comparaciones, que en nada me preocupan.

Hace unos años se sentaron con más o menos firmeza las bases de las subsiguientes actuaciones en orden a restringir el honor de pregonero de Santaella a los hijos nacidos en esta tierra. Prevención justificada y justificable, habida cuenta del peso específico cultural que buena parte de la población de aquí posee.

Pero he de replicar con energía ante cualquier expresión de chauvinismo, que las simples circunstancias de nacimiento no justifican nada, que los derechos y deberes en cuestiones que impliquen

sentimientos no son sino inútiles pretensiones de quienes necesiten una apoyatura legal en que basar estériles reivindicaciones.

El sentimiento es anárquico de por sí. El amor y el odio son, como lo entendieron los románticos el siglo pasado, expresión de un individualismo a ultranza, afirmación de la propia personalidad, aun a pesar de quien los siente. Intentar reducir el amor a moldes de sensatez y conveniencia es siempre vano propósito, es querer detener el curso de un río con la palma de la mano, o tapar la erupción de un volcán con una hoja de papel. Es pretensión inútil que debe servir de lección consuetudinaria a quienes intenten reducir sentimientos tan fuertes a los fríos archivos de un registro civil.

Por eso me siento vinculado a esta tierra y a su gente con las mismas prerrogativas que si aquí hubiera nacido. Por eso no acepto que en Santaella se me designe con el antipático apelativo de forastero. Por eso, cuando estoy aquí, me siento uno más con la gente y me otorgo el derecho de alabar y de criticar.

Pero es cierto que he llegado tarde, que soy como un hijo parido adulto por esta tierra. Por eso no puedo recordar ante ti juegos infantiles por las calles del pueblo, ni recordar románticos paseos por los alrededores con las mocitas de Santaella, ni deshacerme en elogios hacia la Virgen del Valle, a fuerza de ser sincero y respetuoso con quienes poseen devociones que yo no tengo.

Cuando he llegado me he encontrado a la gente hecha, a cada cual en su sitio. Pero he tenido tiempo de convivir, y en ese convivir he tenido tiempo de gozar y llorar con la gente de esta tierra. He tenido, en definitiva, tiempo de dejarme girones de mí mismo por las esquinas, por las calles, por las plazas y por los campos de Santaella.

Y aquí he conocido gente que ha hecho impacto definitivo, gente sencilla y gente compleja, gente por la que vale la pena vivir. Gente que estará irrenunciablemente presente. Personas que son o que han sido. Gente que está o que afirma, con mi perpetua evocación, la singular presencia de su ausencia.

Aquí he tenido la discutible fortuna de conocer personas -alguna de las cuales se individualiza obsesivamente ahora- que han evidenciado la posibilidad de existencia de ese complejo sentimiento que llamamos amistad. Gente íntegra y auténtica de pies a cabeza, que están, hasta cierto punto, ausentes en lo físico. Y digo hasta cierto punto, porque no veo absolutamente clara la separación entre lo tangible y lo emocional. Gente a quien no es posible recordar porque es imposible

el recuerdo de lo que se tiene continuamente presente. Gente para quien pido, ya que no un recuerdo, sí un pensamiento de amor a todo aquel que, de una forma o de otra, se identifique con la emoción de este pregonero, que no puede ni quiere ser más explícito en su evocación.

Aquí he conocido el encanto de esta tierra llana, extendida como una mano abierta, como dijera Cernuda. De una tierra que se dilata en sí misma, de una tierra sin límites en el espacio, que abre generosa su corazón hacia Andalucía, porque esta tierra es el corazón de Andalucía. Pero que tiene que mandar a sus hijos más allá de donde Andalucía termina en los pardos jarales de la Sierra Morena. Que envía continuos embajadores de la añoranza y del forzado consuelo a tierras en las que nada se les ha perdido. Que dispersa de continuo

*«andaluces de relámpago,  
Nacidos entre guitarras  
Y forjados en los yunques  
Torrenciales de las lágrimas»,*

como definiera Miguel Hernández los rasgos vitales de la gente de nuestra tierra.

De esos andaluces de aquí y de allá que, en su embajada de sudor y recuerdo, rompen los tópicos de una Andalucía de charanga y pandereta, de una Andalucía que no existe sino en un folclore colorista, manoseado y estúpido. De esos andaluces que muchas veces, a golpe de nostalgia, acaban por convertirse en poetas, en poetas del recuerdo, como le ocurrió a otro andaluz nacido aquí al lado, en ese posible enclave dialectal de la Andalucía mediterránea trasplantada a la campiña cordobesa, como le ocurrió al montalbeño Eloy Vaquero, que desde su forzada residencia en Méjico suspiraba:

*«ni campo rojo de sangre,  
Ni campo de sangre y llamas,  
Ni campo negro de muerte,  
Quiero el campo de mi patria!».*

Aquí he conocido, rompiendo los terrones de ese campo y manoseando polvorientos papeles, pedazos de la historia chiquita y entrañable de tu pueblo, amigo, de nuestro pueblo.

De una historia que tú también conoces, de una historia de la que te hablan casi irremediabilmente en cada pregón, de una historia sobre

la que quiero comentar un poco contigo en «román paladino», en un lenguaje exento de erudición.

Vamos a glosar un momento la historia del pueblo, la que ha forjado el pueblo, que es el auténtico protagonista del hecho histórico.

A la historia que a mí me gusta le importa muy poco que aquí hubiera un individuo a quien llamaban «el guapo de Santaella». Es más interesante saber cómo vivía la gente que tenía que aguantarlo. Más importante que saber que Cervantes venía por aquí a comprar garbanzos, o si lo trajeron encadenado y sediento, y una mujer de Santaella calmó su sed, es saber la vida, los problemas y los gozos de aquellos santaellanos de entonces que cuidaban sus campos y de aquellas santaellanas generosas, y seguro que hermosas, que no tenían reparos en aliviar la sed de un preso. Afortunadamente para Cervantes, sólo estaba atado con cadenas de hierro, sólo estaba necesitado de calmar su sed física, porque la hembra de esta tierra es capaz de atar con cadenas más fuertes que el hierro, es capaz de provocar sed más vehemente que la que notas en los labios y en la garganta, sed que traspasa los entresijos del alma.

A la historia que a mí me interesa le preocupa saber cómo vivían las comunidades humanas de los pueblos, la gente que pisa el surco, la que cuida el ganado, la que, en definitiva, ha hecho nuestra Andalucía, nuestra Andalucía invertebrada, nuestra "eterna Andalucía", como la llamó el maestro Pidal.

Y aquí en esta campaña vemos, aun a pesar de la opinión de prestigiosos profesores, asomar los indicios de colectividades humanas muy viejas, de núcleos poblacionales que se remontan a una época que los arqueólogos llamamos Eneolítico. Comunidades que se han insinuado con cerámicas de tipología prácticamente desconocida en Europa, dentro de la cultura del vaso campaniforme a que pertenecen. Cacharros que un día levantó y dispersó la pala excavadora aquí al lado, en el Olivar del Pósito, que fueron advertidos en su presencia y recogidos. Piezas interesantísimas que he podido presentar en Congresos y conferencias gracias a la amabilidad de mis amigos de Santaella, que nunca han ocultado a mis ojos los objetos que continuamente exhuma la pala o el arado en esta tierra privilegiada. Objetos que algún día veremos expuestos en ese Museo local, que ojalá pronto sea una realidad.

Ahí en esas cerámicas del Olivar del Pósito tenemos de manera tangible e incuestionable documentada la presencia de grupos humanos fechables, sin demasiado optimismo, en un horizonte que dista de nosotros unos cuatro mil años.

Pero lo interesante y sorprendente en este caso es que salieron aisladas de cualquier otro contexto arqueológico. Por lo general, este tipo de objetos aparecen asociados a las grandes construcciones megalíticas que se dispersan por las comarcas serranas de Huelva, Sevilla o Córdoba, o por la vega antequerana. Aparecen integrados en los grandes conjuntos sepulcrales que constituyen dólmenes andaluces, cuyo levantamiento exigió la existencia de una sociedad fuertemente jerarquizada, de base minera en los más frecuentes, estructurada en orden a la presencia de grandes contingentes humanos esclavizados, al servicio de grupos minoritarios principescos, que se perpetuaron levantando sus aparatosas mansiones para la eternidad.

Pero aquí en Santaella no vemos estos caracteres. Aquí las cerámicas eneolíticas del Olivar del Pósito han aparecido sola, así por las buenas. Y a mí se me ocurre pensar –y lo he defendido ante arqueólogos españoles y extranjeros– que su presencia en esta campiña ha sido motivada por la existencia de comunidades pastoriles, que practicarían una trashumancia muy temprana entre las sierras y los llanos cordobeses y que, al no vincular fuertemente la gente al terruño, no favorecieron esos espectaculares levantamientos megalíticos, y se desarrollaron en una forma de vida comunitaria, sobre unas bases sociales de mayor igualdad.

Y con este supuesto nos metemos, compañero, en el escabroso problema de buscarle un sentido social a la historia, de rastrear a lo largo de los tiempos, la presencia de caracteres humanos, que se resisten a periclitar y que, ojalá, en Santaella se perpetúen hendidos en el espíritu de tu gente.

Aquí he palpado siempre una idiosincrasia colectiva de una llaneza singular y de un fuerte sentido comunitario. Aquí están muy enrarecidos o ausentes esos cortes verticales que son las clases sociales. Aquí se respira una fuerte participación en la vida de los demás. Aquí sabemos, por ejemplo, acompañar a la novia en su día de bodas en un jubiloso regocijo callejero. Aquí todavía sabemos llevar a los muertos en un supremo y desgarrado abrazo del que se resiste a dejar que nuestra gente vaya a identificarse con su tierra. Aquí, en definitiva, todavía se siente uno satisfecho de pertenecer a la especie humana.

Y ¿por qué, amigo, la presencia de ese perfil humano, que indudablemente existe, que a ti tal vez te ha pasado desapercibido, pero que deja una fuerte impronta en quien se ha incorporado a tu ambiente ya adulto y con perspectiva de comparación?

¿Son, acaso, los cromosomas de aquellos remotos antepasados campiñeses que se perpetúan en ti, quizá como única prueba de eternidad?

¿O es por ventura el paisaje de tu campiña, abierto como la risa de un niño, el que uniformiza a tu gente?

Algo será, compañero, lo que da a este ambiente popular de Santaella ese aspecto de apertura que agarra definitivamente en quien por aquí viene.

Pero sigamos hurgando en nuestra Prehistoria, aunque sea a saltos, a pequeños golpes de inspiración que la tierra nos va provocando cuando, como una hembra veleidosa y coqueta, nos deja ver parte de sus encantos, pero nunca gozar de la contemplación y la posesión total. La historia de Porque así, a pequeños retazos, como las grandes cosas infinitas que nos dejan el regusto de lo infrecuente, de lo que se presenta con ritmo espasmódico, y nos provoca de continuo en anhelo de repetición, así es como se nos han ido presentando los principales hitos de la Prehistoria de esta campiña, donde la investigación de campo ha brillado por su ausencia.

A partir de los horizontes marcados por las cerámicas eneolíticas del Olivar del Pósito, el poblamiento parece desvanecerse, se establece una fuerte solución de continuidad. Después de haber visto a Santaella entrar por la puerta grande en la historia de Andalucía, desaparecen ante nosotros los puntos de contacto que nos permiten reconstruir la secuencia completa hasta las fases propiamente históricas de la Primera Edad del Hierro, que tan bien documentadas están aquí. Tenemos una laguna en el conocimiento que dura más de un milenio, y que a mí se me antoja motivada por la ausencia total de excavaciones.

Después de ese extenso lapsus, la extraordinaria entidad arqueológica de Santaella se vivifica y el resultado es la aparición de las pacíficas comunidades que se asientan en cerros tan santaellanos como La Muela y La Mitra, en una fecha próxima a la raya del primer milenio antes de Cristo. Estos campiñeses desarrollan una cultura humana de base agropecuaria, cuyo desarrollo fue suficiente acicate como para atraer la atención de los grandes emporios comerciales del Mediterráneo, fundamentalmente el mundo grecofenicio, que ha dejado su huella bien visible en los tiestos que en superficie remueven, una y mil veces, los arados.

También se abre por momentos la visión clara de penetraciones en estas campiñas de gentes venidas de la Meseta por estas mismas

fechas. La atracción que esta tierra caliente y fértil ha ejercido sobre las gentes del norte se remonta así a la Prehistoria.

Así se configura esta Santaella remota como lo que será su constante histórica de auténtico cruce de caminos, abierta a mil influencias, siempre acogedora con quien viene de fuera, y como una fenomenal base de aprovisionamiento. En este caso, como despensa del hinterland tartésico.

Esta riqueza material y los innumerables estímulos orientalizantes que provoca, cristalizan en la apasionante eclosión de la Cultura Ibérica, que tan dignamente representada está aquí con la impresionante acrópolis de la Camorra de la Cabezuelas, y con esa incuestionable joya de la plástica ibérica que un día quiso mostrarnos el Cerro de la Mitra, que aquí, dejando aparte precisiones sexuales zoológicas, conocemos con el nombre de LA LEONA DE SANTAELLA.

Y esas dos colinas, que apenas rompen la uniformidad de la planicie, son para este pregonero particularmente evocadoras, porque constituyen objeto continuo de observación desde mi lugar habitual de trabajo arqueológico, en la otra orilla del río Genil. Desde otra acrópolis como éstas contemplo cada día el horizonte entrañable de la campiña de Santaella, que es inagotable de vívida evocación.

Desde mi dura perspectiva de polvo y sudor diario contemplo el «Síngilis» romano serpenteando entre los bujeos, fértiles como hembra fecunda, e imponiendo entre los pueblos divisiones administrativas, que en nada responden a la realidad geográfica, monótona y uniforme, como un trozo de cielo caído sobre la tierra.

Pero esas divisiones territoriales no son nuevas en verdad. Es más, fueron mucho más tajantes en la época en que La Camorra y La Mitra estuvieron habitadas por aquellos remotos antepasados ibéricos, que organizaron su vida en ciudades autónomas, sin apenas conexión entre sí, hasta que hizo su aparición el romano, obseso dictador de la uniformidad, que impuso su ley a las pequeñas comunidades humanas independientes y las obligó a bajar de sus primitivas urbes fortificadas, desde donde, con su indomable afán por la independencia, ponían en peligro la ley romana.

Pero la raza ibérica se resiste al allanamiento étnico con una rebelión ancestral, y así es frecuente en plena Romanización encontrar vestigios de la onomástica indígena en las inscripciones iberorromanas.

La presencia romana está documentada en la tierra de Santaella por cualquier rincón que toquemos, y en ella existen multitud de ejemplos de los que se me antoja recordar precisamente la gran



cantidad de objetos de estatuaria que se han exhumado en esa fenomenal cantera que es la Camorra de las Cabezuelas.

Esculturas bellísimas que probablemente fueron labradas muy cerca de aquí porque todas las que he podido ver tienen caracteres comunes entre sí, y rasgos bastante diferenciales del resto de estatuaria iberorromana del «Conventus Jurídico Astigitano». Además, aun a riesgo de lo resbaladiza que es la toponimia, para la identificación de horizontes tan remotos, no puedo por menos que recordar los nombres de Canteruelas, Fuente de los Santos, Cabeza del Obispo, y el propio de Cabezuelas, que son de por sí todo un complejo sugeridor de hallazgos frecuentes que motivaron, ya de antiguo, el bautismo popular que hoy los designan.

En plena Romanización, Santaella y su tierra siguió cumpliendo con su misión de alimentar a la gente. Formando parte estos lugares del, fueron generosa despensa de trigo y de carne, que sirvieron para que los espectaculares movimientos de las legiones de Roma fueran posibles por las calzadas trazadas en la Bética por la ingeniería romana, y que hoy se han convertido en la mayoría de los caminos vecinales y realengos, que siguen uniendo los mismos lugares que antaño.

Pero no fue Santaella, a pesar de las legiones de Roma, solamente escenario de contiendas. Aunque esta tierra y sus habitantes fueron partícipes en las grandes conflagraciones bélicas de la antigüedad, y por aquí se desarrollaron las correrías de la Segunda Guerra Púnica, de las guerras sertorianas, y después del conflicto civil entre César y Pompeyo. A pesar de que los ejércitos cesarianos y pompeyanos se aprovisionaron aquí antes del enfrentamiento en la nunca bien identificada Munda. A pesar de que gentes de estas tierra sirvieron en las guerras exteriores de Roma, siempre, antes como ahora, arranca desde su terruño mercenarios de intereses ajenos. A pesar de esto, lo que más hay que destacar en la historia de la Romanización de esta campiña es su cristalización en la paz y la prosperidad.

Los campos de la Bética, y muy particularmente las campiñas del Singilis, nuestro Genil de ahora, se pueblan de gente laboriosa, y ven, incluso, comercializarse sus productos por la arteria del río que, desde la vecina Écija, pone en comunicación la campiña con el mar en una navegación fluvial que nunca se ha repetido.

El resultado fue la floración de la riqueza que se prodigó por los campos, aunque nunca con buen reparto de la propiedad, triste y eterno perfil de nuestra Andalucía de antes, de nuestra Andalucía de ahora.

En el Bajo Imperio romano asistimos a un fuerte incremento poblacional en los campos. La sociedad se estructura sobre unas bases agrícolas y se establecen los principios de los que luego serán los grandes latifundios. Las tierras llanas de esta campiña incrementan extraordinariamente su población, y buena prueba de esa ruralización son la cantidad de vestigios tardorromanos que se dispersan por los campos de Santaella. Ahí está dando testimonio de esto el extraordinario yacimiento paleocristiano de los llanos del Porretal, con su profusión de estelas funerarias, los restos de una posible basílica.

Con estos antecedentes, se adentra Santaella en plena Edad Media, y se configura en plaza fortificada y mora. La nueva etnia, venida allende el mar, enseñoorea aquí sus modernos sistemas de cultivo, y estas tierras de excepción son repartidas a las minorías directivas del elemento invasor, árabes y sirios, que entrarán en pugna lógica con los propietarios de entonces, beréberes y magrebíes, que reciben en premio a sus correrías los ásperos y estériles riscos de más al norte.

La muestra evocadora de esas inmigraciones en nuestra tierra la podemos rastrear en nuestra propia fisonomía humana, que deja traslucir constantemente reflejos, cada vez más deslucidos, del temperamento febril de aquellos semitas antepasados, que han perpetuado genéticamente en nosotros unos rasgos caracterológicos que difícilmente podemos dejar colgados en el sendero del último modismo occidental. Caracteres que, mal que nos pesen, se imbrican en la pura esencia espiritual de ti y de mí. Forma de entender la vida o, quizás, de dejarse complicar por ella que, aunque empleados tópicamente, e incluso como atadura y secuestro moral a nuestra conducta, afloran en nosotros mismos cada vez que las circunstancias nos ponen a prueba lo que verdaderamente somos y sentimos.

Y ahí están las mil evocaciones líricas que la poesía andaluza ha evidenciado sobre el embrujo de nuestras hembras, sobre la vehemencia de nuestros hombres. Pero la hembra andaluza no es sólo el escaparate donde se exhibe el lujurante embrujo de los ojos negros y labios sensuales reventados en sangre, cantados por el poeta de turno con una versificación más o menos cursi, y provocadores de anhelos nerviosos y concretos del macho ibérico que le sale al paso. La hembra andaluza y, sobre todo, la hembra andaluza de hoy, es el resultado de un caos de influjos confusos, provocados por corrientes actuales de liberalización femenina – de las que no tengo pudor de declararme unilateralmente defensor–, que se contraponen al instinto atávico de sumisión al varón, quizá como paradigma de lo más estabilizador socialmente. La hembra andaluza es un mundo ardiente

y reprimido capaz de unir lo bello a lo conveniente, y debatirse de manera indefinida entre su ser y su querer. La hembra andaluza es, a veces, un ténpano capaz de fundirse en su propio fuego y provocar al punto incendios vitales. La hembra andaluza es, en definitiva, algo muy serio que aún no hemos sido capaces de comprender y calibrar los hombres andaluces, eternamente seguros de nuestro ascendiente y posesión.

Y el hombre andaluz sigue siendo el heredero directo de aquel semita medieval que en su herencia consiguió dejar atado y bien atado un rasgo indeleble y fatalista de absorción femenina, que únicamente se justifica para nosotros, los hombres andaluces, en razón del tremendo estímulo que a través de todas las dimensiones etéreas, golpeando espiritual y somáticamente los sentidos, nos envía arrítmicamente la hembra andaluza. Esa hembra conflictiva y difícil, sensual y frígida, que siempre resulta dislocada, endiabladamente más atractiva que esas estructuras corpóreas, menos sorprendentes y en primer plano de las féminas viriloides de otras latitudes.

Pero la hembra andaluza es mucho más. Es también un mundo de belleza pagana, que provoca oníricas sensaciones aun despierto. Es ese cosmos de encantos indescifrables e ininteligibles para quien los siente. Es, como dijera nuestro Aleixandre:

*Ese «Cuerpo feliz que fluye entre mis manos»  
Ese «rostro amado donde contemplo el mundo,  
Donde graciosos pájaros se copian fugitivos  
Volando a la región donde nada se olvida».  
Es «tu forma externa, diamante o rubí duro,  
Brillo de un sol que entre mis manos deslumbra»  
Es «cráter que me convoca con su música íntima,  
Con esa indescifrable llamada de tus dientes».*

La hembra andaluza es esa belleza activa que actividad pide. Es ese encanto viviente que no está hecho para contemplarlo, que no está hecho para describirlo. Es ese pedazo divino, caído al suelo, que está aquí para sentirlo y gozarlo, para dejarse en ella gozar y sentir, para dejarse rodar por la calle debajo de tu emoción, sin detenerse en platonismos estériles y forzados.

La hembra andaluza es ese mundo de misterio proletario que ha enfriado sus manos bajo el olivo y ha calentado su corazón en el anhelo de mil vivencias. Es esa aceitunera de antaño, cubierta su cuerpo con

veladuras harapientas de arraigo moruno. Esa labriega, fecunda y tapada, que mi paisano Juan Rejano conoció y cantó:

*«Aceitunera,  
Tu mano en el aire frío  
desde la rama a la tierra.  
Tu mano  
Aceitunera, en el aire,  
Como un corazón temblando.  
Como una amapola rota, aceitunera,  
Por el trabajo».*

La hembra andaluza se perfila ante tus ojos y los míos, compañero, como un paisaje de belleza sin límites que enlaza el ayer con el mañana. Que hace recordar a nuestros viejos los encantos casi siempre estúpidamente prohibidos de la mujer de antes, que hace soñar a nuestros adolescentes en las gracias, casi todas presumiblemente permitidas de la mujer de después. Que nos obliga a aceptar a los hombres de ahora, a los que ya no somos jóvenes y aun viejos, los cánones represivos de una sociedad incomprensiva y aséptica que se ha inventado duras palabras y más duras leyes con que mantenerte dentro de un orden que raramente compagina con tus más nobles y fuertes inclinaciones.

La hembra andaluza es ese algo que a cualquiera, viejo, adolescente y maduro hace estremecerse en un estímulo viril inevitable.

Contesta por ti mismo, amigo, ante la contemplación de lo que ahora te rodea, de quien tienes junto a ti. Ante la contemplación de estas hermosuras que aquí nos presiden, que hoy se visten de blanco y que, mañana, con iguales atractivos, llevarán pantalones en una feminización rabiosa de la prenda más decadentemente machista. Ante la contemplación de esta reina de las fiestas santaellanas, juvenil y vibrante promesa, en gran parte ya cumplida de belleza en ilación continuada de la mujer de este pueblo. De esta reina que es capaz de hacer debilitarse los más puros principios republicanos. De estas lindas caras y apretados cuerpos que serían capaces, si se lo propusieran, de hacer temblar de raíz hasta los cimientos de las ya quebrantadas murallas de Santaella.

De esas murallas que se construyeron en tiempo de moros, en la época en que el pregonero, con su irremediable divagar, ha interrumpido el relato histórico. De esas murallas que, cuando Al-

Andalus era el centro de gravedad de la cultura de Oriente y Occidente, ciñeron a la Santaella de entonces en los límites urbanos de lo que ahora es la parte alta del pueblo. De esas murallas a cuyos restos hoy se agarran, en místico desposorio del pasado y el presente las tapias de algunas casitas santaellanas. De esas murallas que han dejado el mudo testigo torreón, que tímidamente preside la hermosa Plaza de Santaella, y que ha resistido pacientemente que su noble tapial musulmán se vea atacado por horrorosos remiendos que cubren su fachada como cara de vieja ridícula que se resiste a envejecer tapando sus venerables arrugas con polvos y cremas baratos.

De esa murallas que se levantaron sobre base ibérica amasando con poco de cal la propia tierra de labor de esta feraz campiña, cuando los califas de Córdoba marcaron el momento de máximo prestigio de España en el mundo. De esta campiña que ha justificado que alguien definiera a Santaella como «granero del Califato», en frase bastante elocuente, pero nada sorprendente, si reflexionamos que en esta época la campiña santaellana no hizo más que seguir cumpliendo con su sagrado destino histórico de dar el pan a las gentes de antes, de después, de siempre.

Así continúa Santaella en su devenir histórico participando en los avatares de los andaluces de entonces, en las correrías de Inb Hafsun en la vecina fortaleza de Poley, en la reorganización de Al Andalus por Abderramán III, en la desmembración de la estructura califal tras la desaparición de Almansur Bilaj, en la fijación del nuevo orden político de los taifas moros, en las nuevas oleadas de elementos norteafricanos, que inútilmente intentan de nuevo imponer uniformidad política definitiva a una tierra de por sí es un caleidoscopio de gente y de paisaje.

Así continúa eternamente la Santaella medieval, crenado riqueza en los campos y en la Humanidad, mientras que gentes de más al norte, castellanos y leoneses, gallegos y portugueses, veían en esta tierra bendita del Guadalquivir moro el campo de promisión de sus problemas, la estufa donde quitarse de los huesos el frío acumulado durante milenios en las comarcas del Bierzo, de la Maragatería, de la Lora y la Bureba, de la Tierra de Campos, de la tierra de Pinares, en los claustros románicos de la Meseta del Duero, en las estériles y frías la planicies de la Paramera de Ávila.

Así se ofrece nuestra campiña a los cristianísimos caballeros del Santo Rey don Fernando, y a los engendros mixtificados en monje y

soldado de los calatravos a su servicio, como rico botín y presa fácil a la ambición imperialista, entroncada en mentalidad y estructuras jurídicas germanas.

Y Santaella cae en 1240, junto con otras muchas plazas hermanas, en poder de nuevos señores, que cambian la fisonomía de la propiedad, al repartirse extensas posesiones entre obispados, maestrazgos de órdenes militares y mercenarios importantes extranjeros, que establecen adelantamientos fronterizos en la imprecisa línea de demarcación del reino de Granada. Y así tenemos durante dos siglos y medio a los moros de Rute, y de las comarcas serranas de las Subbéticas, fastidiando cada vez que se les antojaba a la escasa estabilidad territorial de las tierras próximas al Genil.

Pero en esta época bajomedieval aún no había llegado la intransigencia religiosa que vendrá la después, por obra y gracia de otros reyes, ahora de Castilla y Aragón.

En esta época siguen habitando Santaella tranquilamente gentes de tres religiones, y se construyen hermosos monumentos cristianos con inspiración moruna, como la bella y deteriorada capilla mudéjar, que apenas puede verse en la iglesia de traza posterior.

Y la vitalidad de Santaella y de sus hombres está bien de manifiesto en los documentos medievales cordobeses. En el Archivo de la Catedral de Córdoba y en famoso Libro de las Tablas Negras, el nombre de Santaella forma parte de la toponimia frecuente. Leemos en una carta de Alfonso X, fechada en Sevilla el 22 de febrero de 1263, cómo se ordena, entre otros, *al alcalde moro de Sancta Ella poner orden en los términos entre Aguilar, Estepa, Lucena y Benamejí con Castiel Anzur, sobre contienda que era entre el infante Don Alfonso... et don Ferrando obispo de Córdoba... et don Pelay Peres maestro de la Cavallería de Santiago... et don Gonçal Yañez señor de Aguilar...*, nombres que demuestran a las claras quiénes eran los poseedores de las tierras tras la conquista del valle del Guadalquivir, y suscitan la bella estampa medieval de un moro de Santaella poniendo orden entre los pleitos provocados por cristianos ambiciosos.

Asimismo, en una donación del mismo rey, en 1258, se lee: *que otorgamos e conoscemos que damos a la iglesia de Sancta María de Córdoba et a vos don Ferrando por la gracia de dios obispo desa misma Eglesia el castellar que dizen Rio anzur, así como parte con Aguilar que fue la dicha Poley et con Sancta Ella.*

Y vuelve a referirse continuamente a los santaellanos medievales, moros y cristianos, concedores de los términos, para que pongan

orden en las lindes de los enormes latifundios de curas y nobles, *para que actúen de notarios en las donaciones de gente principal, como don Gonzalo Iváñez, señor de Aguilar, que, al otorgar una serie de riquezas al Cabildo de la Catedral de Córdoba, lo hace ante Ordón Pérez alcayate de Sancta Ella. O se menciona de forma anónima a gente de aquí, cuando en 1307 vuelven a plantearse los problemas de territorialidad entre los grandes, que habían vuelto a incautarse mutuamente las tierras de los vecinos. Y así Juan Peres, alcalde mayor del rey en Córdoba fija los moiones entre Lucena y Castillo Anzur con Benamejé en presencia de omes bonos de Cordova et de Aguilar et de Sancta Ella.*

Sería prolijo enumerar las veces que el nombre de Santaella aparece citado en este Archivo en razón de donaciones, particiones y demás pleitos.

También en el Archivo Municipal de Córdoba está presente su nombre como prueba de solera histórica. En una carta de Enrique IV, de 6 de junio de 1468, se convoca a ciertos caballeros veinticuatro de Córdoba, para que se averiguase lo que se había gastado en las labores de las villas y fortalezas de Castro del Río, Castro Viejo, Santaella, Montoro, etc.

Podemos seguir rastreando la huella que Santaella y su gente ha ido dejando en campo y en el papel. Podemos ver cómo algo después, aproximadamente por los momentos en que el buen en hacer de la arquitectura de Hernán Ruiz II levanta el hermoso templo renacentista que desde el altozano domina la campiña, los albañiles que colocaban sus piedras verían una inmensidad de tierras baldías, convertidas en cazaderos de gente importante por obra y gracia de los cristianos advenedizos de otras geografías.

Se leen en los archivos nombres bien sonantes de estos contornos, nombres castizos de eco definitivo, muchos de los cuales podemos aún rebuscar en el diario pisar de nuestros campos.

Nombres de caminos, veredas y vaderas, como el «camino desde La Rambla por la Caleruela, pago de La Guijarrosa, al Camino Viejo de Córdoba»; la «vereda en el cortijo de Barrionuevo, término de Santaella», la «vereda realenga en el arroyo del Cañaverál, término de Santaella», las «tierras en dos pagos del Pozo Viejo, el Alberán y Valdelobos, el cortijo de La Membrilla, las tierras baldías cerca de la Mata de Gamazón, las tierras baldías, cerca del cortijo de María

Velasco, las tierras baldías en el pago de Siete Torres, confinantes con el cortijo del Garabato».

Estas tierras baldías, propiedad de grandes señores, o de clérigos engordados a la sombra de los retablos barrocos, en una España tridentina de misa y olla, en una España patética, reprimida y conventual, en una España poblada de eclesiásticos y viejos, tan improductivos los unos como los otros, donde la juventud había tenido que emigrar a las Indias, enrolarse en los Tercios de Flandes, o convertirse en pícaros y cómicos de la lengua. En esta España del siglo XVII, donde hasta se había tenido que recurrir y hacer acuñaciones fraudulentas de moneda de vellón, para poder sostener los gastos de las grandes empresas exteriores en que nos había embarcado el austracismo de ese andaluz obeso de poder, que fue el Conde-Duque de Olivares, para sostener el prestigio europeo de una casa reinante, o para defender vagos intereses religiosos en Alemania. En esa España esas tierras de excepción eran cada vez más baldías, y así se llegaría al extremo de que dos siglos después se pensara en remediar el déficit de la Hacienda expropiando extensos terrenos de nobles y Órdenes religiosas, que fueron subastados improvisadamente, y pasaron a poder de compradores ventajistas, que formarán una nueva burguesía que apoyará al poder establecido y que son el antecedente inmediato de la mayor parte de los señoritos latifundistas de nuestra tierra de ahora.

De esta forma se va a sentar las bases decimonónicas de nuestra Santaella actual. En el siglo XIX asistiremos a los grandes conflictos sociales, que en muchas ocasiones ensangrientan nuestros campos, tremendas agitaciones campesinas andaluzas que nos cuenta Díaz del Moral, protagonizados por jornaleros que en una noche pasan de prestar una servidumbre vejatoria al señor a cortarle el cuello.

En el siglo XIX toman cuerpo definitivo la mayor parte de los tópicos que han ahogado nuestra tierra, que han presentado la imagen ridícula de la Andalucía pintoresca, frecuentada por curiosos literatos extranjeros, como Dabord, Richard Ford, Washington Irving, el Barón de Davilier, Próspero Mérimé, etc..., o pregonada hasta la exhaustividad por los hermanos Álvarez Quintero, y desgracias por el estilo...



En esta época cristalizan para siempre rasgos esenciales de nuestra Andalucía. Se llega así al punto final de la evolución de aspectos tan arraigados en nuestro pueblo, como es su folklore. El eterno, el inimitable Cante andaluz, el Cante Jondo, imbricado en oscuros orígenes y enriquecido por mil estímulos exóticos, y siempre expresión del lamento metafísico de un pueblo, ausente por completo a cualquier elitismo. Ese folklore que hoy ha derivado por la gestión de intereses comerciales, y por la aportación demográfica de aficionados urgentes de última hora que enganchan al carro de lo que se lleva, en esa parodia de flamenco que son los festivales de verano, o que está siendo objeto de estudio, como algo raro y curioso, por las universidades extranjeras. Ese racial y casi racista cante andaluz se consume en su estructura a lo largo del siglo XIX y primeros del XX.

Ese cante temperamental y místico, agónico y festivo, contradictorio e individualista por encima de todo. Incapaz de interpretaciones corales, y sin otra reivindicación que el amor, los celos y, en definitiva, el sentimiento personal e intransferible venía latiendo en la vena lírica de la Andalucía popular milenaria. Pero es en esta época cuando cuaja en los moldes que ahora conocemos.

Pero ese parto de nuestro folklore tuvo lugar entre el pueblo anónimo. Se consume en las coplas de mal bajío de la «alboreá» gitana, que cantan la desfloración brutal de la recién casada, en el pregón callejero de la mariana, en el inevitable fandango de mil facetas, en la monótona seguiriya, lamento hondo y sublime de una raza, en el eterno cante de sudor y fragua moruna y cristiana del martinete, en el erotismo añorante y vengativo del desgraciado que desde su celda canta la debla o la carcelera, en el esforzado canto de esclavitud gitana de las mineras, sacadas de Andalucía en emigración de sangre y de voz, en el mítico disloque provocado en el macho de esta tierra por la belleza de misterio y sufrimiento de la Petenera, en la nostalgia de la Soleá, en los despreocupados cantes de trilla en labios de un gañán analfabeto y creador que en las eras de estas campiñas rompían el aire diáfano y con olor a trigo reciente de nuestro verano. En definitiva, en ese mosaico de cantares que hoy desmenuza la erudición analítica de los que se han dado en llamar “flamencólogos”...

Y ese folklore, popular y anárquico, sin ataduras y cánones sufre el trasplante eterno de la Eterna Andalucía. Se muda de su medio natural y espontáneo en que ha nacido para entretener en las tabernas y los

burdeles de Sevilla y Madrid a chulos, señoritos desocupados y toreros rumbosos, que mantienen despóticamente a una minoría cantaora, directos antecesores de las vacas sagradas del Flamenco, que hoy se cotizan en discos, festivales y recitales.

Pero la grandeza de ese folklore, la autenticidad sin límites se la dio el pueblo sencillo y llano, anónimo y estoico:

*Este pueblo noble, sufrido  
Con la sabiduría de siglos,  
De milenios, que reúne  
Con la nobleza que da  
La labor larga y callada  
Bajo mil soles  
Por todos los días...*

Como describe mi amigo Manolo Núñez a este pueblo nuestro de Andalucía.

Por eso, compañero, si alguien te pregunta por la identidad humana e histórica de Andalucía, contéstale por seguiriyas, y no necesites imitar modelos de otros lados, porque nuestra tierra tiene sesgo propio y solera para dar y prestar.

Y, si dudas sobre la personalidad de esta tierra meridional, que empieza donde la falla de Sierra Morena se hunde en el Guadalquivir, asómate a la ventana de tu espíritu y contempla, como Machado, los

*¡Viejos olivos sedientos  
bajo el claro sol del día.  
Olivares polvorientos  
del campo de Andalucía!  
¡El campo andaluz, peinado  
por el sol canicular,  
de loma en loma rayado  
de olivar y de olivar!*

Mira, amigo, el paisaje de tu campiña, que es tuyo aunque tuya no sea la tierra, aunque la campiña de Santaella no sea de los santaellanos. Observa el verde del olivar y de la vid romperse contra el blanco del cortijo, enjalbegado durante siglos por este pueblo que, en frase de Antonio Gala, ha hecho de la cal mármol diario. Mira el cromatismo sereno y natural del verde y blanco de nuestra tierra, y

comprenderás que ser andaluz es unas de las cosas serias que se puede ser en esta España nuestra.

Termina junto a mí, compañero, esta pobre reflexión mía, inspirada exclusivamente por lo que te decía al principio, por el amor omnidimensional que me provoca esta tierra de Santaella, que me provoca, que me ha provocado y me provocará su gente, esta gente junto a la que quiero estar en perpetua identificación.

Que el amor a lo próximo es como un sentimiento concéntrico, que se dilata hacia espacios más amplios y difícilmente podemos sentir la emoción de lo remoto, si no nos imbuimos del amor a lo cercano.

Y ya te dejo, amigo, en compañías más optimistas, menos iconoclastas, más acordes con la víspera de una fiesta, que no hubiera querido por nada del mundo aguararte. De unas fiestas que compartiré contigo un año más, aunque nunca, irremediable sentencia del tiempo, en situaciones repetidas de gente y de ambiente.

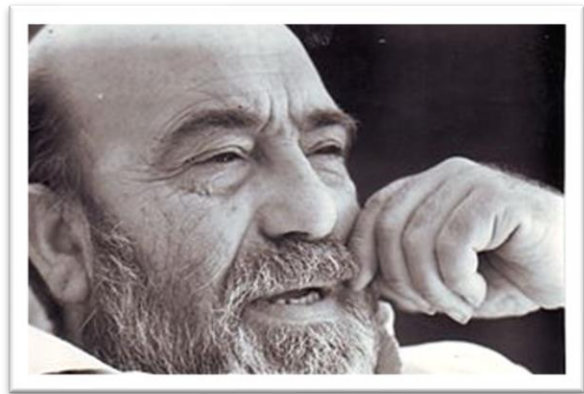
Te dejo, me dejo, en la compañía amable y querida de más gentes de Puente Genil que, acudiendo como tantas veces puntuales a la cita del siete de septiembre, demuestran la proyección de afecto hacia Santaella, cuyo camino de comunicación geográfica, mientras yo esté en este mundo, no criará hierba...

## 1986 - D. SEBASTIÁN CUEVAS NAVARRO

### PREGÓN PARA UNA FIESTA CAMPESINA

«De orden de la señora alcaldesa, SE HACE SABER a todos los vecinos de esta Villa, santaellanos de nacimiento o residentes en el lugar, y a todos los forasteros que estos días moren o acudan a Santaella, que esta noble, libre y cereal Villa celebrará la tradicional Fiesta de Nuestra Señora del Valle los próximos días ocho ,nueve, diez y once de este mes de septiembre, durante los cuales el pueblo estará adornado de guirnaldas y luces, y se ofrecerán al personal fiestas de baile y cante y gentes de la farándula, para el gozo de chicos y mayores, y funciones religiosas, de juegos y deportes y otros divertimientos...».

Este debería ser mi papel, entre toques de trompeta y, si el erario municipal lo permitiera, redoble de tambor y de atabal. Con ello y desear la fiesta en paz, el pregonero debería haber cumplido su papel de sub-alterno, como de ordenanza de segundo grado, que propaga entre el personal sus nuevas, en este caso buenas, que la corporación municipal, la conveniencia del común de los vecinos, o la aparición de mercaderes a nuestras calles y plazas necesitara difundir.



Al fin y al cabo, es mi oficio. Pregonar, comunicar, difundir al conocimiento de los demás hechos, efemérides, glorias, quebrantos, alegrías, menoscabos, penas, como alimento consumible en el dialogar de cada día.

Pero estos días que la trompetilla del pregonero duerme en el baúl de los recuerdos, en que los medios de comunicación de masas dejan sin trabajo y, lo que es peor, sin dar un cuarto al pregonero para que ejerza su oficio de echar en corro y andar de veredero de cuanto se deba saber, estos días ha cambiado mucho esta cosa de echar bandos, poner en la calle, como campanas en vuelo, sacar a la barrera y echar de beber en el pilón, para que sea de dominio público no sólo el jolgorio, evento y convocatoria, sino que, puestos a correr la voz, se

ha hecho habitual correr la fama y sacar a la plaza como de manifiesto las raíces y las causas de las cosas.

Atendiendo a esta necesidad y uso, la primera providencia a tomar sería reconvenir a los miembros de la Comisión de Festejos por el poco acierto de elegir al heraldo que os habla. En especial, por si en mi designación hay un cierto quebrantamiento de forma, porque, falto del hábito de cantar las glorias marianas, temo que mi discurso suene un poco discordante con la tradición, también cuasi sagrada, según los administradores habituales de los adjetivos, mi forma de entender la fiesta.

Espero que, gozando del privilegio de vuestra hidalguía y buena crianza, sepáis perdonar la falta de mérito en mi decir y en mi pensamiento. Quisiera, además, apoyarme en el carácter progresista de esta Villa, que ha elevado al sillón de la alcaldía no sólo a una mujer, lo que ya es inusual, sino a una mujer de izquierdas, tomada de entre vuestra propia juventud. A esta juventud, precisamente, pido refugio para entender mis palabras.

Si me permitís la transgresión que supone llamar vuestra atención a la usanza del viejo profesor, mi maestro y amigo Enrique Tierno, yo os diría que es menester hacer una reflexión colectiva sobre el sentido profundo de las cosas. De las causas.

Hoy, en fin, esta noche de septiembre, bajo el palio luminoso de vuestro/mi cielo en feria, yo vengo a hablaros de dos antiguas genuflexiones. Y de la necesidad de doblar el espinazo.

Y esta reflexión, si me concedéis la venia, la vamos a centrar en el propio espíritu de la fiesta, desde nuestra óptica, desde nuestra cultura mediterránea y bética, esa que el profesor Millán Puelles caracteriza por su receptibilidad, su capacidad de diálogo frente al robinsonismo, rechazando imputaciones, como la del propio Ortega y Gasset, que nos califican de narcisistas, muelles e inclinados a un ideal vegetativo de la vida. No. No es eso. No es eso.

Reflexionemos. Los hombres, desde el momento primordial de la creación/evolución, cuando ese mono desnudo que en realidad somos se puso de pie y multiplicó las circunvoluciones de su cerebro, desde su infancia cultural se sintieron sobrecogidos por la naturaleza. Un sentimiento panteísta los dominó en su pasmo ante lo desconocido.

Con la misma ingenua fe con la que acudimos a los curanderos, en lo grandioso significó la divinidad. Santificó la geografía de lo geológico, el monte, la peña, el bosque, el manantial, el río. Lo numérico e incontaminado. Se aposentó en su proximidad, reservando un ámbito sagrado en todas las Camorras, Torres, Muelas y Calvas.

Antes de seguir, sería bueno colacionar, para entender toda perplejidad, un viejo mito que como cometa errante cruza, de cuando en cuando, la historia de nuestra literatura. Me refiero al mito de Adán. El primer hombre. Imaginad por un momento al hombre pisando la tierra virginal, pasmado ante la majestad del sol, siguiendo, hipnóticamente su curso, heliotropo de la luz y el calor, al ver hundirse, de pronto, su hermosura de ascua suspendida, como un cubo de fuego por el brocal del horizonte, en el pozo sin fin de la noche.

¡Qué pasmo, qué asombro, qué indefensión la de nuestro viejo padre! Cansado de inaugurar la vida, de brincar sotos y arroyos, de abarcar árboles con la dimensión humana de sus brazos, de gozar enamoradamente del mundo regalado, con la bruma del temor a la oscuridad sobrevenida, yacería al cobijo de una recacha, encogido, dobladas las piernas, del miedo y el frío, anunciando la posición de todos los fetos que le tendríamos por padre.

Se levantaría temprano, apenas un claror de luz le brincara entre las pestañas, inaugurando la mañana. De pronto, ¡oh maravilla!, otra vez el carro de fuego emerge por el oriente y vuelve a diseñar la oscurecida silueta de los cerros, el curso de los ríos, el índigo azul del cielo, el verde de los pastos y el zumbir madrugador de las abejas. ¡Otra vez la vida!

¿Qué meditación, qué experiencia, qué lectura, como se dice ahora, qué epistemología, que diría el filósofo, haría este hombre de la resurrección del sol? Cualquiera que fuese, le produjo tal grado de inquietud, vio de su curso tanta dependencia, que le confirió el carácter de sagrado. Le hizo Dios. Le entronizó Anú, Ra, Zeus, Júpiter, padre de todas las cosmogonías. Y, por primera vez, se puso de rodillas.

La muerte de la noche, con el candil de la luna, más femenina, misteriosa, comenzó a poblar los olimpos de los dioses primeros, de las primeras trinidades, de donde nacería después toda la promiscuidad que cada cultura sentó en los tronos celestiales. «Las estrellas —dice el viejo poema babilonio de la creación— son las imágenes de los dioses».

Este pasmo primigenio ha sido muy fecundo. El mito de Adán, por sí solo, daría lugar a un largo texto. Es Ciro, es Moisés, lo son, dualmente ya, Rómulo y Remo. Lo es el personaje de la novela «El filósofo autodidacta», de Ben Hazam, el «Andrenio» de Baltasar Gracián, el «Emilio» de Rousseau, el «Cryton» de Barrien, el personaje del soneto de Blanco White.

El mito llega a hipótesis teológica en la «Summa contra gentiles», de Santo Tomás de Aquino. La del hombre nacido en la soledad de la

selva. «Si esto sucediera —dice Santo Tomás—, si la persona que se criara en la selva siguiera la vía de la razón natural, es de creer de manera ciertísima que Dios a él le revelaría por inspiración interior las cosas que son necesarias para creer, porque le enviaría un predicador, como envió Pablo a Cornelio».

La Escolástica sienta ya la necesidad del adoctrinamiento.

Pero, si me permitís seguir en la reflexión propuesta, sigamos en el tiempo primordial de la luz inviolada. Desde el sexto día de la creación, una oración de maitines acompañaría el orto. La salida del dios de la luz pidiendo gracia para todo el arco de su curso.

Cuanto más caliente el sol, en el tiempo del solsticio, una nueva oración llevarían los ángeles de la fe hasta su altura. Se anuncia la vida y su llegada. Al ocaso, la oración vespéral. Habitado ya nuestro hombre al curso del sol, girando con él, su cultura empírica se hace un culto heliocéntrico. Busca los climas donde su presencia es habitual, no tardando en aprender que es la fuente de la vida y lo venera.

Transcurren los meses y ve verdear la yerba, la ve secarse, ve la llegada del agua otoñal, el rigor del invierno y un día se contempla a sí mismo esclavo de los ciclos del tiempo. Recolector, pastor o labrador. Paleolítico o Neolítico, se siente dependiente.

Fue cuando, abandonando su trashumancia de pastor, expoliado su entorno recolector de frutos, cuando comprendió el germinar de la semilla y aprendió otro nuevo culto, otra nueva cultura. Entonces sobrevinieron los dioses y los demonios agrarios. Impetró a las fuerzas del bien, propiciadoras de la lluvia. Y creó nuevos dioses cereales. Y cuando, propicios los hados, llegó el mes de las cosechas, dio gracias a nuevos dioses, los dioses campesinos que habían velado por su sudor y esfuerzo, y una nueva cosmogonía pobló de dioses y diosas las cercanías de su domesticidad, de dominio y domicilio.

Con su cultura agraria el hombre amplió su lenguaje. Adjetivó sus verbos. Sus acciones. Y tomó conciencia de conciencia. Y comenzó a remorderse. Implacables los dioses y perfectos, eran las actitudes humanas las que determinaban el juicio divino. Sobrevino así el pecado. La transgresión. Se acusó a sí mismo y culpó de sus desventuras a su propia conducta. A partir de aquí nacieron los intérpretes. Arrodillarse ante ellos para pedir perdón, acabaría siendo igual que arrodillarse ante Dios. Eran los intermediarios. Los intérpretes. Los que sabían leer los augurios y guardaban estas claves como tesoros y llaves de su poder. Los sacerdotes eran los encargados de la balanza de pesar la culpa. Los jueces del precio. Las inmolaciones

servían para ablandar la ira dios. Y el diezmo y la primicia para el mayor brillo y grandeza de su rito.

Y el mundo, el viejo y solitario mundo del padre único, Adán, se pobló de abeles y caínes. Es la nueva creación. Unos, gratos; otros, proscritos.

Esta lectura de la cosmogonía, cuando la hacemos desde un pueblo agrario que celebra la fiesta de su Virgen Patrona, hemos de entenderla, estrictamente, en su dimensión cultural. No estoy desconvocando a la fe legítima. Estoy analizando, al margen de las revelaciones, más allá de las legitimidades cuya competencia cuadra a los teólogos, las pautas de la religiosidad de los hombres.

El hombre labrador alzó su divinidad para el tiempo de la siembra. Es la nueva creación. El año nuevo agrícola, el nacimiento, la natividad.

Creó las divinidades a las que impetrar las lluvias de la primavera. Y esas otras deidades y santidades que propician el buen tempero preparatoria de una feliz sementera para el campo.

Este rastro, este tiempo sagrado pervive más allá de la superposición de las religiones.

El tiempo y el espacio son ámbitos sagrados que el hombre venera por atávicas herencias. Cada religión ha ido superponiendo sobre el mismo tiempo y sobre el mismo espacio sus propias creencias.

Los anacoretas heredaron viejos oratorios y a la postre se trocaron en santuarios, cabe el mismo curso del arroyo o del venero que los primeros animistas santificaron, con su sentido salvífico de las aguas. Junto a la misma vega que recibieron ubérrima, regalo de los dioses. Sobre los mismos cerros, collados, tells, bajo el mismo pavor del monte o bosque.

El sincretismo romano asumió en su olimpo todos los dioses adorados y edificó allí sus templos. Los paleocristianos los santificaron con la Cruz, para cederlos más tarde a las suras del Corán, ámbito de la julba del viernes, mirando a oriente, donde el sol sigue emergiendo, por la Meca. Una segunda restitución los arrancaría al cabo del islam, devolviéndolos al cristianismo, bajo el empuje de los reyes, también santificados, que con la espada empuñaban la Cruz.

Nadie vea en esto heterodoxia. Ni quita una brizna de resplandor ni de misterio de gozo a la Virgen del Valle, que Virgen festejada una vez la cosecha en los atroxjes, la uva en los lagares, el campo arado para prepararse para otra sementera, puebla y bendice las riberas de estos ríos.

Quiero decir que la necesidad del hombre de alzarse ante el espíritu donde se le ha situado la clave de todo misterio, ha sido enmarcada en



el tiempo y en el espacio por intermediarios de los dioses. No los actuales intermediarios. No sólo ellos, sino siempre. Porque el hombre está uncido al yugo de la tradición, y es aprovechando el viejo impulso de pasmo que le viene de lejos, como el hombre se hinca de rodillas. No ante Dios sólo, sino también ante los administradores de sus dones y perdones. Porque humillar la cerviz es una herencia de generaciones, sustituyendo sobre el hábito heredado la advocación. Ningún evangelio destruye la fe del pasado. La toma en herencia y se encumbra sobre el asombro acumulado en las neuronas de los hombres.

No es malo reflexionar en esta línea para que los hombres y los pueblos sigan fieles a su historia. Fieles, aunque no genuflexos. Las divinidades agrarias, al cabo rastrean la condición agricultora del pueblo, con sus viejos poblamientos de dioses y santidades campiñesas, que hacen de su cultura una agricultura. Otros pueblos serranos, menos sedentarios en su origen, siempre a uñas de caballo tras el pasto de sus ganados, aceptan otros ciclos productivos para sus divinidades. Es el rastro que nos dice que en el tiempo de los módulos feriales de un pueblo detectan y datan el tiempo en que las ovejas o cabras paren y nacen los recentales de las ofrendas votivas, o que la montanera de los suidos tienen ya la bellota cuajada y a punto, porque cada cerdo tiene su san Antón. O que es la época de la esquila, o acaso la de castrar las colmenas, o la de pisar la uva e iniciar la bacanal de las bacantes.

Recojamos en la fiesta de la Virgen del Valle la confirmación de nuestra historia agraria. Nuestra entrañable historia. La que nos viene por los caños de la leche que mamamos, de las sangres que se nos transfundieron, muy remotamente, antes que reyes santos entregaran nuestra villa a señores o ciudades distintas, antes que Aguayos y Hoces dispusieran de nosotros y de nuestros frutos.

Celebremos, pues, la fiesta de la Virgen sabiendo que estamos venerando las raíces campesinas de Santaella, dueña de la Campiña, señora de los ríos, dama del Valle, dominadora de los viejos...

*(hay un renglón perdido)*

Pero hay otra genuflexión de la que enderezarse. Porque hincar la rodilla lleva a quien lo hace la actitud sacrificial de Isaac ante el cuchillo de Abrahán, pero también la del común de los mortales ante el rey, del feudatario ante el señor, del esclavo ante el amo, del animal inferior ante el jefe de la manada, al que se le ofrece el humillamiento como testimonio de su superioridad.

Curiosamente, el sentido del dominio, las antiguas jurisdicciones de horca y cuchillo, el posterior peonaje de la gleba, el destocarse la gorra

en la esquina de la plaza los jornaleros para la leva de cada día, siempre se ha hecho ante el que, a la vez del poder, era dueño de la tierra.

De ahí que hoy día, en cualquier casino, la compraventa de los corredores, la cotización en bolsa primordial, establezca que la tierra cuesta más de lo que vale. Porque, inconsciente, también atávicamente, el hombre campesino ha sabido que quien tenía la tierra tenía el poder. Primero feudal, después caciquilmente.

Y estos días en que los viejos ritos religiosos convocaban a los hombres a la devoción, también los convocaba el señor a la obligación. Aparceros, arrendadores, colonos, pegujaleros, estos días feriales vaciaban sus costales en los graneros de los dueños de la tierra y, si placía, renovaban el pacto o arrendamiento, aparcería o anfitéusis. A censo o a gabela.

Una lectura didáctica de la historia nos recordaría la cotidianidad de la fiesta y el mercado. En nuestra historia santaellana el dato es preciso y viejo. Hoy los nuevos medios de producción van dejando en la obsolescencia la necesidad de trueque, la sustitución de la yugada de bueyes, el par de mulos, el mazo de hoces o de simples roncales para atar las gavillas, la urgencia en reponer las ruedas del trillo, el serón del mulo, la gualdrapa o la silla del caballo, la guarnicionería del carromato. Y esta obsolescencia deja como un vacío. Un vacío como de mercaderes, de prestamistas recogiendo el capital y la usura, de escribanos y correveidiles, de relincho de potros mordiendo el pescuezo de las yeguas.

Hay una especie de desenmismamiento, de extrañamiento y unificación que tiende a igualar pueblos y pueblos, velando las señas de identidad, mantenida, en todo caso, por la antigua memoria de muchacho.

Pero al cabo de esclavitudes, de levantamientos, de liberaciones de ajenos y propios galeotes, esta tierra ubérrima, reserva cereal de España, mantiene sus viejas virtudes: la laboriosidad y mansedumbre de sus hombres, su antigua sed de agua para la tierra, que se anuncia para el otoño como un maná esperado, la belleza profunda y serena de sus mujeres, hoy representadas tan genuinamente por LOLA CASTILLA GÓMEZ, sentada en su trono.

Vais a permitirme que, guardando la vieja trompeta, este modesto pregonero proclame en verso su constante presencia. Ya no tiene caballo. Ni mulo o burro tan siquiera. Vuelve de su trabajo en tierra ajena. Acaso del trabajo del antiguo Comunitario, hoy Empleo Rural. De arreglar cunetas o caminos. Vuelve al caer la tarde y, en vez de

amarrar el animal y uncirlo a la argolla de la puerta, alza la moto sobre el trípode.

*Jinete en el arzón del mobilete,  
con la azada terciada de equipaje,  
regresa de la leva y el viaje  
al tajo del bujeo o del aceite.*

*Cuando aparca y desmonta este jinete  
y se anega en el fondo del paisaje  
de la taberna, rinde vasallaje  
al grasiento escabel de un taburete.*

*Una cerveza, un vaso, una partida,  
el cocido después ¡y luego el sueño!*

*En algún caserón, finca o casino,  
alguien disfruta del dorado vino  
y se siente feliz ¡porque es el dueño!*

Santaella está llena de viejos libertadores. Empezando por los «alonsos colorados» y otros «guapos», siguiendo por los amotinados de 1856, y continuando con recientes protestas jornaleras. Y es que el campesino santaellano, el jornalero santaellano, lleva viejas heridas por todo el cuerpo:

*Aguijones del sur y boreales  
vientos algarbes, aire del solano,  
se han clavado en el mapa de tu mano  
tatuándote con gritos cardinales.*

*Por todos tus costados y costales  
manas sangre caliente y tibio grano;  
y a tu abatido pulso meridiano  
le crecen por el pecho los rosales.*

*Si rompieras un día la baraja  
y recogiendo grano, polvo y paja  
te pusieras de pies en los estribos,*

*Si grabaras tu nombre en los olivos  
al filo cardinal de tu navaja,  
¡temblarían los muertos y los vivos!*

Hoy la navaja que puede dejar constancia del nombre del hombre de Santaella ya se está afilando. Ya hiende la tierra y abre un surco por donde va a manar la sangre. Esta sangre se llama, sencillamente, agua. Agua para multiplicar el pan. Agua para multiplicar el trabajo. Agua para multiplicar la paz.

Porque la historia siempre la escriben los vencedores. Y auguro que se acerca el tiempo de escribir de otra manera y por otros la historia. Auguro los días del agua.

*Esta Mesopotamia, a caballo  
entre el áureo Genil y el fértil Cabra,  
dirá un día su última palabra  
libre de todo feudo y todo Aguayo.*

*¿Dónde el zahorí que llene el caz y abra  
la tajea del arca a agua de mayo  
y levante la tierra y el desmayo  
en que, paciente, Santaella labra?*

*Toda esta gleba, este donadío  
camina, como el agua, a borbotones  
a barcinar el trigo a sus graneros.*

*No hay compuertas que paren a este río,  
a esta insurrección de corazones,  
a este levantamiento de braceros.*

Sedente y coronada, símbolo de toda esposa, toda novia, toda madre, toda hija, en el fondo de todo quebranto y todo amor, en el norte de todo afán y toda lucha, ponéis, ponemos a la mujer santaellana. Hoy aquí representada por LOLA CASTILLA GÓMEZ, también reina por la gracia de Dios y de su pueblo.

No hay fiesta sin su fiesta. Hoy mayores evocan los viejos tiempos de sus romances, y hoy nacen aquí, alentados por el palpar de sus corazones, romances nuevos para futuros recuerdos. A ella, para todas las mujeres, «llenas de gracia como el Ave María», que decía Amado Nervo, el pregonero quisiera dedicarle el último homenaje. Sentido, porque auténtico, lo escribió hace muchos años, a diferencia de los nuevos hijos que os he venido presentando a la que, siendo novia, es

esposa y madre de todos los hijos. Ella, a buen seguro, te prestará su antigua corona de muchacha, donde se paraban todos los pájaros, pájaro, en fin, de primavera:

*Pájaro de cristal, alondra viva,  
ruiseñor es tu mano que aletea  
en un ¡adiós! desnudo en la azotea  
de tu brazo, que es flor que la cautiva.*

*Pájaro de cristal, la doble ojiva  
de tus ojos, color casi de brea,  
y toda tú, paloma galilea,  
si anuncias el amor, mordiendo oliva.*

*Pájaro de cristal, tu pie miniado,  
la descendida gracia de tu risa,  
el oro de tu pelo acariciado,*

*el huso de tu seno sosegado  
y el equilibrio nuevo de la brisa  
cuando pasan las rosas a tu lado.*

Poniendo esta ofrenda a los pies de la Reina, con el deseo de que, desalienados, sin rodillas en tierra, tengamos en paz las fiestas de la Virgen del Valle, termina el pregonero su bando, echado a la plaza DE ORDEN DE LA SEÑORA ALCALDESA.

iHe dicho!  
Santaella, a seis de septiembre de 1986.

## 1996 - D<sup>a</sup> JOSEFINA JIMÉNEZ VALERO

*Maestra*

¡Hola, Santaella! ¿Qué hago yo aquí? Esa pregunta me la estoy haciendo yo desde que crucé la puerta de tu museo y no encuentro la respuesta. Todo empezó con una llamada telefónica de Pepe Estévez pidiéndome, tras muchas vueltas, que fuese tu pregonera de feria. Me quedé tan sorprendida que creí que estaba bromeando. Cuando me di cuenta de que hablaba en serio, no supe qué contestar, pues considero que tú tienes gentes más preparadas que yo.



Le dije que lo pensaría, porque creo que es un gran compromiso.

Tras varios días de duda e incertidumbre, acepté. No sé si sabré hacerlo como te mereces, pero ten la completa seguridad de que pondré en ello los cinco sentidos.

Yo sé que tú me conoces, pero quisiera presentarme:

Me llamo Josefina, soy manchega y, como el famoso caballero creado por don Miguel de Cervantes, «Don Quijote», idealista y soñadora.

Estos días he visitado mi tierra y, al mirar las extensas llanuras que se pierden en el horizonte, salpicadas de molinos de viento, me parecía ver la sombra del «hidalgo caballero», acompañado de su buen amigo Sancho, viviendo sus aventuras, y pensé que hacer tu pregón es también una difícil y quijotesca aventura, pero aquí estoy.

Soy Maestra con vocación de poeta. Llegué a tierras andaluzas un 7 de octubre de 1967. Mi primera plaza fue Nueva Carteya, donde estuve un curso.

En septiembre de 1968, me dieron la escuela unitaria mixta de Las Bocas del Salado.

Cuando me dijeron que pertenecía a Santaella, una compañera de Córdoba me llevó a casa de un familiar suyo que conocía gente de aquí. Al preguntarle cómo era aquello, contestó que me habían dado de lo malo lo peor, y que la escuela estaba sola entre los olivos.

Con lágrimas en los ojos y miedo a lo desconocido me vine a tu tierra.

Tomé posesión de mi nuevo destino en el Ayuntamiento, cuyo Alcalde era D. Juan Palma de la Rosa, siendo Secretario de la Junta Municipal de Enseñanza D. Rafael Amaya Carmona (que en paz descanse).

Sin saber lo que me iba a encontrar, marché hacia Las Huertas y, al volver la curva del molino, aparecieron ante mis ojos los campos sembrados de algodón, con sus flores abiertas para deleite de mi vista, y esto me hizo exclamar: «¡Pero si esto es precioso!».

Cuando se es joven y se trae la maleta cargada de sueños e ilusiones, resulta fácil adaptarse a cualquier lugar. Era todo tan diferente a lo que me habían contado...

Allí estuve hasta el 30 de noviembre de 1974, fecha en que suprimieron la escuela para incorporar a los niños a los diferentes niveles que les correspondían en el C.P. Urbano Palma.

Veníamos todos en el transporte escolar. De mis años en Las Bocas del Salado tengo que decir que fueron los más bonitos de mi carrera de maestra, aunque allí careciese de algunas necesidades tan elementales como el agua y la luz.

Ya en tu pueblo estuve en el Pósito, después en el grupo de Nuestra Señora del Valle (hoy Instituto), y actualmente ejerzo en el C.P. Urbano Palma.

Bueno, Santaella. Si algo desconocías de mi trayectoria profesional, ya lo conoces. Han sido tantos y tan buenos tus pregoneros, que no sé si podré estar a su altura. Quisiera empezar mi pregón dedicándote unos versos que he escrito para tu Revista de Feria. Dicen así:

«Si me llevas a galeras, pásame por Santaella»

Y Santaella se yergue  
hermosa, noble y serena  
sobre piedras milenarias,  
sobre historias de grandeza,  
sobre casas señoriales  
y aquellas casitas viejas  
que hablaban de sacrificio,

trabajo, sudor y penas.  
Y fue sobre estos pilares  
que elevaste tu cabeza  
y miraste alrededor,  
desde tu torre coqueta,  
y viste tus campos verdes  
y a tus gentes que, en las eras,  
aventaban con fatigas  
el trigo, pan de tu mesa.

Y te sentiste feliz  
y, como madre que espera,  
soñaste muy cerca el día  
que hubiese riego en tu tierra.

Y tus hijos... trabajando  
que en busca de una peseta  
no tuvieron que marcharse  
a otros lares, a otras tierras.

Y se marcharon los tuyos,  
y te sentiste indefensa  
porque no pudiste darles  
todo aquello que quisieras.

Y tuvieron que dejarte,  
y tú llora, sufre y reza  
para que vuelvan muy pronto,  
para sentirlos muy cerca.

Devoción, Semana Santa,  
Virgen del Valle, la Feria,  
Carnavales, Cruz de Mayo,  
San Isidro..., son tus fiestas.

Y en ellas cantas y ríes  
y disfrutas, porque llegan  
a visitarte esos hijos  
que marcharon, y Tú esperas.



Santaella, no te rindas,  
levanta bien la cabeza,  
ponte el vestido de gala,  
que nos vamos a la feria.  
Y allí, entre algarabía,  
unas jarras de cerveza  
y unas copitas de vino,  
ve dejando tu tristeza.

No te desesperes, sigue,  
que es tu juventud promesa  
de muy nobles ideales,  
de fe en ti y en tu tierra.  
Que esperan que tú les des  
un trabajo que no llega  
y sufren, piensan y sienten  
igual que tú, Santaella.

Tu mañana se vislumbra  
repleto de savia nueva,  
de trigo dorado al sol,  
de bienestar y riqueza.  
Atrás quedan los temores,  
atrás queda la tristeza,  
que tus hijos van volviendo  
y tus brazos los esperan.

Hoy quisiera, más que nunca,  
ser... lo que no soy, poeta,  
para cantarte y decirte:  
¡adelante, Santaella!,  
Que el “ayer” es el ayer  
y hay una mañana cierta  
de sueños realizados  
y de conseguidas metas.

¡Despierta!, no sueñes más,  
vuelve tu mirada inquieta  
hacia una ermita en el Valle,  
hacia una Virgen pequeña,  
alza tus ojos al cielo  
y al levantar la cabeza,

no pienses en el pasado  
y proponte cosas nuevas.

Mira tu torre, tan alta,  
mírala cómo se eleva,  
mira cómo desafía  
a los vientos, siempre alerta,  
luchando por sostenerse,  
pero firme, «ahí está ella»,  
vigía de nuestra historia,  
incólume, esbelta, bella.

Hay una luz en tu Valle  
que alumbra al hombre que espera,  
y Tú, que tanto esperaste...  
¡Acostumbrada a ti te hablo, Santaella!  
Abre caminos distintos,  
crea trabajo..., es tarea dura,  
pero si lo logras  
¿no ha merecido la pena?

Cuando vine a conocerte, me llevaron a conocer tus monumentos, calles y rincones. Recuerdo que, paseando por tu plaza, subimos por la calle de la Cárcel, y el Barrio Bajo hasta La Picota, y quedé gratamente sorprendida. Acostumbrada a ver las tierras secas y áridas de La Mancha, el verdor de las tuyas y el color oscuro del suelo, me hicieron ver que tus campos eran buenos. Cuando te conocí y hablé con tus gentes, supe por qué: porque estaban regadas con el sudor de tus gentes que, tras el arado trabajan duramente para obtener el fruto que Tú, generosa, les ofrecías.

Desde allí, por La Sendilla hasta las Ventanas de doña Aldonza y, ante mis asombrados ojos, «La Iglesia de la Asunción», monumento Nacional desde 1979.

Dice de ella don Manuel Nieto Cumplido: «En Santaella encontramos uno de los escasos testimonios provinciales de la arquitectura califal religiosa», pues en la base misma de este edificio han quedado restos que, junto a las descripciones de las fuentes literarias, nos han ofrecido posibilidades de estudio de esta etapa esplendorosa de cultura cordobesa.

Bastaría, pues, la conservación y el conocimiento de este templo para alcanzar a conocer el extremo de posibilidades de la arquitectura cordobesa durante diez siglos. Tal es la importancia de este edificio que, de mezquita, y mediando un largo proceso arquitectónico, se convirtió en un suntuoso templo renacentista.

Continuamos por la calle de la Iglesia, bajamos el Arco observando torreones y lienzos de murallas. Su recinto tenía una sola puerta que daba a la Plaza, y dos postigos de salida llamados uno el Grande y otro el Chico. En él estuvo preso D. Gonzalo Fernández de Córdoba, el «Gran Capitán».

La plaza central del castillo presenta varios aljibes, que sirvieron para diferentes usos.

Según D. Juan Aranda Doncel, en el libro «Estudios históricos de una villa cordobesa», en 1735 el Ayuntamiento acuerda almacenar el trigo en el castillo. La vieja fortaleza continúa usándose como Pósito en 1746, pues en agosto de ese mismo año, el Regidor don Bartolomé del Postigo propone la ampliación de las instalaciones, ya que Pósito sólo tiene dos graneros: el uno en una cuadra en una torre antigua y el otro en una nave pegada a la misma torre.

El hecho de que sea el castillo el lugar en que se almacena el trigo en 1746 constituye una prueba de que el edificio barroco de la calle Paraísos, en cuya fachada aparece la fecha de 1736, no se utiliza como Pósito.

Bajamos hasta la Plaza, subimos la Cuesta y pasamos por la «Casa de las Columnas», donde se cree que vivió D. Miguel Vicente Alcaide y Lorite, y llegamos al Pósito, hoy tu Museo. ¿Curiosidad?, ¿impaciencia?, ¿nerviosismo?...

¡Ay, Santaella! Quise buscar tus raíces y me he encontrado perdida en tu noche. Tú, Santaella, puedes sentirte orgullosa, porque tienes la grandeza de contar con una historia de alrededor de 150.000 años.

Tu raíz es La Matilla, y posteriormente La Muela y La Sendilla.

Me ha contado el director del Museo, D. Joaquín Palma, que bajo la iglesia vivían unos antiguos pobladores alrededor del siglo VIII antes de Cristo.

¿Qué misterios guardas en tus entrañas? Fueron tantos los pueblos que te visitaron: iberos, romanos, visigodos, árabes, con influencias de fenicios y griegos, que descubrir sus vestigios sería trabajo de mucho tiempo.

Pero no puedes quejarte, porque en tu Museo Municipal se guardan verdaderos tesoros arqueológicos, desde hachas de piedra, flechas, vasijas, enterramientos... hasta la pieza singular y magnífica, que le sirve de emblema representativo: «La leona». Es una pieza ibérica del siglo V a. C, que se utilizaba como monumento, o en las necrópolis, simbolizando fuerza o fiereza. Fue hallada en el año 71 en el Cerro de la Mitra. Es una pieza digna de un Museo Nacional. Es por esto por lo que fue reclamada por la Directora del Museo Arqueológico de Córdoba a través del Gobernador Civil, mediante un telegrama. Se le contestó que no había leones. Y, efectivamente, no los había. Lo que había era una leona. Temiendo que se la llevarsen, un grupo de personas decidió esconderla y que nadie supiese dónde estaba cuando pudiese quedarse contigo. Corrieron la voz de diversos lugares de donde podría encontrarse, pero la verdad es que siempre estuvo en el hueco tapado de la escalera de Pepe Arroyo.

En el año 1988 se constituyó e inauguró el Museo Municipal de Santaella, alrededor de esta magnífica pieza.

Cuando visitas el Museo y la observas con detenimiento, te da sensación de mansedumbre y, sin embargo, no era esa su misión, ya que, colocada sobre un alto pedestal, su aspecto era de fiereza y, al que la contemplaba, le causaba cierto temor.

Cuando yo la vi, surgieron en mi mente una serie de interrogantes: ¿Quién la esculpiría? ¿Imaginaba su creador que después de tantos años sería la admiración de propios y extraños? ¿Sería santaellano, o quizá un escultor itinerante que la realizó por encargo de algún personaje ilustre para que guardase su tumba?

Todo esto es un enigma y quizá la respuesta se encuentre perdida en la memoria del tiempo.

Toda Tú eres historia, pero, sin embargo, no toda se encuentra en archivos, bibliotecas, museos... Siempre que nos hablan de la historia

de un pueblo nos la muestran a través de grandes reyes, personajes ilustres, escultores y pintores famosos, grandiosos monumentos... Pero tras esos personajes y grandes obras, hay otras personas de las cuales no se hace mención. Son las gentes sencillas y trabajadoras que con su tesón y sacrificio han ayudado de manera fundamental a que los pueblos sean lo que hoy son.

Yo he preferido dirigir mis pasos hacia ellos. Sí, Santaella. Cuando dos viejas amigas se reúnen para charlar un rato, acuden a los recuerdos, porque «recordar es volver a vivir» y rememorar hechos y momentos que conforman nuestra propia vida.

Unas veces creemos que «cualquier tiempo pasado fue mejor», otras es el futuro el que nos preocupa y, sin embargo:

*No es vivir el vivir continuamente  
Pensando en el mañana, de las manos  
Se nos va este minuto, este momento,  
Y el siguiente quizás... esté lejano.*

Por esto, «buena amiga», he querido aunar tu pasado cercano con la época que nos ha tocado vivir, y con mi cuaderno, mi lápiz y mi grabadora bajo el brazo he visitado a tus gentes, he hablado con ellas y juntas hemos recogido retazos de tu vida, próximos en el tiempo y lejanos en la memoria de otros.

Quisiera decirte que he quedado gratamente sorprendida al ver la amabilidad y el cariño con que han acogido mi idea. Con ellos he compartido muchos momentos, alegres unos y tristes otros, que afloraban en sus palabras como si su pasado fuese presente al revivirlos.

¡Cuánto sacrificio! ¡Cuánto trabajo! ¡Cuántos recuerdos escritos en el libro de la vida de cada uno!

Bueno, Santaella ¿qué te parece si juntas rememoramos retazos de la vida de tus gentes?

*Quisiera ser labrador,  
arar la tierra, sembrada,  
regarla con mi sudor.*

*Y, cuando llegue el verano,  
y apriete bien el calor,  
recoger entre mis manos  
tu trigo dorado al sol.*

Todavía no ha amanecido, el lucero del alba anuncia que es la hora de levantarse y coger las yuntas que el «aperaor Sota» se ha encargado de cuidar. Unas buenas migas preparadas por la casera o los encargados de la besana y aquel dicho popular:

*Vamos allá,  
que ya están en la poyata,  
y el que no se levante  
no las cata.*

Las migas y al campo a arar, con aquellos arados pesados tirados por una yunta, la maquinilla, o los volteables que necesitaban dos o tres pares de yuntas y, al menos, dos hombres. A media mañana, «la descansá», un cigarrillo y a seguir hasta mediodía.

Otra parada, la comida en el cortijo: cocido, maimones... lo que se podía. La siesta en el pajar y a seguir hasta la puesta de sol. Se cenaba normalmente gazpacho «migao», y ya hasta que, antes de amanecer, volviesen de nuevo a la besana.

*Levántate, sembrador,  
que el día ya está apuntando.  
El talego «preparao»  
Y tu jornal esperando.*

Cuando llegaba octubre, la sementera: primero, se amelgaba con el «amelgaor», es decir, se señalaban una especie de calles a lo largo de la besana, para orientarse y administrar la semilla que llevaban en unas bolsas o talegos de costal colgadas al hombro. Acompasando el paso, esparcían el trigo voleando el brazo en abanico. Detrás iba una yunta enterrando el trigo. ¡Y a mirar al cielo esperando la lluvia bienhechora que los hiciese granar bien!

La paja se llevaba al lado del almiar, hacían carros y la rypiaban, es decir, la peinaban con el biergo, la humedecían, cogían una pavea y la ponían sobre el almiar con la vara. Lo sujetaban con agujas de hinojo o copos de taraje.

¡Qué difícil y dura era la vida de tus gentes! Trabajar de sol a sol, mucho sacrificio, pocas comodidades y bajos salarios.

Se realizaban toda clase de trabajos: arar, sembrar, quitar hierba, segar, trillar, coger aceituna...

Con el trigo crecido, se llevaban cuadrillas de mujeres para quitar la hierba.

¡Noches eternas en los cortijos, alumbrados por la débil luz de con un candil de aceite con su torcía de algodón! Para cuidar y ver a los animales en la noche usaban un farol, y así evitaban que el viento o la lluvia apagasen la luz.

Llegaba el verano y había que segar tus trigos dorados y secos, pan de la mesa de tus hijos.

Se buscaba «segaos» y se ajustaban las «varás» de San Juan, Santiago, la Virgen de agosto, o San Miguel. Un dicho popular decía:

*Primero viene San Juan,  
y luego viene San Pedro  
y después viene aquel santo  
que aboga por los dineros.*

Se refería a Santiago, ya que entonces se cobraba la «vará».

Las cuadrillas iban a los cortijos y tardaban muchos días en venir a su casa.

Se segaba a mano con la hoz. Se levantaban al amanecer, iban al tajo y ataban el trigo segado la tarde anterior formando gavillas, ya que con el relente se humedecían las espigas y así se evitaba que se desgranasen. Las gavillas se quedaban en el campo y eran recogidas por los carreros, que iban a barcinar a los rastrojos y con carros, carretas o angarillas. Las cargaban con horcas y las llevaban a la era.

Una vez en la era se cortaban las cuerdas, se emparvaba, y a trillar con el trillo de hierro y con el de pedernales tirados por bestias. ¡Cuánto disfrutaban los chiquillos subidos en ellos!

Los ereros volvían la parva para que todo quedase bien trillado. Se juntaba la parva con la arnilla y, cuando hacía viento, se aventaba con

el biergo y se acababa de limpiar con las cribas. Después se enjardaba en costales y se llevaba a los graneros. Se molía en molinos movidos por agua, de los cuales había dos en río Cabra y uno en el Genil.

Una vez acabadas las tareas de recogida del trigo, se hacían almiar con la paja que había quedado y se techaban con el rastrojo (paja «graná») para conservar la paja y que esta no se mojase.

Esta paja se llevaba al lado del almiar, hacían carros y la rypiaban, es decir, la peinaban con el biergo, la humedecían, cogían una pavea y la ponían sobre el almiar con la vara. Lo sujetaban con agujas de hinojo o copos de taraje.

¡Qué difícil y dura era la vida de las gentes! Trabajar de sol a sol, mucho sacrificio, pocas comodidades y bajos salarios.

Se realizaban todo tipos de trabajos: arar, sembrar, quitar hierba, segar, trillar, coger aceituna....

*Con mi canastilla al «lao»  
Mi pañuelo, mi sombrero  
Y mi talego «apañao»  
Marcho a coger aceituna  
Y, aunque dicen que ha «neva»,  
No me dejaré ni una.*

¡Cuánto frío pasaban!

Cuadrillas de hombres y mujeres iban andando hasta los olivares madrugando mucho y acabando tarde. Otros, si iban muy lejos, permanecían en los cortijos durante algún tiempo dejando atrás sus casas familias.

Una vez en el campo, los hombres, subidos en bancos ordeñaban las ramas de los olivos, o los vareaban. Para bajar las ramas altas, se usaban garabatos.

Los lienzos los ataban a las escaleras y les ponían unas varas para que no se arrugasen. Cuando se llenaban, echaban la aceituna a los esportones y con unos soplillos hechos de tela le soplaban para limpiarla echándola después al molino en sacos.



Las mujeres llevaban un pantalón bajo el vestido, medias gordas de y se algodón, un pañuelo y sombrero. Su trabajo consistía en ordeñar las bajeras de los olivos y recoger con sus canastillas la aceituna del suelo. En el talego llevaban pan y naranjas picadas con algo de matanza, o lo que podían harina de algarroba, o algarrobas.

La aceituna recogida era transportada al molino en bestias. Se molía con unas piedras y tres rulos que daban vueltas tirados por una bestia, y más tarde por un motorcillo. Después se prensaba el aceite del alpechín. El aceite se echaba en tinajas que, según cuentan, venían de Lucena.

A veces, los mismos del molino recogían la aceituna de los olivares. Referido a esto, había un dicho popular:

*Quien quiera tener un olivarito,  
que tenga un molinito.”*

Había varios molinos de aceite, entre ellos, el de la calle del Rosal.

Terminada la aceituna, la cuadrilla ponía al dueño, o manijero, en el centro y, con canciones, le pedían la «buñolá», que consistía en hacer buñuelos o jeringos y beber vino. Cada uno hacía su gracia y echaban un buen rato. Se cantaban canciones, como ésta:

*Ya se acabó la aceituna,  
Ya me voy de mi olivar  
Y unos amores que tengo  
En un olivo gordal.*

Si dura y difícil era la vida del hombre, todavía lo era más la de la mujer, ya que, cuando la necesidad acuciaba, trabajaba en el campo de sol a sol y, al volver, fregaba, cosía, remendaba, lavaba, planchaba, guisaba, cuidaba de los niños y preparaba el talego para el día siguiente. Había y serán noches que no se podía ni acostar. ¡Cuántas fatigas pasaban!

Para lavar, se hacía la clarilla. En una tinaja se ponía ceniza y se llenaba de agua, dejándola hasta que se asentaba. Esta agua se echaba en lebrillos o barreños y se restregaba la ropa en la «estregaera». Se soleaba y se le daban dos o tres ojos.

Pero ¿y la plancha?. Con aquellas planchas de hierro calentadas al fuego, o con ascuas en su interior... ¡anda que no se quemaban trapos! ¿Y los tiznones?

Santaella, tus mujeres, como tantas otras, han sido, son y serán siempre el timón del barco de sus hogares. Vaya hacia ellas mi admiración y respeto.

La vida pública se realizaba en la plaza: contratación de jornaleros, el circo, toros en plazas hechas con carros, palos...Cada uno llevaba su silla. ¿Y cuando se escapó la vaquilla? ¡Vaya susto!

También en la Plaza tocaba la Banda de Música, que tenía 18 o 20 músicos, dirigidos por el maestro Segovia y después por Diego Manrique. Tocaban en el Corpus, en el Corazón de Jesús, en verano, la Feria...

Cuando había teatro, la banda tocaba por las calles y recogía a la gente que, con sus sillas iban a la Casa de la Cultura.

En Feria recogían a las autoridades, las acompañaban hasta El Valle y las traían a la vuelta.

Y ahora, si Tú quieres, recordaremos personas y oficios que se han perdido:

El farolero, que encendía y apagaba los faroles de petróleo que alumbraban las calles. Llevaba una escalera, «torcías», un cacharro con petróleo, un mechero o cerillas y una caña con una especie de embudo boca abajo para apagar los faroles.

El sereno, que durante el día trabajaba para llevarlos a en otro oficio y por la noche vigilaba el pueblo llevando en la mano «el chuzo», o palo con un gancho de hierro para defenderse. Solía decir: «Vamos allá, que el día bueno o malo, en el campo se espera».

El pregonero que, con su trompetilla pregonaba en las esquinas los edictos del Ayuntamiento.

Los «enrabotaos»: Zagales de corta edad que se iban al campo para cuidar ganado. Solían venir dos veces al año: una en la Cruz y otra en San Miguel. Se ponían botas de cartera y con juncia hacían cachiporras que unían unas con otras para cortar el paso a las nenas. Eran temidos.

Los recoveros, como Alonso o Jarabita, que recogían huevos en canastos de mimbre, y en las angarillas, con mulos o carros los llevaban a Córdoba. Otras veces eran garbanzos, que también distribuían entre sus clientes. De vuelta traían los encargos que les hacían en el pueblo: muebles, calzado, sombreros, velos, cómodas, lavabos, o cualquier cosa que necesitasen.

La «porcá». Unos hombres, mediante un crujido de látigo, recogían los cerdos del pueblo para llevarlos a comer al campo (en verano, al «espigaero»). Y, al atardecer, los repartían por sus casas, con la curiosidad de que cada animal sabía adónde tenía que ir.

Los cabreros repartían la leche por las casas, ordeñando las cabras en la puerta. El macho llevaba un cencerro y avisaba de la llegada del ganado.

La santera, que vivía al lado de la iglesia y se encargaba de dar los toques.

El sacristán, que ayudaba en la iglesia a todo.

En este repaso no quiero que se olvide a Anica, que estuvo trabajando en el cementerio desde 1966 hasta 1990. O a Juanillo Mirasol, que lleva 20 años haciendo «enjugaeras», canastillas de varetas de olivo, mimbre o caña, y echándole asientos de anea a las sillas.

Hay algunas costumbres que todavía se conservan, como la matanza. Los cerdos se criaban en las casas engordándolos con maíz, cebada, granzas, etc. Por San Andrés se mataba uno, y el otro por Navidad. La carne se picaba a mano y los embutidos se llenaban con un embudillo. La matanza duraba varios días.

Entre todos hemos recordado:

-Las manzanas verdes del huerto de Juan González que a más de

uno le producían dolor de barriga.

- Los farolillos hechos con melones.

- El Día de los locos, los inocentes, y el Carnaval en que se vestían las máscaras.

- Las parvas de juncia. Con ella se adornaban las calles el día del Corpus, y los niños amontonaban para jugar.

- La miga, o escuela para niños pequeños.

- El cochinito de las Ánimas, que, engordado por todo el pueblo, era vendido después y el dinero era para la iglesia.

- Tus ermitas: la de Ntra. Sra. del Valle, la Veracruz, la Concepción, San Sebastián y Sta. Lucía (hoy santo Cristo).

- Tu hospital de San Mateo, destinado a cobijar enfermos pobres, o de la localidad.

- Tu matadero en la Plaza, bajo la muralla, donde se compraba carne de cordero, chivo o ternero cuando había fiestas.

- Tus tejares que, utilizando arcilla de tus canteras, hacía porrones, botijos, tejas y ladrillos. Los secaban al sol y después se cocían en hornos de leña o paja.

- Tus fuentes: El Santo, la Mina, la Lágrima, Cañada Jardín, la Pita, el Cañuelo... a ellas se iba con cántaros para traer agua a las casas.

Despertó mi curiosidad la Fuente de la Mina, que, según cuentan, tenía un pilar chico donde estaba el caño, otro pilar grande para beber los animales, y un descolgadizo con seis pilas para lavar. Las mujeres venían con sus canastos de ropa, sus «estregaeras» y sus cubos. Y una vez que terminaban, volvían a sus casas, llevando también algún Cántaro de agua al cuadril o en la cabeza.

- Tu balneario de Los Baños, con aguas sulfurosas, al que acudían gentes de muchos lugares para tratarse enfermedades de la piel.

- Las murgas, que salían cantando en Navidad...

En algunas casas vivían varias familias. Las bodas duraban tres días y se celebraban en las casas. En ellas comían y bebían, tanto en casa de los novios, como en la de los padrinos. Cuando los novios eran de buena familia, solían soltar una vaquilla y le ponían unas moñas. Después se mataba y la carne se servía en la boda.

Me contaba el abuelo José, que murió con cien años, que su traje de novio le costó cincuenta duros. Se lo hizo un sastre de Madrid, que solía vestir al pueblo. Venía tres veces: la primera traía el género y tomaba medidas, la segunda, de prueba y la tercera, el traje terminado. Quizá el precio nos cause sorpresa, pero no lo sería tanto, si tenemos en cuenta que en el verano barcinando ganaban diez reales.

¿Y cómo no hablar de tus dulces típicos? Tortillas y pestiños en Navidad, magdalenas, roscos de gachas y borrachuelos en Semana Santa, y las gachas de Todos los Santos... ¿No se te hace la boca agua?

Hablar de ti y no hacerlo de esos otros hijos tuyos que viven diseminados por tus tierras en La Guijarrosa, La MontIELa, El Fontanar, las Bocas del Salado, Huertas del Sol, el Ingeniero y Cabeza del Obispo, no me parecería bien. Me gustaría hablar de todas, pero sería demasiado largo, y por eso he elegido a la que creo que conozco por haber vivido en ella durante seis años, Las Bocas del Salado.

Era un pequeño grupo de familias, que se dedicaban al cultivo de sus huertas, regadas por las aguas del río Genil. Las frutas y hortalizas que recogían las vendían en Santaella, La Carlota o Écija.

Como no había agua en las casas, lavaban la ropa en el río, blanqueándola con clarilla, hecha con las cenizas de pita quemada y agua.

La noria que había en el río echaba un caño de agua en el que se fregaban los utensilios de cocina con estropajo de cuerda y arena del río.

Las cosas que necesitaban las conseguían cambiando lo que ellos tenían: gallinas, productos de huerta, huevos... por hilos, telas, peines, o cualquier otra cosa.

El zapatero venía por las casas y arreglaba los zapatos.

El peluquero era ambulante. Los Maestros cada día comían en una casa y le pagaban una peseta.

Pasaban por allí otras gentes curiosas, como el que cambiaba las suelas de las alpargatas por platos, o aquel otro que cambiaba una taza de garbanzos tostados por dos de crudos.

El pan se cocía en hornos que había en las casas, y posteriormente los traían de otros pueblos.

Para ir al médico, tenían que viajar en mulos al lugar de consulta.

Había un molino, que tenía al lado una ermita, y cuenta una leyenda que el bandolero José María «El Tempranillo» estuvo escondido allí.

Sus gentes son sencillas y nobles como la tierra que cultivan desde hace mucho tiempo.

Cuando yo llegué allí en 1968, no tenían ni luz ni agua, y se alumbraban con faroles de gas.

En 1969 pusieron la luz eléctrica, pero el agua para beber teníamos que ir a buscarla a un pozo que había en la curva del molino, y para uso doméstico, de otros pozos.

Había tres bares, dos de los cuales eran también tiendas, y un estanco.

Como medio de transporte para venir a Santaella, utilizábamos la furgoneta de Alfonso Duro (q.e.p.d.), que llevaba y recogía el correo.

Vaya mi cariñoso saludo a mamá Carmen, que siempre estuvo a mi lado, como si de una hija se tratara. Y para mis alumnos y familias por el calor y el cariño con que siempre supieron tratarme.

En la década de los sesenta se produjo un fenómeno social muy triste para Ti: la emigración de muchos de tus hijos hacia otros lugares, como Madrid, Bilbao, Cataluña o al extranjero. Se marchaban buscando un trabajo con el que poder ganar el dinero necesario para mantener a sus familias.

Primero solía irse el cabeza de familia, o uno de los mayores, y después tiraban de los demás.

Cuando uno se marcha de su casa dejando atrás sus rincones, familia y amigos, se pasa mal. Cada paso que das alejándote es como si un nudo te oprimiese la garganta y tu corazón fueses a estallar de dolor.

Hasta que te acostumbras, es difícil. No es sólo el desarraigo de tu tierra, sino a adaptación a otras costumbres y gentes.

Pero yo he visto algo muy hermoso entre tus hijos que marcharon, y es el calor y la ayuda que se prestan unos a otros como si fuesen una gran familia.

*Los recuerdos acortan las distancias  
¿Qué estás lejos de aquí? No te lo creas.  
La distancia la marca el corazón,  
por eso... no estás lejos. ¡Estás tan cerca...!*

¿Y tu juventud, Santaella? Las dos sabemos la difícil época que les ha tocado vivir: paro, desesperanza, falta de horizontes... pero son buena gente y sabrán salir adelante. Yo soy optimista y creo que todo cambiará y conseguirán, con su tesón y trabajo, ver cumplidas todas sus metas e ilusiones. ¡No os dejéis vencer y seguir adelante!

*No permitas que el mundo, ni la gente  
destruya la esperanza y fe en la vida,  
no consientas que maten tus creencias,  
si te dejas vencer, estás perdida.  
Tu destino es luchar, seguir andando  
no vuelvas la mirada, continúa.  
Si tropiezas, levántate. No llores  
que tu mesa está allí, yo estoy segura.*

Ya sé, Santaella, que los últimos años han sido difíciles para ti. La lluvia bienhechora no mojaba tus campos y cada día, al levantarte, junto a tus hijos elevabas tus ojos al cielo en busca de alguna nube que calmase con su líquido elemento la sed de tus tierras. Pero no llovía y sufrías junto a los tuyos, porque no podrían criar sus cosechas, ni

llevar a su mesa ese pan de cada día.

Yo soy madre y comprendo tu sufrimiento y sé que más de una noche, mientras tus hijos dormían, subías hasta la torre y en la oscuridad llorabas, como si quisieras con tus lágrimas regar las tierras resacas.

Pero nada es eterno y tu sufrimiento acabó cuando viste tu cielo cubierto de nubes que, contentas de poder ayudarte, vinieron para calmar tu sed. Todo cambió, eras de nuevo feliz, tus hijos sonreían, había trabajo. La primavera fue hermosa porque tus campos verdes, salpicados de amapolas, presagiaban una buena cosecha.

Tu trigo dorado al sol, tus ajos, tus garbanzos, el amarillo de tus girasoles y el verdor de tus olivos forman una inmensa alfombra multicolor que alegra la vista del viajero que viene a visitarte.

Desde lejos, se divisa tu iglesia con su capilla y su torre que, por su situación elevada es lo primero que aparece ante los ojos de los tuyos cuando vuelven, y es tanta su alegría al verla, que les hacen murmurar: ¡ya estamos en casa! Y es verdad, porque Tú los esperas cada día con los brazos abiertos.

Hablar de Ti y no hablar de tu patrona es como mirar al cielo en una noche de verano y cerrar los ojos para no ver las estrellas.

Pero, antes de hablar de ella, y con tu permiso, quiero tener un pequeño recuerdo para la «Abuelica Santa Ana», Patrona de mi pueblo, que el día veintiséis de julio celebró sus fiestas.

*Con tristezas y alegrías,  
con lágrimas y cantares  
se ha ido formando el sendero  
del caminito del Valle.*

*¡Cuántos secretos encierras!  
¡Cuánto dolor y pesares!  
¡Cuántas promesas cumplidas!  
¡Ay, si tus piedras hablasen!*

Cuando fui a conocer tu ermita, no podía imaginar que en su



camarín guardase tan bello tesoro, esa Virgen chiquita que tanta ternura inspira al contemplarla. He vuelto muchas veces para contarle, pedirle o darle gracias por tantas cosas...

Quizá los sentimientos que me inspiró me dictaron estos versos que, como tantos otros, estaban perdidos entre las hojas de un viejo cuaderno. Dicen así:

*Hoy quisiera que mi pluma  
gráciles alas tuviera  
y, al volar por los renglones,  
fuera poniendo en las letras:  
mil cancioncillas dormidas,  
perfumes de primavera,  
piropos, suspiros, ansias,  
ternura frescor, nobleza  
para cantarle a la Madre,  
para decirle lindezas,  
para rezarle bajito,  
para contarle mis penas  
y decirle que en mi vida  
siempre fue mi compañera.*

O este otro que le escribí el año pasado en el día de su santo:

*Quisiera ser la brisa que acaricia tu cara,  
quisiera ser jilguero y darte mi canción,  
quisiera ser un niño y sentirme acunada  
por esas manos... alas de un ángel del Señor.  
Quisiera que tus ojos, tu voz y tu mirada  
se volvieran al pueblo, que reza con fervor  
a su Virgen del Valle que, como Madre amada,  
sabe de las tristezas que hay en el corazón.*

Cada año quise escribir algo especial que estaba incompleto y lo he terminado para esta ocasión:

*Tu rostro chiquito  
de eterna belleza  
llena el santuario*

*de un halo de amor.  
Eres un remanso  
de Paz, que derrama  
luz sobre las almas,  
ternura y perdón.*

*Hoy, con tu permiso,  
quiero retratarte,  
transformar mi lápiz  
en una oración.  
Recorrer tu cuerpo  
con versos que canten  
la dicha más grande:  
ser «Madre de Dios».*

*Tu pelo es la brisa  
que acaricia el alma,  
tu frente pequeña,  
remanso de paz.  
Tus ojos, luceros  
que alumbran y calman  
las penas profundas,  
puerto en tempestad.*

*Tus mejillas, lirios  
que arrebola el viento;  
tu nariz, un cielo;  
tu boca, un cantar.  
Tus orejas, pétalos  
de flor, que a tu cara  
le dan esa aura  
que atrae como imán.*

*Tus dientes son cuentas  
de un bello rosario  
que, como plegarias,  
suben a tu altar.  
Y allí, entre tus labios,  
templo de amor, cambian  
dolor o tristeza  
en felicidad.*

*Tu pequeño talle*

*es vara de nardo,  
tus brazos son alas,  
tu cuerpo es beldad.  
Y tus piecitos,  
delicados versos,  
toda Tú eres templo  
de amor y bondad.*

*El rayo de luz  
que acunan tus brazos  
suave terciopelo,  
templo celestial.  
Suprema caricia,  
delicados trazos  
de pincel divino  
es sol y es verdad.*

*Los dos sois ternura,  
los dos sois belleza,  
los dos sois refugio  
en la oscuridad.  
Por eso tus hijos  
que marcharon rezan  
y en sus corazones  
te han hecho un altar.*

No quiero terminar de hablar contigo, Santaella, sin darte las gracias por la ocasión tan maravillosa que me has brindado para conocerte. He entrado en tus casas, he escuchado las cosas que me han contado tus mayores y he revivido con ellos viejos recuerdos que permanecían aletargados en un rincón de su mente esperando que alguien viniera a buscarlos.

Gracias a su colaboración he podido hacer este pregón, ya que en todo momento me han animado a seguir adelante, A su lado he aprendido a quererte más, a comprenderte y, sobre todo, me han ayudado a sentirme más cerca de Ti.

Mi agradecimiento a Manuel Illanes Molina, Dolores Jaraba Luna, Ana del Pino (Anica), Antonio Rivilla Granados, Joaquín Palma Rodríguez, Rafael Arroyo del Moral, Paco Palma Franquelo, Juan Molina Varea, Valle Martínez Cubo (mi suegra), Dolores Merino Álvarez, José M<sup>a</sup> Rodríguez Sevillano, Josefita la Cabrera, Esperanza Muñoz Rivas,

Fernanda Rivas Rivas, Conchi Toro Martín, Antonio Toro Ruiz, Ana Cabello...

Y a todas aquellas personas que de alguna forma han contribuido a que todo llegue a buen fin. A mi madre y a mis hijos, gracias por apoyarme y estar a mi lado en todo momento, animándome a seguir adelante.

Y ya me voy a despedir, pero antes me gustaría pedirte algo muy especial.

Nada, ni nadie pervive eternamente y es por esto por lo que quiero decirte:

*Cuando mi vida termine,  
(puede ser dentro de mil años)  
que no me llore nadie.  
Sólo un doblar de campanas,  
una oración y llevadme  
a los pies de la Señora,  
mi Virgencita del Valle.*

Gracias, Santaella, y Felices Fiestas.

Santaella, septiembre de 1996  
Josefina Jiménez Valero

## 1993 – D<sup>a</sup> JUANA CASTRO

### PREGÓN DE LA REAL FERIA DE SANTAELLA

La niña lejana que conocí no había visto nunca este paisaje. Pertenece a otros, a una meseta más allá de la sierra, poblada de encinas y moles de granito. Tan lejos y tan cerca. Córdoba en el límite, frontera, referencia única de aquel mundo pequeño, tan grande. Inabarcable el tiempo lentísimo de curvas del viaje de médicos, colegios, monjas y parientes.



¿Santaella? La campiña, sí. Córdoba, Andalucía. Pero como Alemania, como Francia. ¿Dónde? Ni a mi abuelo, que sirvió en Madrid y había visto a la reina y que estuvo en la guerra de África le oí yo conocer estas tierras. Qué nombre más extraño Santaella. Qué calles. Qué gentes. Y estas niñas ahora. Apellidadas “del Moral”, “Palma”, “Arroyo”. Despiertas. Vivas. Con desparpajo nombran La Rambla, Montalbán, Montilla, Puente Genil, y abarcan en su lengua todo un mundo. Se saludan entre ellas, se reconocen, son amigas, van delante. Dios, qué abiertos deben de ser sus pasos. Y yo aquí asustada, extranjera venida de los campos crueles donde los hombres pegan a las mulas y se desangran los cerdos por diciembre. Sin Peñas de flamenco, pensando sin dormir qué serán faraloes, yo sin los brillos hermosos del seseo en la voz

–¿Pero tú eres de Córdoba?

–Sí, de la sierra.

Con un aire tímido, como de disculpa o perdón por tener la entrada más humilde.

Vergüenza  
de viajar en el carro.  
Un hombre  
sentado sobre el yugo  
animando a las bestias.  
Cuatro  
corazones de frío  
sentados en la ropa.

Crecido, algún arroyo,  
y las ruedas ahogadas hasta el eje.  
Y el látigo en el lomo  
inocente y bruñido de la yunta.  
Y las fieras palabras  
y, por probar, las mansas.  
Pero la luna, a noches,  
me rociaba de estrellas  
y en el vaivén de tablas,  
por los malos caminos,  
recogían mis ojos  
el silencio y la gloria.

¿Por qué hablar de mí, de la niña que vino desde un mar de encinas y secano?  
Porque he de dejar constancia aquí de mi calvario, mi camino de pasmo, de alegría y de gloria. El primer encuentro sucedió en La Rambla, adonde llegué con veintiún años. Un solo curso que reunió tantas ilusiones, tanto horizonte.

### **Primera estación: Y la Campiña se hizo carne.**

Comulgué con sus gentes, reí en sus caminos, participé de sus empresas, y el mundo fue ancho, amable, más abierto. Se es de donde se nace, sí, pero también de donde se renace. De donde el corazón arrastra. De allí donde el amor nos llama y hace nido. Para extendernos, para crecer, para llenarnos de ramas, horizontalmente, y conocer, y navegar, y volver a nacer, y volver a abarcar.

Porque ya y desde entonces, como una cuenta ensarta a otra cuenta o como un guijarro se une a otro guijarro, la Campiña y sus pueblos me fueron entregando sus secretos. Y yo, codiciosa, los he ido recogiendo sin espera, entregándome. Son citas jalonadas, necesarias en este recorrido del amor por el que Amor transita.

## **Segunda estación: Y la carne se hizo luz en Santaella.**

Porque así es. Senticella, espino, lugar de los espinos. Blanca es la flor de los espinos, como blanca es la ilusión de la luz, aunque en el blanco, como en la luz, habiten todos los colores.

Alba, blanca, albar Santaella. Si la a es la luz porque es el blanco, Santaella es más alba repetida. Luz ascendente. Vertical blanca. La dilatada luz de la campiña, después de navegar en latitudes, puso aquí su manzana de aurora. Amanecer en Santaella es recoger la luz de un mar desparramado. Porque sabido es que las ciudades no eligen su lugar por capricho. Son navíos del tiempo que encallan donde empieza a escribirse su destino. Su corazón está en su emplazamiento. No hay más que verla: una nave de espuma que atravesó toda la Campiña, sus suaves lomas, y se instaló aquí, apuntalando el cielo.

Temblando, acudiré a tu cita, de mañana.

¿Quién osará romper  
el sonámbulo dedo de mi dicha?

No durmiera, ya loca,  
destilando en mi pulso  
la medida de noche que nos falta.

Tu luz  
agrandará mis ojos, esperando.

Mi dulce amada niña, no retrases  
la gloria de tu lámpara.

Ansiosa, entraré en tu rocío  
como quien llega a puerto.

Crecido,  
habrá un nimbo sonoro  
goteando en mi sombra.

## **Tercera estación: Y la luz se hizo memoria.**

Y en la memoria se perdieron los siglos. ¿Desde cuándo la vida se hizo en estas tierras? Cantos trabajados, raederas de sílex, hachas, brazaletes de arquero, vasos decorados, tumbas, broches, ánforas... Pequeños, ínfimos rastros de cultura y cultivo, de

movimiento y suelo, de fiesta y de trabajo, de sueño y de mirada: de muerte y vida. Aquí danzaron pies desnudos salpicados de ajorcas. Aquí túnicas blancas. Aquí voces primeras y palomas y nidos. La Mitra. La Muela. La Matilla. Camorra de las Cabezuelas: memoria gloriosa de la sangre, de la vida que estuvo y en la que ahora nos recogemos, contemplándolas cual reliquias salvadas del naufragio del tiempo. Porque no estamos solos.

**Cuarta estación: Y en la memoria, sea mansedumbre la fiereza.**

Quince siglos desde que en el Cerro de la Mitra unas manos anónimas, amorosas y sabias, dibujaran la escultura: bella por tan simple, terrible por tan quieta. Serenidad que vela ya tantas resurrecciones, tantos renacimientos de esta vida que, como ñora, sin cesar se vuelca y sin cesar se llena. Figura de los niños. Maternal amarilla. Líneas simples, vigorosas y cálidas que los dedos futuros soñarían. Leona de Santaella: fiel guardiana de la luz que instaló sentada su fiereza creyente por los siglos. Por los campos. ¿Quién dijo que la leona ataca?

No me dejas morir.  
De tu mirada me alimento, y vivo  
tan sólo si me nombras, si en mi color  
me asistes. Soy un tigre  
de pétalos que espera  
con la sangre cerrada en tus dominios.  
Un silencio apremiante.  
La roja soledad de los espinos.  
Tu voz en mi cuidado,  
mi memoria en tu noche,  
raso grana celando  
los ocultos senderos para abrirse.  
Sé que hay un rayo blanco en la belleza.  
Sé que soy y no soy, y que el tiempo  
me tiene, y me reclama  
discurrir sin indulto hacia la muerte.  
La eternidad no existe. Sólo es



este instante, tu designio y su llave.

Una palabra.

Di una palabra sola

y viviré tu sed en cada límite.

**Quinta estación: Y toda la fiereza, hecha calma y dulzura, aquí anidará y se alzarán las piedras.**

Y se alzó, en Santyala, un castillo; una mezquita para la oración; y murallas para protegerla. Porque en las tierras feraces de Santyala viviremos. Aquí construiremos nuestra casa, y conviviremos en paz: los hijos de Yahvé con los hijos de Alá y con las almas que siguen al obispo de Roma. Y aun después de muchos años, cuando nosotros hayamos muerto, y no sólo nosotros, sino nuestros hijos y las hijas de nuestros hijos hasta la última generación, un torreón del castillo pervivirá en medio de la plaza, para dar fe de nuestro paso y nuestra feliz convivencia; para testimoniar la vida y el amor con que hoy desposamos los parajes. Onduladas pendientes como nubes. Arroyos y caminos. El agua y la belleza. Aún es limpio el cristal y el arroyo Salado crecerá cuando caigan las lluvias. Suaves y tan cálidos son aquí los veranos. La miel y las moreras. El verdor de la sombra. Y un cuchillo es el frío del invierno. Pero también la luz palpita en ese filo, en esta hora. Y sabemos que el viento dormirá detrás de la muralla. Barrio bajo: entre sus calles cortas esperará el silencio. Y el silencio es Alá que nos envía, cada año, la flor blanca de cada primavera. Y es Yahvé con sus fuentes crecidas. Y es el Dios Uno y Trino, que aquí se manifiesta como en un ostensorio.

**Sexta estación: Y nos han de ser dulces los animados seres de la Tierra.**

Desde el voraz gusano de la seda que con saliva y con su boca talla la espuma breve de su huevo de oro. Desde el caballo blanco que enamora a las niñas. Y desde el buey parado a los bucles de leche que en los rebaños balan. Otro mar las espigas fundiéndose en las margas, elevándose sobre el primer mar, feracísimo, de ocres transparencias y de verdes. Granados y ciruelos. Naranjos con sus soles. Perales y membrillos. Habas y alcacel. Crecen cañas de aire a orillas de la acequia y por las lomas suben, cascabeles, alborotadas hojas de los álamos. Son dulces las cerezas como labios y

se yerguen las puntas de los alcauciles en los ángulos oscuros de las huertas. Alverjones blancos y alverjones negros. Mosto y sol de racimos. Las moreras, su mancha. Los cerdos están mudos. Pasan aves de luz por la cebada verde. Y las mujeres cogen el fruto negro, maduro, del olivo. Ya tenemos aceite.

### **Séptima estación: Y se parte, como un pan la tierra entre los hijos.**

El trigo, el trigo. El pósito para socorrer en años de sequía. Son casi otros pueblos los cortijos, que suman gañanía con cuadra, con granero, palomar y atahona. Trojes, y en la dehesa también las almazaras, allí donde la piedra ordeña el oro ácido de las olivas negras. Y la era, con su trillo de coplas y su parva y su escozor de polvo. Los garbanzos. Grandes, blancos, blandos. Un campo de garbanzos es extensión de vainas, milagrosa comida, acidez que en el horno del día se deseca. Cortijo de los Frailes, Correduras, Fuente de la Puerca, Donadío, Prado Rubio, Maltrapillo, de la Catalineta... Allí el arado, el barbecho dormido y la dehesa. La sementera es pan. Será el pan de mañana si descargan las nubes. A su tiempo. Vuelven rosas de espino. Vuelven puentes. Regadío y seco. Bendita sea la lluvia. Benditas las colmenas. Llueven blandamente los vellones que las manos esquilan.

“Se trató que ha sobrevenido este presente año paulilla en los trigos y cebadas que hay sembrados en el término de Santaella; que muy dañosa y perniciosa a los panes y si no se pone remedio se perderán y será gran ruina a los vecinos y forasteros que labran en este término.” Hoy no tenemos pan. Bienvenidas las viñas.

### **Octava estación: Aún más dulce que el fruto de la higuera es la Virgen del Valle.**

Quién la vio. Quién la hizo. Qué milagro esculpió su pequeña estatura en la madera blanda. Blanda y blanca. Sobre un tronco de higuera se ha sentado, el Niño en el regazo. Eran tiempos del rey Alfonso Onceno, el que murió de peste negra después de la batalla del Salado, por Tarifa y por Cádiz, cuando el alcalde Gómez Fernández escribía “la donación de una gran partida de tierra que llaman de los Engeneros, que es en el dicho término del dicho lugar de Santaella...” Del blanco corazón de aquella higuera. Hojas no

lobuladas, corazones. Las higueras son fuertes. Se agazapan. Escalan. Diosas fieles de la fertilidad, henchid la tierra. Mostraos como Ella, fragantes y jugosas. Ella es la más blanca. La permanente alba. Ancla que de lo bajo la campiña lanza a Santaella para no perder ala, para perder pie y sustentar así el vuelo hacia lo alto, en caza de luz apasionada.

La reina Católica ha llegado hasta Córdoba. Era otoño. "...tomaron las fortalezas de Hornachuelos, e Andújar, e de los Marmolejos, e de La Rambla, e de Santaella..."

El Valle, el Valle. Aquí en el Valle quiero. A la sombra del Valle y los olivos. Dejadme que la savia le dé gloria a mi alzada. Entre el pueblo y la luna. Entre el campo y la noche. Yo soy blanca y antigua. Yo soy azul y niña. Rebanadme delgada. Talladme ahora otra vez y sobre el vientre. Tomad mi corazón: No es más dulce la breva ni más blanca.

### **Novena estación. Y he aquí que se asoma la Virgen al balcón de cada calle.**

Lo blanco es un alcázar. Paloma gigantesca que en el cielo sus alas batiera de la cal. Pantalla parabólica de espejos invisibles para cazar la luz a la deriva, quién te viera. Laberinto geométrico que en escalón asciende. Tan pequeña tu altura que es tan alta. Fuente de La Lágrima. En la Plaza lucían su misterio los sauces. La balconada negra. Qué mira la ventana por sus poros cuadrados de galleta. La Corredera airosa y el paseo. Santa Lucía ofrendando sus ojos en bandeja. Más luz para el Calvario, Santo Cristo ahora. En el Viento su nombre hace escala de luna. Paraíso: arriba, arriba, lejos: no hace falta más cielo para tocar a gloria. Por Camaretas bajan las camareras de la Virgen trayendo en la batea medio ajuar del Valle: manto de tisú color rosa con delantal, jubón y vestido para el Niño, una toca de raso blanco bordado en oro, cuatro cortinas de damasco encarnadas con sus flecos, un par de enaguas blancas y dos camisas en buen uso.

En la calle Osario, por detrás de la iglesia, montan guardia los ángeles custodiando los ojos de los gatos, prestos para arañar los huesos del presbítero Juan Bermejo el organista y de Luis de Osuna, el sacristán que había nacido en Écija. Y la Sendilla.

**Décima estación: Donde se cuenta cómo el alcaide don Alonso Colorado, de buen apodo El Guapo, liberó a unos galeotes por el sitio que llaman Ventanas de doña Aldonza.**

Íbase el tal don Alonso, del que en el archivo parroquial se guarda intacta y puede aún leerse su partida de bautismo, montado en su jumento, porque en este sitio de Santaella las mulas eran escasas, partiéndose desde su casa hacia la villa que llaman la Puente de don Gonzalo, cuando se tropezó con cinco hombres que eran llevados a galeras, atados con una maroma de grosor como de un puño, de tal manera que enrollados los nudos por el cuello y los brazos, más parecían bestias que personas de hablar y de sentido, que ni siquiera a los esclavos del lugar se les vería en tal estado. Don Alonso, de apellido Colorado, que era de natural bondadoso pero arrogante y de genio algo vivo y alocado, no paró en meditaciones y, sin pensárselo, con la hoz que para segar el heno llevaba colgada del aparejo, empezó a dar cortes por la diestra y la siniestra, sin que los guardas que venían de a caballo pudieran hacer cosa de impedirselo, tal se mudó que parecía demonio vengativo, con toda la sangre de su nombre arrojada a lo blanco de los ojos. Los galeotes, luego que se hubieron separado de él porque si no lo hicieran terminarían aún más maltrechos, echaron a correr ladera abajo y luego loma arriba, sin mirar para atrás, mientras los guardas huían camino de la plaza, pidiendo clemencia y lanzando ayes de “¡Al loco, al loco!”, según pudieron oír las vecinas que a esa hora baldeaban las puertas. Y es memoria que desta hazaña que presenció doña Ana de Palma, esposa que fue de don Juan de Cervantes, se hicieron lenguas gentes de toda condición, y se contaba la fechoría en Aguilar, en La Rambla, en Córdoba, y hasta anduvo en coplas de un ciego de Toledo que era cosario por La Mancha. Y no lo vio doña Aldonza, porque sabido es que era natural de la aldea del Toboso, pero con muy buen acuerdo los naturales dieron en nombrar a este lugar con el que fuera de la sin par Dulcinea, dama y señora de don Quijote, que antes de armarse caballero quiso don Miguel de Cervantes que se naciera Alonso, pero no Colorado, sino Quijano. Y fuera bendito el dicho acuerdo de llamarse el lugar, por donde resulta hermosura remirar la campiña, Ventanas de doña Aldonza.

**Undécima estación: Y se hizo piedra y catedral de la Campiña la Asunción.**

La parroquia no es blanca. Tiene un moreno pálido que ha teñido su piel no por causa del sol, sino porque, tanto tiempo enraizada, el color de la tierra se ha hecho savia

en su carne. Se siente vegetal en la mudanza de los siglos, y en sus alas de tiempo viven líquenes y brotes de higuera niña. Qué hondas y qué claras sonarían las campanas, extendiendo más sombra por toda la campiña. Los caminos la saben. Son sus muros añoranza amarilla de pirámide. No tallada a la vez, tatuado su anhelo por insignias de tiempo. Los tiempos, los estilos de Córdoba se resumen y mezclan. Oh pájaro terrible que busca despegar de su misterio anclado. Miras quieta al futuro y escribes en el aire postrimerías de fuego. El péndulo invertido de tu torre ya no tiene sus pesas, sus campanas. La torre comienza por arriba, en un silencio cómplice del cielo con la mística. Allí el hierro de cruz de la veleta. Desafían la gravedad huecos de aire, y es vacío su materia primera. Sólo el vértigo octogonal mira al suelo, a la calle. Y baja, columna o fuste, sabiéndose, sintiéndose ya árbol con enclave. El hilo de una herida nacida en Portugal le vela su perfil como una grieta.

Por dentro es un ascua rebozada de polvo. El polvo es ahora una capa pluvial con que se iguala y viste porque nadie la sepa. En sus entrañas cavan manos hábiles, y se ahonda el misterio. Barroco, plateresco, mudéjar y neoclásico, todo es uno y es barro. Calla el jaspe del púlpito. A qué postrimerías, a qué apocalipsis te asomará si duele.

#### **Duodécima estación: El Valle, el Valle, el Valle.**

La Señora y el Valle. En el Valle la Virgen y la Virgen del Valle. ¿Cómo no amar a la Señora? Cómo no construir su santuario nuevo. Duerme el presbítero Miguel Alcaide en la Casa de las Columnas. O no duerme y sí vela el presbítero de oro, la luz en las vidrieras, el camarín en yeserías pintado. Cofradía y hermanos. Los santeros. Ocho de septiembre. En su sazón las uvas. Y se resiste Ella. El Valle, el Valle, olivos. Desde el coro os bendigo. Lo saben los Ausentes. Cinco años. Cada cinco años mi visita. Santaella y el Valle. Alcaldesa callada sobre la media luna: Los hermanos de la Resurrección, guardianes blancos, han llegado del mar para quedarse.

#### **Décimotercera estación: Y sea la Real Feria los primeros días de Septiembre.**

Reinaba Carlos III el de las nuevas poblaciones que dio nombre a La Carlota y había en Santaella cuatro puentes: uno sobre el río Monturque, o de Cabra, y tres sobre el

arroyo Salado. Se cumplen ahora doscientos diez años desde la primera feria instituida, allá por 1783. Dice la Real Cédula que las fiestas serán los días 8, 9 y 10 de septiembre. Hacía medio siglo desde que se cantara el “Te deum laudamus” y se lanzaran lágrimas, vítores, fuegos, monedas y campanas y órganos por la libertad de Santaella.

Feria para venir de los cortijos. Para ventas y compras. Puestos de garbanzos y avellanas. De buñuelos. De quincalla. De turrone y dulces. Ferias de repartir panes en años de sequía. “Puesto que esta calamidad no admite espera, se compren 50 fanegas de trigo al precio de 40 reales para que hechos pan se suministren panes diarios a los jornaleros que se hayan destituidos de todo recurso, distribuyéndose en proporción a la familia que cada uno tenga la escala de una–dos libras de a 32 onzas, sin excederse en modo alguno”. Porque al pan no cabe el despilfarro.

Ahora la Real Feria cuenta cinco días. Damas y caballos, casetas y música y norias y lunares. Bienaventurados los pueblos que saben guardar sus tradiciones con los tiempos.

#### **Décimocuarta estación: Y la niña lejana se detiene. Ha llegado el Calvario.**

Escalando o bajando. Calvarios. El del retablo de la Asunción. El del patio del monasterio del Valle. El Calvario glorioso de la vida que duele. Arcos de la calleja del Santo Cristo. El navío encallado es ya deslumbramiento de la luz. Cerro blanco. Se terminó la raña. Cerro de la Atalaya. La sed desde la arcilla. San Francisco de Paula, mínimo, obedece al camino.

“De zera menuda para el altar, ziriales y manos de los eclesiásticos se gastaron 7 libras que a 8 reales y medio montaron cincuenta y nueve reales y diez e syete maravedíes.” Cerro del Alacrán. La Guijarrosa lleva sus cantos de olivares por el norte.

La niña aquella, lejana. De más allá de la sierra, entre encinares.

Y ahora llego rendida hasta tu loma, Santaella. A lanzarme a la mar. A la mar de la luz. A la corona albar de tu nombre de espinos, Santaella.

A la luz de tu nombre, por la escala  
albar de los espinos, se estremece

la blancura que eres, la que crece  
entre la cal y el lirio de tu ala.

Quién capilla más alta, quién iguala  
tu campiña de sol donde florece  
como un oro tu torre. Quieta mece  
la herencia que de historia te señala.

Gracia del cielo que en la tierra elevas  
al pasado tus pasos y a tu huella  
con un fulgor de trigos y de nieves.  
Gustando de tus rosas, oh doncella,  
por el blanco vía-crucis nos conmueves  
a galeras de luces, Santaella.

Juana Castro

Córdoba, Santaella, 5 de septiembre de 1993

## CARTELES

### *Carteles de la Feria y Fiestas de Santaella*





